

GRANDEZA IMPROVISADA

—Mirálos; ayer, que todos los despreciaban, rodaban por el suelo con nosotros; y hoy, ¡vea qué corte se van dando!

GINEBRA
"Bols"
SU COLOR ÁMBAR PÁLIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ

BOLS

UNICOS IMPORTADORES:
MOSS & Cía.
BUENOS AIRES

COMENTARIOS

¿Qué sucedería, si al Ministro de Instrucción Pública, por ejemplo, le pagasen su sueldo en cobres?

Sucedería, probablemente, que al ver el enorme montón de metal, decidiría el ministro:

— ¡Voy a hacerme un monumento con mi sueldo!

* * *

Un novelista de pega
que reside en la Argentina
a la morfina se entrega
y logra con la morfina,
no tan sólo que mitigue
y adormezca sus dolores,
sino que también consigue
que se duerman sus lectores.

* * *

Se habla del bloque radical en La Plata.

— Yo creo — murmura medianamente satisfecho el doctor Crotto — que tal bloque no tiene más que un objeto: bloquearme.

* * *

Recuerdos de un chiquilín:
— Fué un día patrio muy bueno.
Hasta me sirvió un moreno
en Belgrano un San Martín.

* * *

De un diario:

« La nueva dirección de una escuela de niñas recién reorganizada, previene al estrenarse que implantará un sistema verdaderamente alemán. Esto sería excelente, porque en Alemania se enseña regular, y ojalá por ahí les diera. Mas, a poco, hay que desengañarse. El *sistema alemán* empieza con un decreto formidable: se prohibe a las chicas *llevar a la escuela armas cortantes o de fuego.* (¡!) »

El colega no tiene razón al admirarse. Motivo para ello habría si el decreto prohibiese a las chicas llevar a la escuela gases lacrimógenos o submarinos.

* * *

En varios dramas conmovedores
que la Quiroga suele salvar
llora sin tregua, pues los autores
la dicen, graves y aduladores:
— Quien bien te quiera te hará llorar.

* * *

— ¿A qué se llama partido conservador?

— A un partido que no conserva casi nada de lo que tenía.

* * *

Este frío nos tiene trastornados.
Con los dedos helados,
no pueden muchos vates
escribir, como «otrora» disparates,
porque tienen los ripios congelados.

* * *

El galán y la dama
representan un día cierto drama
y nadie les aplaude. Conmovidos
se retiran los dos muy complacidos.
Hay actores y actrices
que, cuando no les silban, son felices.

« Santa Fe. — Se reunieron los legisladores oficialistas con el objeto de cambiar ideas sobre la reforma constitucional. Los del norte, temerosos de que se introduzcan enmiendas que aminoren su influencia... »

Es innecesario seguir copiando la noticia.

El menos avisado se da cuenta de que no se trata de la reforma de la Constitución, sino de la reforma de la influencia.

* * *

Nunca descansa, como es notorio,
pues viaja siempre de un modo tal
que hay quien supone que es don Honorio
un *globe trotter* ministerial.

* * *

Nadie, de que hace frío, debe quejarse,
puesto que es el remedio lo más sencillo:
váyase a pie hasta Flores, sin demorarse,
con diez pesos en cobres en el bolsillo.

* * *

Leemos en una nueva publicación:

« Un estimable colega madrileño, disertando sobre la velocidad de la luz que en un segundo recorre los trescientos ocho mil kilómetros que dista el sol de la tierra... »

Los ignorantes aprendemos algo nuevo cada día.

A nosotros nos parecía que la distancia de la tierra al sol era un poco mayor. Algo así como unos 140 millones y pico de kilómetros.

* * *

Una estampilla en todo debe haber;
y pronto se ha de ver
que, siendo obligatoria en general,
las novias se la tienen que poner
en el velo nupcial.

* * *

En Córdoba, « la prensa denuncia un bárbaro atropello contra el ciudadano Félix Argañaraz, acusando como su autor al juez de paz de San Isidro, departamento de Santa María. »

Hay poca lógica en todo esto. Ni San Isidro ni Santa María hacen buen papel tratándose de un bárbaro atropello. El único nombre que debía figurar es el de Santa Bárbara.

* * *

¿Por qué me hablas, Concepción,
del fuego de tu pasión?
Sé que un microbio, amor mío,
metióse en tu corazón
y allí se murió de frío.

* * *

Los chinos se vuelven a dejar crecer la trenza, pese a las prohibiciones de la policía.

¡Qué suerte tiene el doctor Beazley al no haber nacido en Pekín!

* * *

La cámara de lo civil 2.ª ha admitido el registro de inhibiciones voluntarias.

La de Ugarte debe de haber sido una de las primeras, pensando caritativamente.

Correo sin estampilla

L. C. M. — Buenos Aires.
El soneto «La tapera»,
que nos mandó últimamente,
es una vulgar zoncera,
incongrua o inconveniente.

D. — Buenos Aires. —
A veces son muy bonitas,
y a veces muy fastidiosas
las llamadas pavaditas
amorosas.

B. S. — Buenos Aires. —
No nos parece ni bien ni mal,
su extravagante «composición».
Con que pongamos punto final
a ese conato de discusión.

S. V. R. — Buenos Aires. —
« Entre los pajarillos
Yo soy la alondra,
Que para sus amores
Busca la sombra,
Porque es lo cierto
Que aquel que dijo amores
Dijo secreto. »
No es desconocida aquí
esa antigua seguidilla,
que se publicó en «La Villa
Imperial de Potosí».

Lucía. — Buenos Aires. —
Sería usted, entre mil,
la más hermosa, gentil
y digna de nuestro afecto,
si no tuviese el defecto
de escribir en prosa vil.

E. F. C. — Buenos Aires. —
Cuando se tienen, vate frenético,
los consonantes alborotados,
no hay que afligirse, que en todos lados
venden cosmético.

N. E. P. — Buenos Aires. —
Tales discreteos, ñoños y triviales,
de Cupido y Psiquis
no les interesan ni a los radicales,
ni a los socialistas, ni a los bolshevikis.

V. G. H. — Buenos Aires. —
¿Que se une la cerveza en la cabeza
con la filosofía?
Pero, ¡ignaro! ¿no sabes todavía,
que a Kant no le gustaba la cerveza?

J. D. V. — Buenos Aires. —
Siempre estamos en lo mismo.
La suegra, odiosa y temida...
Pero, hombre, ¡si ese humorismo
anda de cara caída!

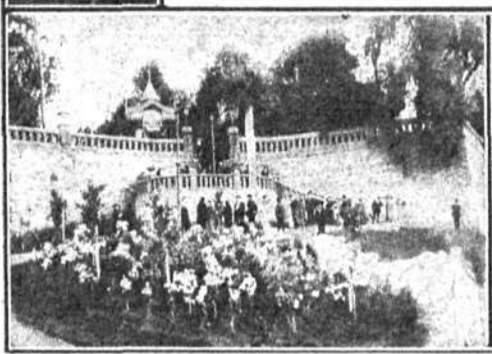
D. A. O. — Buenos Aires. —
Por más que usted se enfurece,
su ingenuidad manifiesta
crea que sólo merece
la callada por respuesta.



Concurrentes al banquete ofrecido por el ministro del Japón, a los ministros de Relaciones y de la Guerra, en el «Club Hípico».



Señor Rogelio Ugarte B., primer alcalde de Santiago.



Aspecto de la nueva subida al cerro de Santa Lucía, por la calle de la Merced, el día de su inauguración.

Grupo de personas que tomaron parte en el Paperchasse, organizado por el «Deutsche Spor Verein», en «Los Leones».


Las elegante no usan otro polvo que el Leichner, porque están plenamente convencidas que no existe otro producto que pueda reemplazarlo.
A su vendedor exíjale el verdadero y legítimo Leichner y no otro.
Venta en todas partes.
Representante en Asunción (Paraguay).
GUILLERMO PERONI
Ayolas esq. Benjamín Constant.
Representante en Montevideo:
MACEDONIO FERRARI
Juan Carlos Gómez, 1323.
Polvo Graseoso
LEICHNER

La vida de los cañones

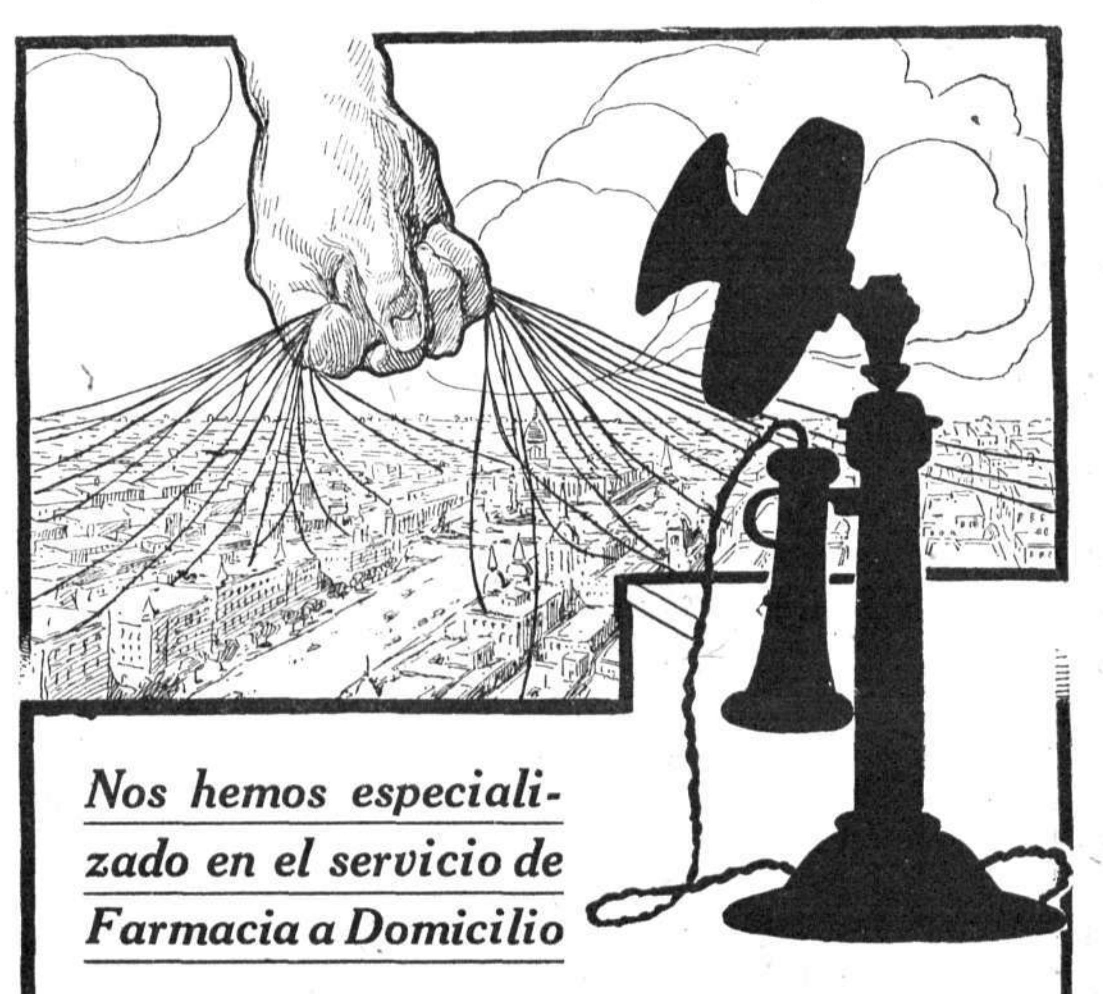
Las modernas piezas de artillería, en general tienen muy corta *vida*, especialmente la de las piezas de grueso calibre, como las de costa y de los acorazados, que apenas resisten 100 disparos sin que el tiro pierda gran parte de su eficacia. Los cañones de menor calibre resisten mucho más; así el famoso cañón francés de 7'5 cmts. puede hacer hasta 10.000 disparos.



Durante una reciente visita a los talleres Krupp (según noticias que publica *La Guerra y su preparación*, de octubre último) se hizo en ellos la afirmación de que algunos de los cañones ligeros de campaña de 7'7 ctms. y obuses de 10'5 ctms., han llegado a disparar 18.000 proyectiles, quedando aún en estado de servicio. Los obuses pesados de campaña, de 15 centímetros, han llegado a 15.000 disparos por pieza, y a 9.000 el mortero de 21 ctms., cifras que han sido en parte confirmadas por noticias recogidas en distintos cuarteles generales. La casa Krupp garantiza una vida de 10.000 disparos para el obús pesado de campaña de 15 ctms., y de 6.000 para el mortero de 21 ctms. Se han rebasado por tanto los límites de esa garantía, y se espera que si la guerra se prolonga todavía algún tiempo, se llegará, para el cañón de campaña, a 30.000 disparos.

Esta excepcional duración de las piezas de artillería alemanas, se atribuye en primer lugar a las excelentes cualidades del acero empleado por la casa Krupp. Se desconoce hasta ahora si deben también atribuirse al empleo de cierta aleación especial o a la bondad de la mano de obra.

Como ejemplos del considerable trabajo impuesto a la artillería de campaña en la presente guerra, puede mencionarse el hecho de que una batería alemana de cuatro cañones disparó 2.800 proyectiles en 24 horas, durante la ofensiva de 1915 en la Champagne, y que cuatro baterías austriacas, constituidas por 24 cañones, dispararon en un día 24.000 proyectiles para repeler un ataque en masa de los rusos. En la batalla de Mukden se tuvo por extraordinario que los cañones de una brigada de artillería japonesa dispararan, cada uno, 500 proyectiles, por término medio, durante diez días de lucha.



Nos hemos especializado en el servicio de Farmacia a Domicilio

Repartimos *300 pedidos diariamente en todo el barrio urbano de la ciudad; todos pedidos hechos por teléfono.*

Para *mayor rapidez y comodidad de nuestros clientes, hemos instalado*

Una Oficina Telefónica

en nuestra casa.

Pida con los números:

Unión Telefónica: **6190**, **6191**, **6192** *Avenida*

Coop. Telefónica, **3697**, *Central*

Farmacia Franco-Inglesa

581, SARMIENTO, 587. — Buenos Aires



Escena del tercer acto de la comedia, original del señor Federico Mertens, titulada «El tren de las 10.30», estrenada por la compañía Quiroga-Rosich, del teatro Liceo.

Final de la obra «La espada del coronel», original de Primos Alvarez Tintero, música del maestro De Bassi, estrenada por la compañía Vittone-Pomar, del Nacional.


Cuando
todos aumentan el
precio del Calzado
nosotros lo rebaja-
mos de precio.
Es, pues, una verdadera adquisición comprar BOTINES en nuestra Casa.
HORMAS COMODAS
DE MODA Y DE
CALIDAD EXTRA
BOTINES de gum metal, negro o cabritilla charolada, con caña de becerro mate o de paño fantasía de varios colores, con cordones o botones, el par, al precio excepcional de.................. $ 11.50
BOTINES de becerro impermeabilizado, forrados con cuero, doble suela, muy indicados para días de lluvia, el par, al extraordinario precio de.................. $ 11.50
BOTINES de becerro, doble capellada, y horma "Ostande", artículo de alta novedad, el par, al precio de.................. $ 11.50
Créditos
Acordamos créditos a pagar en 10 mensualidades, sin recargo de precio y sin cobrar interés. — SOLICITE INFORMES.
Pida nuestro Catálogo, se envía gratis al interior de la República.
M. ZABALA
=Bme MITRE Y ESMERALDA

CONSULTORIO DE CARAS Y CARETAS

Todas las preguntas que se nos hagan respecto a Artes, Ciencias, Historia, Geografía, Curiosidades, etc., serán contestadas en esta sección. — Las preguntas deben ser formuladas en forma breve y clara; las publicaremos con la firma y domicilio del remitente. — Confiamos en la buena voluntad de nuestros lectores para que cuando sepan algo de lo que se pregunta, envíen la respuesta, que publicaremos con la firma del remitente.

N.º 1309. — **¿En qué país se domesticó por primera vez el caballo?**

ARABE. — Capital.

Dice el señor M. A. P., «que sobre esta cuestión se ha discutido muchísimo, sin que los autores que de ella se han ocupado hayan llegado todavía a un acuerdo. Procuraré, sin embargo, contestar a la pregunta dando una idea de las hipótesis más modernas, que por ahora son las que tienen más visos de veracidad.

Durante mucho tiempo se creyó que la domesticidad del caballo tenía al Asia y Africa por cuna, pues la primera mención histórica de caballos domésticos, que se encuentra en el capítulo 47 del libro del Génesis, se refiere a Egipto, y en los monumentos egipcios no se hace alusión a estos animales sino después de la invasión de los hiksos, pueblo asiático, a los cuales se consideraba hasta hace poco como sus primeros domadores.

Pero hoy está demostrado que en Asia no había caballos más que en los países septentrionales y centrales, de cuya existencia ni siquiera tenían idea los egipcios, y esos caballos eran pequeños y feos, no grandes y hermosos como los que se ven en los monumentos de Egipto. Los pueblos asiáticos próximos a este país no conocieron los caballos hasta que entraron en relaciones con él. Salomón se hacía llevar sus caballos de Egipto; Job, el más rico de todos los orientales, según la Biblia, poseía 7.000 ovejas, 3.000 camellos, 1.000 bueyes y 500 asnos, pero ni un solo caballo, y hasta los tiempos de Mahoma era muy difícil encontrar uno de estos nobles animales en Arabia; el mismo profeta no llevaba más que dos en su séquito.

Hay, por lo tanto, que desechar la idea de que el caballo se empezase a domesticar en el Asia sud-occidental. En ninguna parte está concretamente expresado que los hiksos fueran los importadores del caballo en Egipto, y como este país era fronterizo de la Libia, cuyos habitantes poseían una magnífica raza de caballos diez y seis siglos antes de Cristo, bien pudieron tomarlos los egipcios de los libios y no de ningún otro pueblo.

Hay, por lo tanto, motivo bastante para creer que el caballo fué domesticado por primera vez en el Norte de Africa. En Europa se empezó a domesticar en la edad de bronce, cuando sin duda alguna ya hacía mucho tiempo que lo habían domesticado los libios, pues mientras éstos, en la remota época de Moisés, tenían ya una raza caballar tan perfecta como las mejores de nuestros días, el caballo doméstico genuinamente europeo, tal como lo poseían los pueblos del Norte, conservaba aún los caracteres de sus antecesores salvajes en los días de Herodoto. Este historiador y Dio Casio dicen que eran estos caballos tan pequeños que no servían para montar, y sólo se empleaban en la guerra para tirar de carros muy ligeros. En efecto, los bocados de bronce encontrados en diversas excavaciones son tan pequeños, que parecen hechos para borriquillos.

En Grecia, donde en los tiempos homéricos había ya una raza caballar bastante buena, para formarla se había hecho uso de caballos africanos, y esto solo basta para probar que cuando en Europa las artes ecuestres estaban en la infancia, se criaban ya en Libia caballos de fama universal.»

—o—

N.º 1310. — **¿Es muy antigua la costumbre de afeitarse?**

PELUQUERO.—Salta.

Es más que probable que los hombres prehistóricos se afeitasen, pues en algunas excavaciones se han hallado trozos de concha y de piedra tallados de un modo especial, que muy bien pudieron servir de navajas en aquellas épocas primitivas. En algunas partes de China, a donde aún no ha llegado ni el más ligero destello de progreso, los hombres se afeitan todavía con instrumentos como éstos y sin agua ni jabón. Cuando la humanidad no conocía todavía otras armas que las que le era posible hacer de piedra, y las luchas se verificaban siempre cuerpo a cuerpo, el quitarse las barbas debió ser medida prudentísima, a fin de evitar que el enemigo pudiera asirse a ellas.

Por esta razón fué precisamente por la que, andando el tiempo, hubo Alejandro Magno de obligar a sus soldados a afeitarse. Su orden en este sentido es uno de los primeros casos históricos en que vemos a alguien afeitarse; pero no hay duda de que la costumbre existía ya mucho antes. Los antiguos monumentos de Egipto nos muestran ya a unos egipcios afeitados del todo, y a otros sólo en parte, con la barba rizada, y en el Génesis se dice que, cuando José fué sacado de la cárcel para ser presentado a Faraón, se afeitó y mudó sus vestidos.

—o—

N.º 1311. — **¿Son muchos los reyes sin corona o destronados?**

J. GARCÍA. — Capital.

Actualmente hay cinco en estas condiciones. El ex zar o Nicolás Romanoff, como ahora se le llama en Rusia, prisionero de sus antiguos súbditos. El ex rey Manuel de Portugal, que hace vida de gran señor provinciano en una linda posesión en Twickenham. El ex jedive de Egipto, que vive en Austria a expensas del gobierno imperial. El cha de Persia, «La Sombra de Dios», según el dictado oficial, y del cual no se tiene noticia cierta. Y por último, Constantino de Grecia.

Conservando la corona, pero sin reino, tenemos los reyes de Servia, Montenegro y Bélgica.

—o—

N.º 1312. — **¿Conoce algún barniz bueno para cuadros al óleo?**

PINTOR — Capital.

Goma copal de 1.ª	500	gramos
Alcanfor	30	»
Bálsamo del Canadá	10	»
Esencia de trementina	1000	»

Mézclese todo y póngase al baño maría.

Este barniz tiene sobre los demás la ventaja de que, además de no agrietarse nunca, tiene mucha transparencia.

—o—

N.º 1313. — **¿Dónde se obtiene la esencia de rosas?**

PERFUMISTA — Capital.

En la mayor parte de los pueblos de Rumania y de Bulgaria se dedican los campos al cultivo del rosal, para obtener la esencia de sus flores. La más apreciada es la «rosa damascena moschata», de color encarnado brillante, que florece en los meses de mayo y junio. Críase principalmente en la falda de los montes cuyo suelo está cubierto con una capa de arcilla.

La esencia que se saca de las plantas nacidas en los montes es más fuerte que la de las llanuras, y se obtienen excelentes resultados mezclando ambas.

El tiempo frío y lluvioso es el más favorable para la destilación. Haciendo ésta en buenas condiciones, de cada dos mil kilogramos de rosas se obtiene nada más que uno de esencia. Si el tiempo es seco, se necesitan para sacar esta cantidad nada menos que cinco mil kilos de flor.

Los mismos jardineros se encargan de la destilación, y venden el aceite envasado en unos frasquitos chatos de forma característica.

—o—

N.º 1314. — **¿Desde cuándo se conoce en las prácticas religiosas la costumbre de la ablución?**

CATÓLICO — Capital.

La ablución es una loción propia de los ritos religiosos.

Desde la ley de Manou, la ablución entre los hindúes, debe abrir cada jornada, preceder la plegaria y la comida y es, sobre todo, el agua sagrada del Ganges la que utilizan para esto. La ley de Moisés consagraba también la ablución entre los hebreos; debían sobre todo sujetarse a esto antes de penetrar a los templos, y cuando habían tocado o comido algún animal impuro, o bien comunicado con hombres atacados de lepra u otras enfermedades corporales.

Las abluciones eran igualmente prescriptas entre los griegos y los romanos. La aspersión de agua lustral que hacían sobre los asistentes, se asemejaba bastante a la del agua bendita que se practica en nuestros días en las iglesias católicas.

Las abluciones tienen un lugar preferente en las prácticas del islamismo; son de dos especies: la gran ablución, que es el baño o la inmersión del cuerpo y que se llama ghoust; y la pequeña ablución, llamada abdest, en la cual se lavan solamente las manos, los pies y la cara. Faltando el agua, se simula la operación con tierra o arena; esta es la ablución dicha arenosa o terrosa. En el catolicismo, el bautismo, la aspersión del agua bendita, el lavaje de los pies en los altares en Semana Santa, son otras tantas abluciones. Entre las ceremonias de la misa, hay tres abluciones, una después del ofertorio, llamada lavabo y las otras dos después de la comunión. El objeto primitivo de las abluciones era conservar la limpieza indispensable en los países cálidos y prevenir el desarrollo y la propagación de las enfermedades que había allí frecuentemente. Más tarde se estableció la analogía entre la pureza del alma y la limpieza del cuerpo, la ablución se hizo pues simbólica.

—o—

N.º 1315. — **¿Qué leyenda existe sobre la superstición de lo maléfico que es volcar sal involuntariamente en la mesa?**

AFLIGIDO — Capital.

Si se vuelca o se ve volcar un salero en la mesa, es preciso, según la superstición, tomar con la punta de un cuchillo algunos granos de la sal derramada y arrojarla por encima del hombro izquierdo, pronunciando la fórmula romana: «Sinistrum». ¿Por qué? No lo sé; pero, cualquiera que sea esta conjuración, es incontestable que la sal desempeña un rol capital en las relaciones humanas.

La sal ha sido siempre considerada como sustancia sagrada. ¿Es esto una vaga reminiscencia de la suma del mundo, el mar? Las bulas de excomunión prohiben dar a la excomunión el agua, el fuego y la sal. El sacerdote hace disolver la sal en el agua lustral y para la ceremonia del bautismo se pone un poquito sobre la lengua del pequeño cristiano. Cuando se va a demoler una casa maldita se desparrama sal. La mujer de Loth fué convertida en estatua de sal. El pan y la sal son el símbolo de la hospitalidad y al mismo tiempo un pacto de amistad. Volcar un salero, era rehusar el asilo, era ser enemigo.

Antiguamente se tenía costumbre, en algunos estados, de proporcionar gratuitamente la sal entre las familias que contaban más de doce hijos. En ese tiempo los productos de la tierra eran suficientes para alimentar a los que la cultivaban, el dinero era muy escaso y la sal de primera necesidad. Se tenía mucho cuidado con ella y las dueñas de casa veían una amenaza de desgracia cuando se derramaba.

La sal traía, pues, una especie de respeto que la superstición exagera, viendo un presagio de mal augurio en la acción de volcarla. En los tiempos antiguos, los esclavos encargados de transportar la sal, eran condenados a muerte cuando se les llegaba a derramar por tierra.


MODELO METZ 1918
EL ARISTOCRATA DE LOS AUTOMOVILES
UN AUTOMOVIL METZ EQUIVALE A LA COMODIDAD SUMA, POR LA UNIFORMIDAD DE SU MARCHA Y SU GRAN ESTABILIDAD, DEBIDO A SU EMPLAZAMIENTO DE 2.75 M/. POR LO TANTO
SU SEGURIDAD ES INSUPERABLE.
CON SU ORIGINAL MECANISMO SE CONSIGUEN
7 - VELOCIDADES - 7
SU MANTENIMIENTO ES EL MAS ECONOMICO. ESTA EXENTO DE ROTURAS Y OTRAS DIFICULTADES DE LA TRANSMISION, PUES FUNCIONA
SIN ENGRANAJES
EL SISTEMA DE ENCENDIDO ES A MAGNETO DE ALTA TENSION
EL AUTOMOVIL METZ EQUIVALE A
ELEGANCIA Y SEGURIDAD
ENTREGA INMEDIATA
Precio, sobre vagón Buenos Aires, $ m/n. 3.100
PÍDANOS DETALLES O VISÍTENOS
IMPORTADOR:
Ing. ADRIAN R. LAJOUS
SALON DE VENTAS:
VIAMONTE, 939 - BUENOS AIRES
U. T., 1382, JUNCAL
Representantes en:
Uruguay: JUAN PRADELLES
Av. 18 de Julio, 1312 - Montevideo.
Provincia de Santa Fe: FEDERICO SOLARI
Gral. Mitre, 715 - Rosario.
Fabricantes: METZ COMPANY,
Waltham, Mass., U. S. A.

Bodas de oro y plata



JUNIN. — Los esposos señores Pablo Norese y María Masini, acompañados de sus hijos y nietos, el día en que celebraron sus bodas de oro matrimoniales.



SAN NICOLAS. — El señor Damián Illa y su esposa, señora María J. Rodríguez, e hijos, el día del 25.° aniversario de su matrimonio.



OLAVARRIA. — Concurrencia que acudió al establecimiento «Los Tojos», con motivo de festejar sus bodas de plata los esposos Burnet.


PHILIPS
ARGA
la gran marca
de lamparitas
PHILIPS ARGA
TIPO ½ WATT
SE VENDEN EN LAS BUENAS CASAS DE ELECTRICIDAD
Fabricantes: PHILIPS Ltd.
Apareció "La historia de Arga", que es un librito interesante;
se remite, gratis y franco de porte, a quien tiene a bien pedirlo a
BOSCO, VILA & MARZONI, PARANA, 220 - Buenos Aires



BIBLIOGRAFÍA

«Escritos políticos», por Bernardo de Monteagudo. Edición de La Cultura Argentina.

«Señoritos, chulos, fenómenos», por Eugenio Noel. Edición Renacimiento. — «Ensayos», por Miguel de Unamuno. Edición Residencia de Estudiantes. — «Memorias de Urdinacoa». Biblioteca Ayacucho. — «Economía política», por Leroy-Beaulieu. Edición España Moderna. — «Asceta y suicida», por Francisco Betanzo. Edición Paul Ollendorff. Rep.: Agencia General de Librería y publicaciones.

«Guerra del Paraguay», por Reband. Editor: Julio Suárez.

«Almanach de Bruxelles, 1918». Jean de Bonnefon.

«Gibraltar», por Miguel de Unamuno. Salamanca.

«Ideas», año III, número 14.

«Cuentos de la angustia», por Alberto Ghiraldo. Biblioteca Arauca.

«Los románticos de 1830», por Pío Baroja. Editor: Caro Raggio.

«Derecho constitucional», por Clodomiro Quiroga, prólogo de Carlos Rodríguez Larreta. Editor: Librería Argentina.

«Letras», por Rubén Darío. Edición Mundo Latino.

«Boletín Noé», año III, número 30.

«Cancionero del amor infeliz», por R. Blanco Fombona. Editorial América.

EPIGRAMAS

Estando en una reunión
Andrés y su amigo Gil,
con exaltada pasión
trabáronse en discusión
por un motivo pueril.

Y en tono poco cordial
dijo Andrés a su rival,
enarbolando una silla:
— ¡Yo te rompo una *costilla*
por burro y por animal!

Y exclamó Gil prontamente:
— ¡Eso lo vamos a ver!
Rómpemela, so... valiente,
que aquí la tienes presente —
...y le enseñó a su mujer.

***

Imitando a Juan de Robres,
que hizo el hospicio y los pobres,
un famoso ex diputado,
que fué orador de los "gordos",
un hospital ha fundado
para curar a los sordos.

ANDRÉS MUÑOZ.

Inclinada la cabeza
Hacia su esposo difunto,
Una mujer allí junto
Con santa devoción reza.
Mas si alguno, que se quite
De aquel sitio la amonesta:
— Estoy rezando — contesta, —
Para que no resucite.

M. AZCUTIA.

¡No hay mal que por bien no venga!
Un robo, que ha empobrecido
A un rico, y hecho infelice
Al que cometió el delito,
Ha sacado de pobreza
A un Juez, a cuatro Ministros,
Dos Escribanos, y siete
Abogados presumidos.

L. DEL ARROYAL.

Gil, que debe a don Ventura
Cierto pico nada escaso,
Siempre que le encuentra al paso
Se abraza a él con ternura.
Y le añade el tal mancebo,
Afectando buena fe:
— ¡Nunca, nunca pagaré
Lo mucho que a usted le debo!

M. ZACARÍAS CAZURRO.

A casarse Antón marchó
Al pueblo de su futura;
Mas hizo una travesura,
El suegro le apaleó,
Y no le casó ya el cura.
Por eso decir le oirás
Que, con los fines más buenos,
Ir quiso, en tiempos atrás,
Por una *costilla* más,
Y volvió con una menos.

GENARO GENOVÉS.

— Ya que me siento capaz,
Escribiré sin reparo...
— Mira no te cueste caro
Tu numen acre y mordaz.
— No, señor, ¡qué desatino!
¿Acaso hay uno que lea
Sátiras, que no las crea
Hechas contra su vecino?

P. DE JÉRICA.



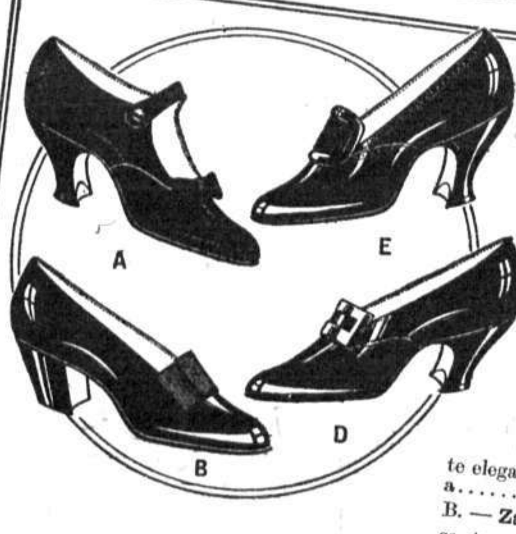
"FOURRURES"

(PIELES CONFECCIONADAS)

Gath & Chaves Ltd., es el representante único para la República Argentina de "REVILLON FRERES", la casa de Pieles más grande del mundo entero. — La etiqueta "REVILLON FRERES" es mundialmente aceptada como la garantía mayor que una piel puede ostentar. — Los modelos nuevos de Estolas, Manchones, Cuellos, Capas y Tapados que actualmente están en exposición, son por su legitimidad garantizada y por su confección novedosa y característica, muestras evidentes de su universal fama.

Revillon Frères

Anexo y Casa Central



Elegantes modelos de calzados de señora, de la famosa marca norteamericana "HANAN & SON", el mejor que el mundo fabrica.

A. — **Zapato** de raso negro extra, con presilla, taco Luis XV, forrado del mismo género, horma sumamente elegante y de gran moda, el par, a.......................... $ **16.50**

B. — **Zapato** de cabritilla negra, suela gruesa, taco bajo de suela, horma cómoda y elegante de gran moda, el par, a pesos......................... $ **24.50**

D. — **Zapato** de fina cabritilla charolada, taco Luis XV, bajo, punta angosta con hebilla niquelada, horma muy cómoda y de gran moda, el par, a........ $ **15.50**

E. — **Zapato** de cabritilla charolada, punta angosta, picado alrededor del escote y capellada, taco Luis XV, alto, con hebilla charolada, modelo muy chic, el par, a.......................... $ **19.00**

THE SOUTH AMERICAN STORES

Gath & Chaves Ltd

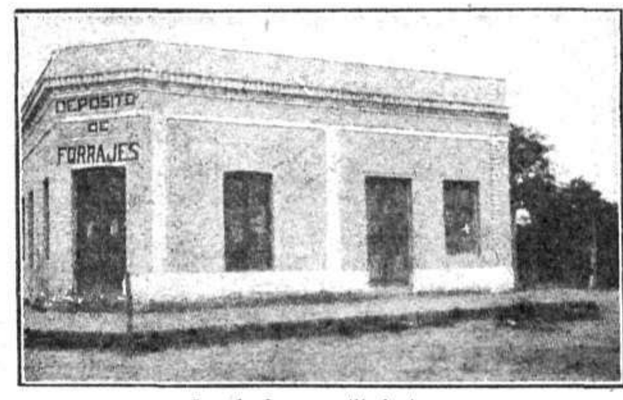
Anexo: Avenida de Mayo, Perú y Rivadavia

Resistencia (Chaco)

En la noche del 16 de mayo fué asesinado el anciano vecino don Javier Velázquez, en su casa-almacén, donde vivía, calle Necochea esquina Entre Ríos.

La policía envió al oficial Vicente Attis en busca de un dependiente que tenía Velázquez, llamado Nemesio Gómez y el hermano Roque Gómez, que habían desaparecido y sobre los cuales recaían sospechas de ser los autores del crimen.

Dicho oficial se desempeñó con encomiable diligencia, pues desde su llegada a Corrientes halló los indicios que le puso sobre la pista de los fugitivos, cuyo paradero era en la «Fonda del Paisano», frente al muelle, al lado del anexo del hotel Colón. Pero no encontrando a los presuntos criminales y suponiendo volverían, pues tenían allí su equipaje, les esperó. A las seis, en efecto, regresaban a la fonda muy bien y flamantemente trajeados, pues en «La Gran Galera», de aquella capital, habían hecho un gasto de 150 pesos, parte del infame y sangriento botín de su nefanda obra.



Casa donde se cometió el crimen.

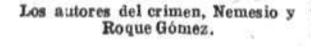


Los dos hermanos se llaman Roque y Nemesio Gómez, siendo este último el que fué dependiente de Velázquez.

Nemesio Gómez, que en el momento de ser detenido se mostró sorprendido, y preguntó con un cinismo frío el porqué se le prendía, se declaró único autor material del crimen, arguyendo que lo cometió porque su patrón había manifestado desconfianza hacia él, cuando está probado que el verdadero móvil fué el robo.

El criminal, después de consumar con cruel ensañamiento su funesto designio, arrojó al pozo de la casa las ropas que vestía, los botines y el gran cuchillo de que se sirvió, objetos que fueron extraídos por la policía.

Los dos hermanos, son dos precoces delincuentes, pues Roque, el día anterior, había sido denunciado a la policía como autor del robo de un anillo y Nemesio se estrena en el crimen con las 18 alevosas puñaladas dadas al anciano Velázquez, a quien además degolló separándole la cabeza del cuerpo.



Los autores del crimen, Nemesio y Roque Gómez.



Oficial de policía señor Attis, que aprehendió a los criminales.





En esta época de privaciones es cuando se destaca la gran aceptación del **Oporto DOM LUIZ**, porque el consumidor inteligente no quiere arriesgar su dinero y exponerse a pasar un mal rato comprando cualquier otra marca. Se concreta a exigir que le vendan lo que quiere comprar.

Sabe que el **Oporto DOM LUIZ** es de clase superiormente bueno y lo exige.

Es lógico presumir que si el vendedor se empeña en offecerle otra marca, es porque le cuesta menos dinero y por consiguiente no es tan buena, es inferior.

Es, pues, muy acertada la resolución del comprador inteligente al rehusar toda otra marca que no sea el **Oporto DOM LUIZ.**

CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA — JOSE S. ALVAREZ, Fundador

Año XXI — BUENOS AIRES, 1.º DE JUNIO DE 1918 — N.º 1026



Regreso inesperado

Pelagio. — No le esperaba tan pronto; su rápida vuelta no me ha dejado el tiempo preciso para darme corte. De este modo mi presidencia resulta flor de un día.

Irigoyen. — Así le evito que represente la segunda parte: espinas de una flor.

Dib. de Sirio.

Acuerdo de San Nicolás

31 de mayo de 1852

La caída de Rosas planteó de nuevo el gran problema de la organización nacional. Desde 1810, se había pugnado por lograrla. La anarquía provocada por la ambición de muchos y sobre todo por la acción inorgánica de los caudillos, hacía fracasar los mejores empeños. Pueyrredón encarnó en su directorio, el primer régimen de gobierno que se desenvolvió dentro de normas legales; y fué él mismo, el primer jefe de gobier-



Teniente general Bartolomé Mitre.

no que descendió voluntariamente del mando. Los gobernantes que vinieron en pos, — o fueron víctimas de aquella anarquía en los días críticos del año 20, o hubieron de desempeñar el poder sin obedecer a normas constitucionales prefijadas. En cuanto se intentó la sanción de las constituciones cayeron los gobiernos, por mejor inspirados que estuvieran y por grande que fuera la fuerza moral que los alentaba. Y así, punto más, punto menos, hasta Rosas. Desde que éste asciende al poder supremo por primera vez (6 de diciembre de 1829) se mantiene su influencia poderosísima en el desarrollo de los sucesos. Fuera él o fuera otro el gobernador, la política giraba en derredor suyo y a merced de su voluntad. Esta buscaba sólo esa preeminencia. No se dirigió nunca en el sentido de la organización constitucional del país, como él mismo se allanó a reconocerlo, en uno de sus raros momentos de sinceridad. La campaña de veinte años en contra suya tenía, pues, como programa fundamental, realizar aquella organización, reclamada imperiosamente para asegurar la felicidad común.

Lógicamente, el vencedor y libertador de la tiranía debía acometer esa empresa. El hecho estaba reconocido por todos. Empero, la personalidad de Urquiza levantaba al propio tiempo vivas resistencias o por lo menos grandes y justificados recelos. Urquiza había servido la política del tirano durante quince años. Había sido el jefe militar de un poderoso ejército en campañas contra la libertad. Era directamente responsable del exterminio de los vencidos, siguiendo «el sistema de Rosas», en Vences, en India Muerta, en Pago Largo... Luego había levantado la bandera de la libertad. Los que antes fueron sus enemigos, ingresaron entonces en sus filas viniendo a la patria desde las naciones vecinas y hermanas, donde habían pasado largos años en el destierro impuesto por aquel mismo «sistema». Sin discutir ahora la nobleza de sus intenciones, es incuestionable que sus antecedentes políticos y militares despertaron en el pueblo libertado aquellas resistencias y aquellos recelos. Lo consignamos como un «hecho». De ahí que todos sus actos estuvieran sujetos a un examen minucioso al calor de nobles angustias. De ahí también que lo que a otros no se le habría entrado a discutir siquiera, en él se consideró un indicio de que «quería engañar al pueblo con palabras que traducían en verdad los anhelos nacionales», como él lo dijo respecto al tirano que por ello había derrumbado.

El restablecimiento del cintillo punzó que caracterizó la «Santa causa de la federación» a la manera de Rosas, los actos subsiguientes a la batalla de Caseros, el fusilamiento de Chilavert, fueron actos que aumentaron el desasosiego. El acuerdo



Don Vicente Fidel López.

de San Nicolás provocó el estallido.

Con el objeto de resolver la forma de llegar a la reunión de un Congreso Constituyente, los gobernadores de Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y Buenos Aires realizaron el tratado de 6 de abril de 1852 que tendiendo a aquel fin resolvió dar estricto cumplimiento al pacto de 4 de enero de 1831, comúnmente conocido con el nombre de liga del litoral. De acuerdo con él, cada provincia debía nombrar sus representantes al efecto indicado. Sin embargo, dos días después, el 8 de abril, el Ministro de Relaciones Exteriores de Urquiza, don Luis José la Peña, invitó con aquel fin a los propios gobernadores de las provincias, los mismos mandatarios que habían servido a Rosas, y combatido todo propósito de organización nacional. Ello aumentó las inquietudes, que tomaron gran cuerpo, cuando reunidos los gobernadores en San Nicolás, nombraron al general Urquiza, Director Provisorio, representante de la soberanía nacional, encargado de mantener la paz interior discrecionalmente, del mando efectivo de las fuerzas que en ese momento tenía en pie cada provincia y de aumentar esas fuerzas «si fuera necesario». (Artículos 15 y 18 del pacto).

La legislatura de la provincia aca-



General Justo José de Urquiza.

baba de ser instalada. Se sentaban en su seno, personalidades como Vélez Sarsfield, Esteves Saguí, Mitre que hacía sus primeras armas parlamentarias, Obligado y Portela entre los opositores al pacto, y Gorostiaga, Vicente Fidel López y Juan María Gutiérrez, ministros del gobierno de la provincia, entre los sostenedores de aquél. El debate fué brillante y ha quedado famoso. Mitre sostuvo que el pacto otorgaba poderes despóticos al general Urquiza. Dijo que no creía que el general usara de ellos porque ello importaría convertirlo en un tirano y no podía serlo quien había triunfado en el interés y en el nombre de la libertad. Pero rechazaba el principio por peligroso para un pueblo que acababa de salir de la servidumbre. El doctor don Vicente Fidel López, defendió el pacto y los poderes otorgados al general Urquiza, como necesarios, indispensables, ante las circunstancias porque atravesaba el país. Fué elocuente en alto grado. En aquellos momentos brilló bien alto el pensamiento argentino. El resultado final fué el rechazo del acuerdo por parte de la legislatura, y el golpe de estado producido luego por el general Urquiza disolviéndola, asumiendo él el gobierno de la provincia y encarcelando a los diputados.

Se abrió así un nuevo paréntesis. Buenos Aires realizó después la revolución del 11 de septiembre que afirmó su disidencia con la política del vencedor de Caseros. Las demás provincias aceptaron la Constitución de Santa Fe, y nueve años de segregación fueron la consecuencia de aquellos sucesos. Bajo el sol de Pavón se realizó por fin la unión definitiva de la república el 17 de septiembre de 1861.

M. de Vedia y Mitre.

Mi primer estreno





¡Los recuerdos de mi primer estreno! Los entrego complacido al papel, tanto más cuanto que contienen detalles interesantes en que, sea dicho de paso, mi primera obra y yo entramos en cantidad infinitesimal.

En plena adolescencia, casi debutante en el periodismo, abordé el teatro. No había por entonces compañías criollas, y con toda osadía, armado de mi rollo, me presenté a una artista ilustre que trabajaba frecuentemente en el Plata, a Adelaida Tessero Guidone, quien con la Ristori y la Pezzana integraba la más famosa trilogía dramática femenina que ha tenido Italia, su patria.

La Tessero, sorprendida sin duda de tanta audacia unida a tanta inexperiencia, me acogió muy afectuosa. Conocía el castellano medianamente y me prometió leer la pieza. Unos días después me llamaba y me anunciaba su aprobación: la representaría. Iría aún más allá. Si yo no tenía traductor, ella la traduciría.

Y este es el bello recuerdo que se mezcla a mi primer estreno y hasta puede decirse que lo eclipsa con las intensas emociones de arte y familiaridad que debí en aquellas sesiones de labor a la generosa mujer. Adelaida Tessero tocaba ya el ocaso de su carrera teatral. Tenía más de 45 años. Y en tanto que su talento se conservaba robusto, enérgico, brillante, su talle se había espesado, su cuerpo, diremos así, había envejecido. Tenía que someterse a los papeles de madre en el drama o la comedia modernos; no le iban ya los de primera actriz. Sólo en la tragedia, bajo el peplum o la túnica, permanecía siendo la misma, potente, avasalladora, tan grande como sus dos famosas rivales.

Traducíamos juntos. Vivía ella en una casucha modesta, una especie de sotabanco. Se trabajaba dos o tres horas, hasta el anochecer, las tardes que la gran artista no tenía ensayo. Cuando llegaba el momento de suspender la tarea antes de comer, charlábamos amigablemente. Yo la asediaba a preguntas, sobre su vida, sobre su arte, sobre sus triunfos. Tenía un venero de memorias, de anécdotas, y satisfacía complacida y sonriente todas mis interrogaciones. Después asentía aún a otras exigencias, recitando algo de su repertorio. Envuelta en un amplio manto, desde un ángulo de la habitación iluminada mezquinamente, lanzaba sus notas cálidas, con sonora voz de contralto. Le tocaba hoy a un canto del Dante, otro día a un trozo de «Medea», a veces a una oda de Manzoni, mi poeta italiano favorito de entonces. Yo la contemplaba abismado y me transportaba al séptimo cielo. Luego me entristecía con ella de su modesto presente. La altiva María Antonieta que en ciertas noches deslumbraba sobre la escena con sus amplios «panniers» y el enorme penacho de plumas, cubierta de joyas y rodeada de cortesanos, dirigiendo insinuantes palabras al poeta Caron de Beaumarchais, estaba allí, pobre, relegada casi, batida por dolorosa obesidad.

En fin, el drama (pues de drama se trataba) se estrenó en el Politeama. No sé si tuvo buen éxito. Un autor primerizo está rodeado siempre de tantos amigos que le mienten, de tantos críticos y compañeros que le consideran y que de común acuerdo fabrican el aplauso y cooperan al elogio, que difícil le es distinguir la verdad de los hechos.

A mi ver la obra era un mal engendro en que todo lo hacía la Casualidad, esa hada benéfica de los autores noveles. Y lo más curioso es que el asunto era real. Pero lo real en el teatro a veces resulta inverosímil. Y la verosimilitud es la primera condición de la obra teatral cuando no se trata de poemas escénicos puramente literarios. En fin, pero mi drama tenía un mérito indiscutible, grande, para mí importantísimo: haber sido traducido por Adelaida Tessero. Aun conservo el manuscrito como una sagrada reliquia.

Otro hecho de menor trascendencia, pero también curioso, merece conocerse a propósito de este primer estreno. Yo puse a la obra por título el nombre de la protagonista. Por coincidencia resultó el apellido de una familia conocida que me quiso discutir el derecho a ello. Me amenazó con pleitear. Fué encargado Carlos María Ramírez, —el cerebro más completo que ha tenido el Uruguay, — de solicitar el cambio del nombre en cuestión. Yo quería tanto como respetaba a aquel insigne maestro y no osé discutir, me entregué a él. Y Carlos se encargó de bautizar al chico. Por su indicación el drama se llamó «Honoria Blanchard». Y he ahí otro recuerdo de colaboración que también me enorgullece.

La Tessero había estado soberbia desempeñando el papel principal. Se desesperaba por darle vida, acción, interés. Me felicitó con las lágrimas en los ojos y me despedí de su camarín bajo la protección de una amable protecía.

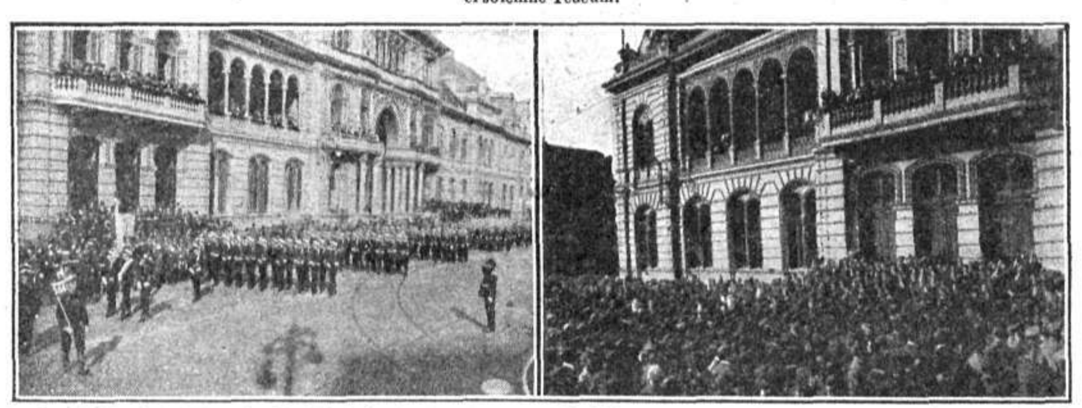
Tales circunstancias especiales rodearon mi primer estreno.

Alfredo Duhau.

Conmemoración de las fiestas patrias



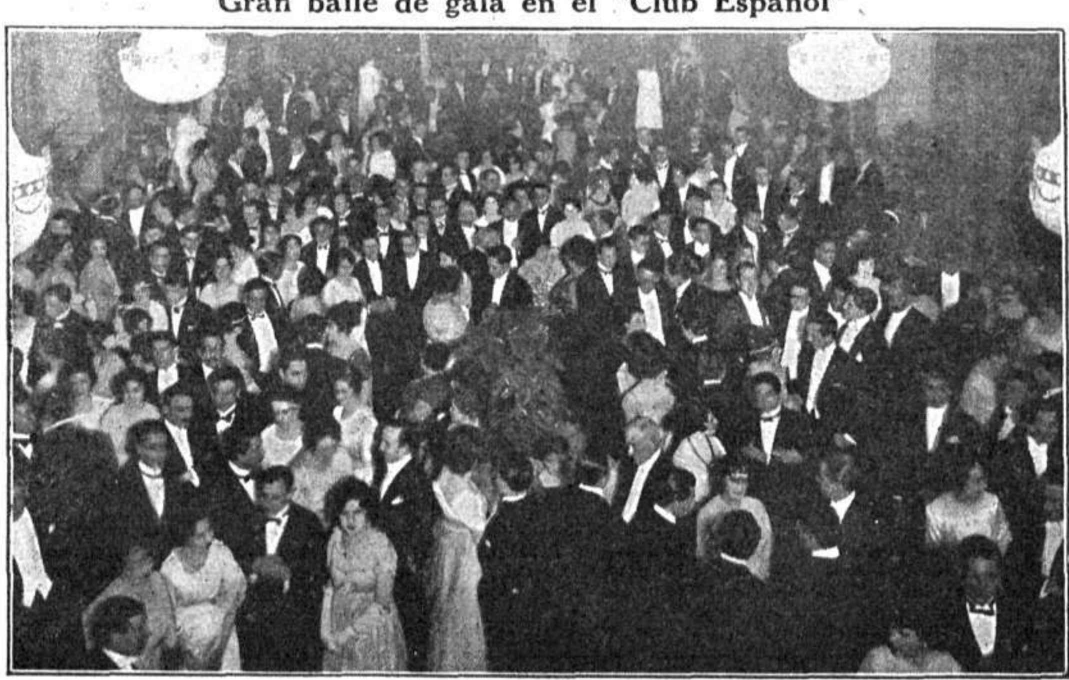
El Vicepresidente en ejercicio, acompañado de sus ministros y altas autoridades, dirigiéndose a la Catedral, donde se celebró el solemne Tedéum.



La Escuela Naval, encabezando el desfile de las tropas que formaron en la parada.

El público que presenció el desfile, cantando el Himno Patrio al pie de los balcones de la Casa Rosada.

Gran baile de gala en el "Club Español"



Hermoso aspecto de los salones del «Club Español», durante la realización del baile de gala, ofrecido por la comisión directiva de la institución, en honor de nuestro embajador en España, doctor Marco Avellaneda. Fué la fiesta un bello exponente de las simpatías que ha sabido granjearse el obsequiado dentro de esa colectividad.

A bordo del "Minas Geraes"





El «Minas Geraes», anclado en la Dársena Norte.

Hay una multitud compacta que, a pesar de la tarde destemplada, observa al acorazado. De todo rumbo llegan curiosos que van formando fila y recorren pausadamente el murallón de la dársena, desde la proa a la popa del barco — en la extensión de una cuadra. Entre esa muchedumbre que cruza toda suerte de comentarios con respecto a los visitantes — antojadizos, risueños o fantásticos, pero siempre de sincera admiración y de cordial bien venida — y mientras la banda de marinería modula el vals de una opereta conocida o una sonora machicha, vamos abriéndonos paso hasta la próxima planchada. Nos atiende el cabo de guardia, luego el oficial que manda esa guardia y luego el segundo comandante del «Minas Geraes», capitán de fragata Githay de Alencastro.

— Señor, CARAS Y CARETAS desearía...

— ¡Ah, sí!... CARAS Y CARETAS. En Río la conocemos todos. Obtiene siempre mucho suceso...



La banda de música.

Bien, pasen; lo que usted quiera — me respondió halagándonos íntimamente y adelantándose con su tradicional gentileza al pedido.

— Algunas fotografías del señor comandante, la suya... Alguna de la oficialidad y de la marinería y un momento de conversación...

— Todo ello es un poco difícil, pues es de rigor que cuando un barco llega a puerto la tripulación se divierta. Imagine entonces si ello no habrá de ocurrir en esta oportunidad! Puerto amigo, pueblo hermano, corazones abiertos... Está casi toda la gente en tierra

Empero, dispuso que formaran una sección de la infantería de desembarco y la banda de a bordo. Apenas concluída esa breve tarea, la presencia del jefe de la Delegación, capitán de mar y guerra, José María Penido, como asimismo la de dos jefes de nuestra armada, dió ocasión para que, espontáneamente, hablase otra vez el capitán Githay de Alencastro:

— Algo de lo que más nos satisface, es esta franca camaradería de los marinos argentinos. Nos conocemos de ayer y ya ve — agregó risueño — somos grandes amigos, y lo que es mejor, no podemos decirles que no a nada de lo que proponen..

Apremiado por el tiempo, cambié tan sólo dos palabras con un marinero. En la dificultad de hacerlo con mayor amplitud, condensé todo mi afán de información en esta breve pregunta:

— ¿Qué tal?

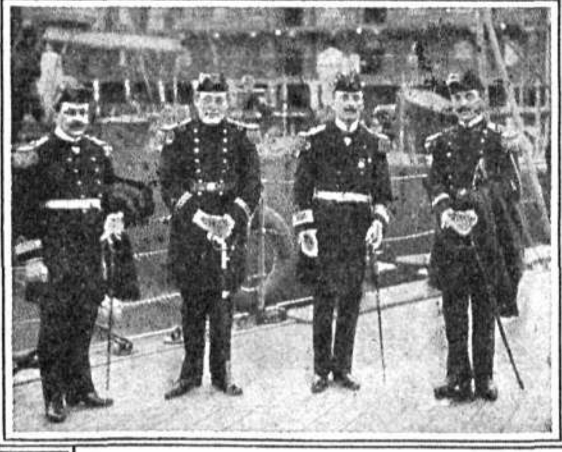
Y el jovial marinero repuso, simple y expresivamente:

— Linda ciudad. Monumental. Y gente y amigos muy buenos...

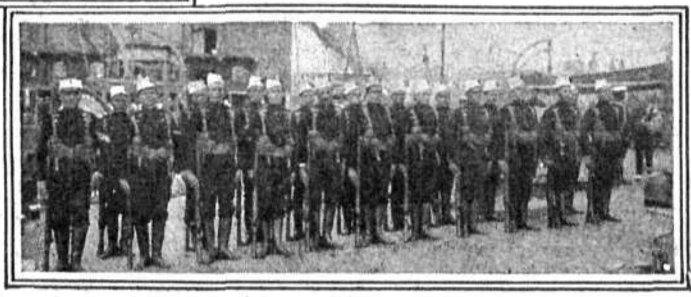
Al despedirnos, comenzaron a regresar los oficiales licenciados. Uno, llegó seguido por un mensajero portador de un primoroso ramo de flores que despachó en seguida con una esquela. Ciertas maliciosas sospechas nos induce a decirle al joven marino brasileño:

— Sea enhorabuena, señor Oficial, y que esas flores sirvan en vuestros recuerdos para evocar una tarde de sentimiento y de belleza vívida en Buenos Aires...

ADOLFO LANÚS.



El capitán de mar y guerra José María Penido y el capitán de corbeta Roure Mariz, acompañados por los oficiales argentinos tenientes de navío Aquiles Valarché y José C. Gregores.



Una sección de infantería de marina.

El golf en Palermo

Como cada día crece la afición por el interesante sport, hemos hecho una visita a los links de Palermo y tomado las fotografías que exhibimos y que muestran a los aficionados en diversas y originales posiciones.

Como se sabe, el juego consiste en el propósito de enviar por medio de los diversos «clubs» que se emplean, la pequeña pelota a distancias que en ciertos casos pasan de 600 metros, en un determinado número de golpes, sea 6. Una cancha de golf consta comúnmente de 18 hoyos, cada hoyo comprende una distancia a recorrer que varía entre 150 y 600 metros, de modo que en total el recorrido alcanza más o menos a 5.500 metros, o sea, 45 cuadras.

El golpe inicial en un hoyo de largo recorrido, digamos 450 varas, debe efectuarse con el «driver», con el cual, un jugador común puede enviar la pelota a 180 ó 200 varas, el segundo golpe con el «brassey» que es más o menos un driver, pero con más levante, y con el cual puede arrojarse a 160 o 170, el tercero con el «mashie» y la pelota cae en el *green*, que es un espacio de terreno, cuidadosamente cubierto de césped y en el cual está ubicado el agujero dentro del cual debe echarse la pelota, para cuyo fin, se emplea el «putter» con cuya acción se termina la tarea en ese hoyo, para recomenzarla en el que sigue, y así sucesivamente.

Los hoyos cortos, o sea, de 140 a 150 varas, comprenden generalmente, algún obstáculo que la pelota debe salvar, y deben ser terminados en tres golpes. En ciertos casos, el obstáculo está constituído por un montículo, a cuyo pie se ha colocado una buena cantidad de arena suelta, que resulta una trampa segura para atrapar la pelota, si es que por falta de habilidad o mala suerte del jugador, llega a picar en ella. Este obstáculo, en términos golfísticos, se llama «bunker». En otros casos, está constituído por una gran laguna, por encima de la cual, debe ser enviada la pelota, pues excusado es decir, que de caer en ella se pierden un sinnúmero de tantos. En otros aún, es un gran grupo de árboles de bastante altura que la pelota debe trasponer sin tocar, a fin de llegar al «green» en un golpe y permitir al jugador terminar el hoyo en tres.

Se comprende que, si una pelota en vez de pasar sobre la copa de aquéllos, penetra en el bosque, origine al jugador la pérdida de tantos, al pretender sacarla sin que tropiece en los troncos. Estas dificultades impresionan al



Señor César González Guerrico.

El doctor Dodds, en uno de sus «drivings». Hoyo N.° 1.

Un golpe de fuerza.



jugador, generalmente, pero ninguna tanto como el agua, que parece que tuviera un poder especial de atracción hacia la pelota que en múltiples ocasiones se zabulle inevitablemente; puede sacarse, si se ha empleado una flotante, y repetirse el golpe después del cual si zabulle de nuevo, es prudente, si el jugador no quiere perder su calma, que considere perdido el hoyo, y continúe en el siguiente.

La partida que se lleva a cabo entre dos jugadores se llama «single»; gana cada hoyo el jugador que llegue a la meta en menos golpes, y se declara vencedor al que haya ganado mayor número de hoyos de los 18, que deben jugarse.

Este juego, de origen escocés, es antiquísimo; pero solamente hace unos 20 ó 25 años que ha adquirido verdadera difusión en el mundo, propagándose en ciertos países, como en los Estados Unidos, por ejemplo, en tal forma, que hay numerosos hoteles especiales para golfistas, en los cuales se juega durante la mañana, la tarde y la noche. En el último caso, en un gran hall preparado al efecto, en el cual se ha reproducido una cancha en miniatura.

Mientras se juega al golf, es imposible pensar en otra cosa, pues requiere cada golpe tal atención, que el pensamiento se reconcentra en ello exclusivamente. Sin embargo, cuántos de nuestros lectores al observar a los jugadores habrán pensado: ¡qué tontería! ¡Parece increíble que se diviertan con esto!

El señor Florencio Martínez de Hoz, en el «green» del hoyo N.º 11.

El señor Stanley Lewis, empleando su «putter», con resultado halagüeño, seguramente.

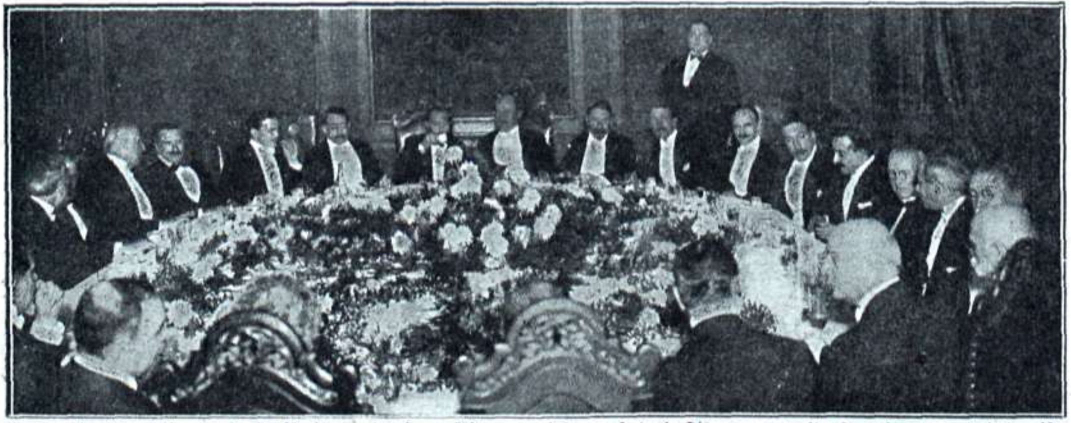
El domingo 5 del corriente se jugó en los links de Palermo el premio llamado «Copa Tornquist», correspondiendo el triunfo al señor César González Guerrico, distinguido y simpático sportsman, que lo obtuvo con un score neto de 155 golpes en los 36 hoyos que comprende el premio, por lo que fué muy felicitado.

El golf, según sus adeptos, que son millares, es de todos los juegos al aire libre el que requiere las tres cualidades más útiles en la lucha diaria, tenacidad, disciplina y sangrefría. Por eso el golf es el sport preferido por los grandes financistas y por los hombres de estado que necesitan cultivar esas cualidades.

El señor Eugenio Alvear, en el «tee» del hoyo N.º 6, en Palermo, esperando su turno para jugar.

Mr. Leslie, preparándose a hacer un tiro de brassey. Hoyo N.º 16.

En el "Jockey Club"



Comida ofrecida al director de «La Nación», señor Jorge Mitre, por el doctor Antonio Piñero, en ocasión de embarcarse el distinguido periodista para Norte América, en cuyo país estudiará los problemas que para los diarios la guerra actual trae aparejados.

Confraternidad Italo-Argentina



Gran manifestación celebrada bajo el patrocinio de la asociación «Progenie d'Italia», con motivo del tercer aniversario de la entrada de Italia en la guerra. El acto tuvo vastas proporciones, y su carácter patriótico se puso de manifiesto durante los discursos pronunciados por los doctores Palacios y Barroetaveña, oradores que habían sido designados oficialmente.

En honor del señor José Albert

Personal superior y empleados de la tienda «A la Ciudad de Méjico», en el lunch servido después de la entrega hecha, por dicho personal, al señor Albert, de un álbum y medalla de oro, por su retiro de la firma social, a la cual perteneció desde su fundación, dedicándole sus mejores energías, que siempre se vieron coronadas por el más franco éxito.

Nombramiento

Doctor Alberto Steffens Soler, que ha sido designado por la intervención en Salta para organizar la Receptoría General de Rentas de esa provincia y proyectar las leyes y reformas que sean necesarias para su mejor funcionamiento. El Dr. Esteffens Soler, es un hombre joven que se ha destacado entre su generación, por sus condiciones de estudioso.



LAMENTACION

—¡Cómo se ve que sós rico
y vivís del Presupuesto!
—¿Por qué causa, Chinchulín?
—Pues m'hijo, porque te veo,
que a pesar de la gran crisis
de níquel, vos tan risueño
como en épocas felices,
te refrescás el garguero
con el ginebrón de práctica,
y hoy día quien hase eso,
—en que el vivir es milagro,
porque están los alimentos
a una altura comparable
sólo con los rascacielos,—
es porque ha ligao la grande,
o Crotto le ha dao un empleo,
o ha descubierto una mina...
de níquel! ¡Y ya sabemos
que vos siempre has demostrao
profundos conocimientos
en minería y política!
En minas sós ingeniero,
y en política ¡un caudillo!,
y como tal, maliceo
que habrás sabido encontrar
en estos tiempos revueltos
un buraco salvador
en el santo Presupuesto!
Te felisito de alma,
y lo qu'es más te envideo!...
Don Yo de Córdoba, pato,
sin cotorro, sin empleo,
y sin tener un mal níquel,
—porqu'estos andan matreros,—
pa tomar el ginebrón,
como era de reglamento.

Goyo Cuello.

LA HORA DE LAS DUDAS

Hace pocos días, leyendo un interesante estudio de Xenius, respecto a la vocación, en una encuesta realizada sobre millares de niños de las escuelas de Cataluña, me ocurrió preguntar, en fácil idea de contraste sugerida por las respuestas infantiles:

¿Qué carrera o profesión elegiríamos si la elección se hiciera a los cuarenta años de edad?

Veo que los señores lectores sonríen recordando que nadie está contento con su suerte y además piensan que todos nos creemos con aptitudes muy distintas de aquellas que nos hacen triunfar. Efectivamente: Ingres se creía gran violinista y mediano pintor; Cajal estima en más sus dibujos que sus tratados de histología y Sarasate hubiera roto su maravilloso Stradivarius en la cabeza de quien no acatara y reverenciara en él al mejor conocedor de ostras del mundo entero.

Pero hay otra cuestión y es ésta: los niños, y no importa que lo realicen o no, tienen un ideal, un deseo, si la palabra ideal os parece ambiciosa. Quieren ser algo concreto y definido: la carrera del padre, lo que sugiere la actualidad, guerreros, aviadores, capitanes de submarinos, lo que se deriva de las lecturas, —¡los chicos a quienes Verne ha hecho soñar con exploraciones!,— lo contrario que el padre, cuando éste se queja de su profesión. Un caso de la encuesta a que me refiero: el hijo de un maquinista de ferrocarril, el mayor movimiento, aspiraba a ser portero, la mayor inmovilidad.

Los chicos, pues, sea como sea, tienen una fe; pero un hombre digno, culto, sincero y del siglo, ¿qué deseo, apasionante, tiene a los cuarenta años?

Claro está que hablo de aquellos hombres capaces de deseos «espirituales», de los que no han cifrado la vida en tener cuatro pesos más en el bolsillo, tres platos más en la mesa u otros tantos nuevos nombres en su lista donjuanesca. Hablo de los hombres lo suficientemente aristocráticos de alma, para llegar a sentir ciertos desdenes. De los que en medio de la pompa llegan a decir que todo es vanidad de vanidades, o de quienes, como el gran califa de Córdoba, se encuentran al fin de dilatado tiempo de gloria y poderío, con que en su larga vida sólo catorce días merecen señalarse.

Porque nos haría falta una profesión que por igual nos ilusionara y satisfaciera, un bálsamo para el sentir, un alimento para el razonar. Para comprender bien esto, supongamos a un hombre libre de las necesidades que esclavizan y empujan a cualquier cosa: ¿qué carrera elige este hombre?

No es médico porque no tiene fe en la medicina y le repugna, suponiendo honradez profesional a los boticarios, dan tales y cuales drogas con las que engaña al paciente, pues sabe que no le hacen daño, pero no que traigan beneficio. No es abogado porque lo legal, y en ello hay que apoyarse, suele estar muy lejos de lo justo. No es militar por creer que esa carrera es demasiado aparatosa y primitiva. No es comerciante porque no necesita ganar dinero... Y este hombre después de pasar revista a todas las carreras, prorrumpe en aquel desesperado ¡ahórcate filosofía!, con que a un tiempo gemía y blasfemaba el doctor Fausto.

Y, sin embargo, habría que ser algo... No es lícito, sin duda, encerrarse en la torre de marfil, contemplador del propio ombligo, ni aislarse en una misantropía, cuyo fondo suele ser cobarde orgullo. Habría que ser algo, ¿pero quién tiene fe para el apostolado? Después de tantos siglos de apostolados, de tantos mártires y ejemplares santidades, ¿se ha reformado el hombre? La poca eficiencia de tanto sacrificio pone frialdades en el ánimo más generoso. La vida, pues, sería imposible; la amputación de Hartman la única resolución lógica...

Y es entonces cuando en la total quiebra de todo aquello que nos decía: ¡no hay más fin que la felicidad individual; sed crueles por ella!; aparece, como girón de cielo limpio tras de la tempestad, una suavidad, una dulzura, un poquito melancólica y otro poquito irónica, que nos enseña a ser tolerantes con la mentira, con lo relativo y así nos explicamos todo, cualquier carrera, desde el sacerdocio, hasta el bandolerismo. Si niños nos apasionaba la quimera, ya de viejos vuelve a llamarnos la misma voz antigua aunque en otro tono. ¡Seréis grandes y felices!, nos decía a los doce años. ¡No sois nada!, nos dice a los cincuenta.

Y así, entre estas dos ilusiones excesivas, pasa la vida como un equilibrista por la cuerda floja, con los ojos cerrados y sintiendo al abrirlos, a mitad de su camino, la atracción de los abismos en la terrible hora de las dudas que merece ser aquélla en que vemos la única verdad...

García Landa.

Dib. de Soldati.





HOSPITAL CENTENARIO


Señor Ciro Echesortu, presidente de la comisión pro «Hospital Centenario».

Llegando al Rosario por el Central Argentino, llama la atención un conjunto de edificios que se eleva en las proximidades de la estación, edificios notables, grandiosos, monumentales.

A pesar de que la sorpresa que produce la vista panorámica de tan precioso conjunto, me tomó en el preciso momento en que estaba alistando mis equipajes, no olvidé de sacar mi libreta de apuntes y anotar, con ese estilo de lavandera común a casi todos los que tenemos la costumbre de hacer memoria de nuestros quehaceres: «Preguntar a qué responde caserío F. C. C. A. cerca estación.»

Pero pasa con los apuntes lo que suele pasar con los nudos en el pañuelo. Uno llega a hacer uso del pañuelo sin hacer caso a la señal. Y yo, efectivamente, llegué a no hacer caso a las anotaciones, tomadas con tanto cuidado.

Sin embargo, una mañana me llamó al teléfono el doctor Cherubini, un amigo desde muchos años y...

A propósito de teléfono, bendito sea Rosario y su sistema de comunicación telefónica. No hay señoritas. Todo es automático.

Cada aparato lleva una especie de cuadrante tan grande dos veces como el de un reloj común de bolsillo. En el cuadrante hay escritos todo alrededor los números de uno a nueve y a más el cero. Sobre el mismo pernio del cuadrante se injerta otro disco de metal, agujereado en correspondencia a los números. Para conseguir comunicación la tarea es muy sencilla: se descuelga el receptor de la horquilla; se introduce el dedo en el hueco del disco, frente a la primera cifra del número que se quiere llamar; se hace girar el disco de izquierda a derecha hasta que el dedo toque el tope existente en la parte inferior a la derecha; se retira el dedo dejando que el disco vuelva solo a su primitiva posición, y se procede de la misma manera para cada una de las cifras siguientes, hasta completar el número.


Señor Rueda, el millonario que regaló su fortuna al «Hospital Centenario».

Si el aparato que se llama está ocupado, se oye un ruido muy parecido al sonido lejano de una bocina. Es el ideal, algo que reconcilia la humanidad con el inventor del teléfono.

¿Habíamos quedado?... ¡Ah!... Pues el doctor Cherubini me llamó al aparato:

—Dichosos los ojos que te ven...

—¿A quién?... ¿A mí?

—¡Claro!... Ahora que te has vuelto un personaje...

—Pues, oye... Si estuvieras verdaderamente empeñado en verme, con decir vente mañana a almorzar conmigo, por ejemplo... Es un decir.... ¡No, no, no!... ¡Si lo digo en broma, hombre!... Entre otras cosas mañana estoy empeñado con... ¡De veras! Será para otro día... ¿Y qué es lo que quieres?...

—¿Te interesaría visitar el Hospital Centenario? Es algo de verdaderamente grandioso... Queda cerca de la Estación del Ferrocarril Central Argentino... No está terminado todavía...

—Pero... escúchame... ¿Es ese conjunto de edificios que se ven llegando de Buenos Aires en tren?

—Precisamente... ¡Ese mismo!...

—Y yo que desde tantos días quería saber... ¡Con muchísimo gusto!... Muchas gracias...

Vista general del «Hospital Centenario», a vuelo de pájaro.



Personal: Director, médicos, practicantes y enfermeros.

—¡Un momento, no te vayas!... Vendré con el doctor Vila Ortiz, director del Hospital de niños... como a las nueve y media... ¿Está bien?... ¡Bueno, bueno!... ¡Hasta mañana!

El doctor Vila es uno de los intelectuales rosar... es decir, cordobeses, pues ha nacido en la docta; pero guarda gran cariño a esta ciudad y quisiera que su progreso intelectual y artístico prosperara de la misma manera que prospera el material.

Exquisito en sus gustos, su casa es un pequeño receptáculo de obras de arte. Todos los cuadros son de autor y allí he podido admirar una preciosa «Coronación de espinas», de la escuela boloñesa del siglo XVI; una «Venus dormida», de la escuela de Parma, también del siglo XVI; «Un Jerezano», del Barbudo; y, entre las telas debidas a pinceles argentinos, «Mi familia», de Caggiano, obra que revela mucho conocimiento de técnica y dominio absoluto del color.

Estas las obras que más me llamaron la atención; pero hay otras más, muy interesantes y dignas de admiración.

La idea del Hospital Centenario surgió el año 1910, cuando se trataba de encontrar la forma más digna de conmemorar la revolución de Mayo.

Fué el señor Cornelio Casablanca, entonces gerente del Banco Español en ésta, que tomó la iniciativa y hasta se comprometió, sabiendo cuál y cuánta era su influencia entre el elemento comercial rosarino, a establecer de antemano la cifra que habría conseguido suscribir en una noche.

Hubo apuestas... El señor Casablanca se consideraba seguro de llegar a 700 mil pesos en una sola noche y otros encontraban exagerada esta cifra.

¡Pues... pasaron el millón!

Rosario quería hacer algo grandioso y práctico. Hubo una asamblea magna en el Club Social, el 6 de mayo, en la que tomó parte todo lo mejor con que cuenta esta ciudad: comerciantes, banqueros, industriales, estancieros... y se resolvió crear un hospital y una Escuela de Medicina, un Policlínico que no tuviera iguales en la República.

¡Y así se hizo!

Cuando el automóvil del doctor Ortiz paró frente a la majestuosa fachada, no pude menos que dejar escapar una expresión de sorpresa. Aquello era magnífico, grandioso. Escuadrillas de obreros estaban entregados a la tarea de terminar el cuerpo del edificio central, donde se instalará la escuela médica con sus aulas espaciosas y un espléndido anfiteatro.

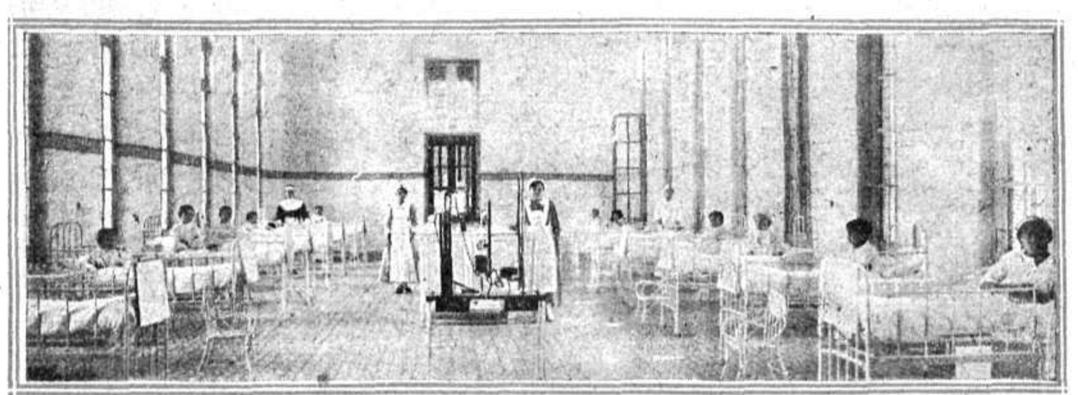
Los pabellones no están todavía terminados todos. Se ha abierto al servicio público un pabellón para los niños.

Una de las características de este hospital es la de estar orientado en una manera completamente diversa de los demás, pues mientras hasta la fecha ha prevalecido la opinión que consideraba más conveniente orientarlos de Norte a Sud, el Policlínico rosarino lo está, en cambio, de Este a Oeste.

El doctor Ortiz, el mismo que me sirvió de guía en la excursión que hice a través de los pabellones construídos y en construcción, ha sido un campeón incansable de esta teoría, que encontraba oposiciones tenaces en los que acostumbran seguir con fe ciega las viejas teorías, y para demostrar los fundamentos técnicos de la nueva orientación, escribió extensas y eruditas notas en la Revista Médica del Rosario.

Efectivamente, la orientación de Norte a Sud, aparte el inconveniente de dejar penetrar en verano demasiada luz y calor en el interior de las salas, tiene el otro que en invierno éstas resultan frías, húmedas y tristes, por carencia absoluta casi de asoleamiento.

La orientación de Este a Oeste permite que por el costado Norte las salas reciban sol durante casi todo el día en invierno, calentando su interior, alegrándolas y combatiendo rápidamente la humedad atmosférica o la producida por el lavado de pisos y paredes. En verano, por el contrario, el asoleamiento es escaso, librándose los enfermos de las molestias propias del mucho



Servicio del doctor Muniagurria, sala general de clínica médica infantil.

calor y de la excesiva luz. Por otra parte hace observar el doctor Ortiz que los vientos y las lluvias son tan poco molestos en nuestros inviernos, que en realidad no deben ser considerados factor de importancia al tratar de orientación, y aunque en algún grado tuvieran esa importancia, resultaría secundaria ante la segura, sana e irrenunciable del asoleamiento.

Visité el pabellón de los niños, pudiendo constatar con mis ojos la alegría de esos salones donde la viva luz del sol domina soberana muchas horas del día.

Una voz conocida me llamó en tono amistoso:

—¿Usted por acá, mi querido corresponsal?... ¿Y escoltado por un médico, por dos médicos?... ¿Qué le pasa?

Era el doctor Muniagurria, el Presidente de la Biblioteca Argentina, vestido con su ropaje blanco, que efectuaba una recorrida en la sala confiada a sus cuidados.

El y sus ayudantes rodeaban la camita de un enfermo de cara amarillenta, que respiraba penosamente. El pobrecito tenía las manecitas afuera, los puños cerrados y el pulgar escondido debajo del índice y del medio, agitándolas nerviosamente, como si, a cada respiración, recibiera una sacudida.

El doctor Ortiz y el doctor Cherubini se aproximaron ellos también al pequeñuelo y el doctor Muniagurria les dijo algo que yo no pude entender, terminando con esta sentencia:

—¡Ya se va el pobrecito... cuestión de horas!...

Volvió a abrigarlo con todo cuidado y sonriendo me preguntó qué impresiones llevaba del Policlínico rosarino...

—¿Qué le diré?... Imponente...

Pero mis ojos no podía quitarlos de aquella criatura que agonizaba.

—¿Se impresiona usted por eso? Todo es acostumbrarse... Si nosotros tuviéramos que poner la cara que usted pone por lo que le está pasando a ese chico, estaríamos arreglados. ¿Usted no ha visto los preciosos comedorcitos que tenemos para los pequeños convalecientes? ¡Venga... Vea!... ¿Qué le parece?... ¡La tristeza se va entre tanta luz, entre tanta vida!... ¿Y no sabe que a los enfermitos les proporcionamos diversiones?... ¡Pero claro!... Cuando hay compañías ecuestres, hacemos venir los payasos para que entretengan a los chicos, aquí no más, en medio de las salas. Y hay que ver a los pobrecitos como reviven, como estiran el cuello para gozar todas las escenas, no perder uno solo de los movimientos de los clowns...

—¿Y aquí van a abrir una Facultad de Medicina?

—Rosario tiene derecho a esto, ¿no le parece? Se hablaba de levantar una Facultad médica en Paraná, una Facultad Nacional, es decir... hecha con dinero de la Nación.

Rosario se encargó de realizar la empresa, hizo algo que no tiene igual en la misma Capital Federal; pues usted, que viene de allá, podrá decirme a qué altura están los trabajos del célebre policlínico porteño.

Ahora luchamos con la falta de recursos, pues la crisis ha contribuído mucho a paralizar la generosidad de los benefactores...

—¿Pero no dicen que un millonario, el señor Rueda, ha dejado su fortuna al Hospital Centenario?

—Sí, señor; pero esto hace cosa de unos días y mientras se realizan los trámites requeridos para entrar en posesión de los bienes dejados por ese señor, pasará algún tiempo. Lo que puedo decirle es que nosotros mismos, los médicos, hemos organizado beneficios en los cinematógrafos más concurridos, para arbitrar recursos y poder comprar lo necesario a las salas del Hospital.

—¿Y una vez habilitados los salones para aulas y el anfiteatro, piensan pedir al gobierno nacional que autorice el funcionamiento de la Facultad de Medicina?

—Naturalmente... Y, créame, será una gran cosa... para la provincia...

—Pues ha sido una idea brillante esta del Hospital Centenario...

—Se la debemos al señor Casablanca, el que fué gerente del Banco Español, a pesar de que muchos hoy día se empeñan en negarle la iniciativa...

—Se comprende... El señor Casablanca ya no es el todopoderoso en la plaza... La famosa ley de la patada no deja de tener su aplicación en la sociedad humana... ¡Tendrá que pasar mucho tiempo antes de que los hombres modifiquemos nuestro modo de ser!

LINDO TIPO DE "FAINEANT"

FILOSOFÍA PRACTICA

En todas las ciudades del mundo, los hoteles son el centro de atracción de una multitud de caballeritos, que procuran solucionar el problema de vivir de arriba.

Y, como es natural, Rosario tiene los suyos.

Lo único que asombra es que sean relativamente pocos, dado un campo de acción tan fácil y cómodo, si se tiene en cuenta la clase de personas que frecuenta los hoteles, por lo general muy sensible a los ruegos de las miserias ajenas.



Los dos extremos: el haragán de vocación, y el activísimo señor Paulino Ferranti.

Parejas de recién casados, compasivos hasta por un poquito de superstición, pues son capaces de temer que, no contribuyendo a aliviar la miseria ajena, puede sufrir algún menoscabo la propia. Y a más porque los felices son siempre buenos. Campesinos sencillos, que han probado las dificultades de la pobreza en otros tiempos y, por consiguiente, están siempre dispuestos a exclamar: —¡Pobrecito... Ni sabrá tal vez cómo comprar un pedazo de pan!... Jóvenes que están por embarcarse en una noche de orgía y regalan con gusto unos veinte o treinta centavos, casi para hacerse perdonar el dinero que prodigarán en mujeres, juegos y demás.

¿Quién de esta gente tiene ganas y tiempo para entrar en averiguaciones?... ¡Y, por otra parte, faltaría más!...

Delante del «Hotel Mayo» se estaciona casi en permanencia un riquísimo tipo que sabe tener sus ocurrencias.

Muy joven todavía... Dice él que se llama Ernesto

Pérez: ¡pero vaya uno a saber! Esta gente suele comportarse como los artistas y... las artistas. Tienen nombre de batalla... Tendrá cuando mucho unos treinta años. Anda como quien se siente cansado por haber recorrido largas distancias: los brazos caídos, las piernas que se doblan bajo el peso del cuerpo, la cabeza hacia adelante casi para facilitar la locomoción, gracias a la fuerza de gravedad.

Lleva invariablemente un rancho pajizo bastante deteriorado e inmundo. Fuma casi todo el santo día, y, así no más, con el cigarrillo puesto, se acerca al cliente con vocecita de cabrito en busca de la... mamá, y pide los «cinco.»

— ¿Por qué no me regala cinco centavitos, señor?...

Hecho el pedido espera tranquilo y sereno, aspirando grandes bocanadas de humo, y parece que está a punto de agregar:

— ¿En qué quedamos?... ¿Afloja o no afloja?... ¡No me haga perder el tiempo!

Yo en un principio no sabía qué clase de bicho fuera éste, y en cuanto le vi, tan fuerte y lozano, mendigar uno u dos días, y tres y cuatro, me indigné, mucho más que según mi opinión el mozo ese robaba descaradamente el pan a una pobre mujer que suele pedir limosna también y sufre de vez en cuando unos accesos de tos que arrancan el alma. ¡Dice ella que tiene criaturas!... Hasta yo mismo, que no acostumbro dar limosnas por las calles, me largué una o dos veces con veinte centavos.

Supe, sin embargo, el otro día que la pobrecita... auténtica, tiene casa propia, quinta, plata en el Banco... ¡en fin, la mar de cosas!...

Bueno: no es porque se me haya dicho esto, pero ya había notado yo unas curiosas coincidencias: los ataques de tos tubercolótica arreciaban en cuanto se le negaba el... subsidio... los...

Pero volvamos al bicho de género masculino...

Cansado de sentirme fastidiar, quise hacerle una parada valiéndome de la imponencia de mis cien kilos:

— ¿Será posible?... ¿No tenés vergüenza, tan joven, quedarte ocioso todo el santísimo día mientras podrías muy bien ganarte el pan? Quitate ese pucho de la boca, mal educado, atrevido... ¿Por qué no venís a pedir limosna en coche?

— Usted me está insultando, ¿sabe?... Yo le he pedido cinco centavos, no un consejo. Y últimamente no le acepto nada, — ¿comprende? — ¡nada! ¡Por lo que me hace a mí su menega! ¡Tanto bochinche por cinco centavos! ¿No tiene cambio, no está dispuesto a facilitarme ni medio? Perfectamente... No todos los días estamos con dinero disponible... ¡Santo y bueno!... Pero se dice: ¡perdone, señor!, como sabemos decir nosotros, los criollos, a los pobres que piden plata: ¡perdone, señor, o señora! Lo que sea... No se lleva por delante en esa forma y mucho menos se le ordena de andar al trabajo desde el momento que no encuentra...

—¡Callate, callate! Eres un lindo tipo de cachafaz...

Como el diálogo iba subiendo de tono, intervino el dueño del Mayo, Paulín, el extremo opuesto del «fait neant» de quien me ocupo.

Don Pablo Ferranti es la actividad personificada. Todo el mundo en Rosario le conoce con el apodo de Paulín, un diminutivo afectuoso que le aplicaron gracias al no haber podido entrar a formar parte de los granaderos, pues no sé si alcanza uno y sesenta o uno sesenta y dos.

Pero es un granito de pimienta, una ardilla, lleva todo el santo día una flor en el ojal como lord Chamberlain, y realiza el milagro de San Antonio, ese de la ubicuidad.

— ¿Qué es lo que pasa?

— ¡Nada! Estaba hablando con este mozo que se la pasa todo el día haraganeando por acá, y contesta que da gusto...

— Tenga paciencia... ¡qué se le va a hacer!...

— ¡Ah claro! ...



Ernesto Pérez, listo para desarrollar el tema: «¡La vida no es penosa, sabiéndola vivir!»

— Pero, ¿qué te pasa «Empanada»? (olvidaba decir que el apodo de Pérez es «Empanada») ¿qué te pasa «Empanada»?...

— ¡Nada!... ¿Está lista mi sopa, patrón?... Hoy casi no he comido... Apenas un churrasquito en una fondita de la bajada, con un trago de vino... Esta mañana fuí a vender dos sombreros viejos por la calle San Martín... Nadie quiere comprarlos y luego dicen que todo es caro... Yo vendía baratísimo... Fíjese: cincuenta centavos los dos; ranchos que me sobraron, regalados por unos admiradores...

— ¿Admiradores?...

— ¿Qué se piensa que no tengo admiradores?... Y admiradoras también... Oiga, no se ría... ¡Escúcheme!... Hubo una señora o señorita, no sé, que me mandó a llamar a la Estación Sunchales, pues no se atrevía a conversar conmigo en público, aquí... Pues me regaló cinco pesos, mirándome con unos ojos como si quisiera comerme vivo. ¿Qué culpa tendré yo si soy simpático?...

Paulín también, para hacerlo enojar, le aconsejaba de ir al trabajo, pues había demanda de peones, mucha demanda.

— ¿Usted también?... ¿Por qué quiere que trabaje si soy un hombre rico? No me falta nada... Vivo del trabajo de los demás, exactamente como lo hacen los ricos...

— Con la diferencia que no ganás ni un céntimo...

— Por algo ha de ser que continúan dándome dinero... A veces canto verdades y... le conviene a la gente decir que soy loco. Por lo demás son pocos los que se han verdaderamente ganado la fortuna... La mayor parte la hicieron robando sobre el jornal de los obreros, aprovechando sus momentos de miseria y necesidad... No, no. ¿Fortunas?... La fortuna no se hace con el simple trabajo personal, sino con la especulación...

— Pero también eso de no hacer nada en todo el día...

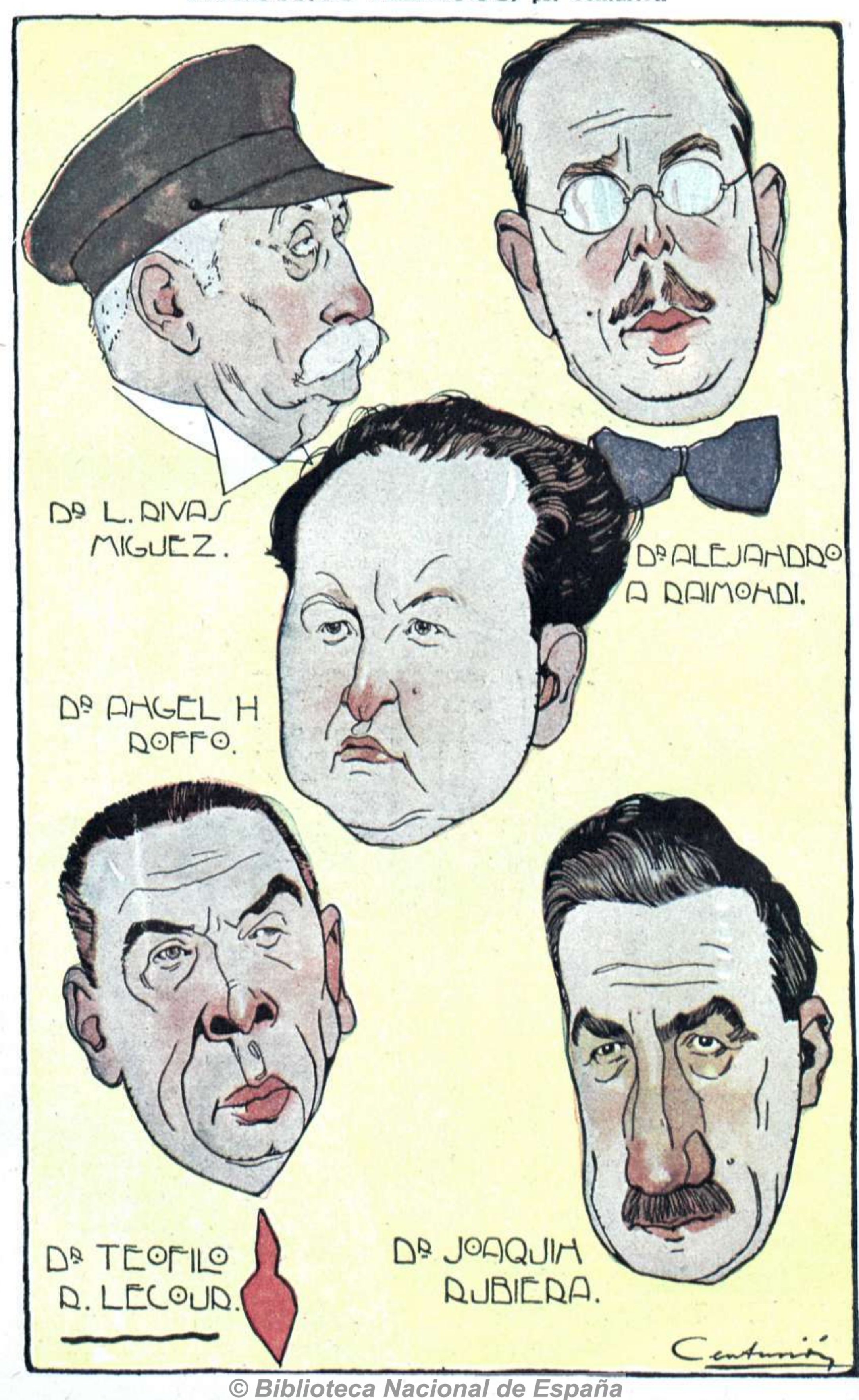
— ¡Cuestión de costumbre! Sin embargo, ¿cuál es el ideal de todos los hombres que se sacrifican y sudan sangre?... Llegar a no hacer nada. Bueno: yo lo alcancé lo mismo, puesto que no falta quien me mantenga... ¿Está lista mi sopa, patrón?...

Sin esperar contestación prendió otro cigarrillo, e hizo una sonrisita, que reclamaba las trompadas a una legua de distancia. Calmo, tranquilo aspiró grandes bocanadas de humo, y selló su conferencia con este axioma imperativo:

— ¡Qué trabajen los zonzos!

DR. A. VACCARI.

NUESTROS MÉDICOS, por Centurión





SIMBOLO

Bajo este pino sutilmente inmoto
sueño que soy lo que jamás he sido:
partícula de un ser que habrá existido
quizá en un tiempo demasiado ignoto.

Soy como un viejo espíritu que floto
por una carne joven presentido;
germen de un nuevo amor, tal vez perdido
en un pobre adminículo remoto.

Transmigración, supervivencia acaso
de algo que pudo ser el primer paso
de la clave inmortal de la Antinomia.

Y bajo el pino levemente obscuro,
me quedo ante el pasado y lo futuro,
mudo erecto y fatal como una momia.

VANITAS

¡De qué sirvió tanto soñar despierto;
de qué sirvió tanto querer la vida,
si hoy vemos en la senda ensombrecida
todo el ayer divinamente muerto!

Caminar y soñar sin rumbo cierto
para encontrar al fin de la partida,
la doble esfinge entre la sombra, erguida
en muda eternidad sobre el desierto.

Sigamos, pues, por todos los caminos
conformes al albur de lo ignorado
como las caravanas de beduínos;

Porque soñar es vanidad, y nunca
habremos de llegar con lo soñado
al dulce bien donde el vivir se trunca.

ALFREDO R. BUFANO



Abrigo la creencia que dentro de pocos años la casi totalidad del cuerpo de reporters usará faldas. Es decir: supongo que la mayoría de los noticieros, serán noticieras del sexo femenino, porque, no hay nada más apremiante que una mujer preguntona y curiosa. ¿Y qué hubo? ¿Y dónde? ¿Y cómo? ¿Y la mujer de quién era? ¿Y cómo sucedió? siguen y siguen las íes hasta que lo marean a uno y le sacan algo de lo que quería contar, y mucho de lo que no deseaba decir. Las mujeres, para mí, son el periodista idealmente inquisitivo, más indagador que el agente de investigaciones.

Hace dos noches estuve en el «Plaza Hotel», de Nueva York, conversando con una escocesa, bastante amena, la señorita Betsabé Burleigh. Una fea simpática, alta y flaca, con vivaces ojillos azules; y al detallar sus facciones una por una pensaba en mi interior en los aprietos que se vería un español de esos amigo de decir «chicoleos a las mozuelas» para soltarle a Miss Bennett Burleigh, aquello de: «¡Vaya una gitana... salaa!...»

Miss Burleigh es hija del conocido corresponsal, y ha seguido la misma carrera que el padre, por lo que podemos decir: «de casta le viene al galgo»...

No hay mujer que odie a los alemanes como la señorita Betsabé. Tocándole ese tema se enloquece y se desata en seguida y fluye en improperios, como mana el agua abriendo la canilla del agua corriente.

Hay que decir en seguida «¡Bandidos!», porque sino la señorita Betsabé, entra a hacer diversas narraciones espeluznantes, no tan fáciles de reproducir.

Miss Burleigh hizo la heroicidad de meterse en Bélgica tres días después que empezó la invasión germana y llevaba su pasaporte cosido en el «chapeau». ¡Hay qué ver lo mal que le sienta el sombrerito riflero ese, a la denodada periodista escocesa! Sin duda por eso no lo tocaron los alemanes.

Se me ocurrió preguntarle: —«Y diga, señorita, ¿no tenía usted aprensión de caer en las garras de los impávidos oficiales del kaiser?»

—«¡Nunca sentí miedo de que me mataran, y llevaba una Kodak porque sabía que esto era suficiente para que me fusilaran instantáneamente.»

En seguida nos narró Miss Betsabé la siguiente interesante dramática historieta:

En los alrededores de Namur, hacia la parte por donde corre el río Meuse, tenía una casita propia el capitán Ceuninck del ejército belga, y allí había quedado viviendo su hija Leopoldina, huérfana de madre, acompañada de una anciana sirvienta, que había sido el ama que la había criado. Aquella tranquila casita, de cuando en cuando era invadida por grupos de oficiales germanos, a jugar al dominó, al ajedrez y a la baraja. Metían bastante bochinche cuando llegaba el caso de discutir una jugada; menudeaban los «Derteufel!» y los puñetazos sobre la mesa, o bien comenzaban a cantar melancólicas canciones llenas de nostalgia del «Fatherland» que venían y salían como las cerezas; enredadas unas en otras.

Leopoldina se demostraba amable; aguantaba todo: hasta las bromas de color verdoso, que no pasaban de jarana y nunca llegaron... más allá.

Al anochecer de un día muy lluvioso, se abrió con sigilo la puertita del jardín y se deslizó adentro rápidamente un apuesto galán, que no paró hasta dar a Leopoldina un estrecho y apasionado abrazo. Era Augusto Ceuninck, subteniente del ejército belga, primo hermano de Leopoldina y novio que había obtenido el visto bueno paterno.

Augusto aprisionó entre sus manos una de las de Leopoldina y le relató, que estaba con una semana de permiso; que se había vestido con ropas de particular, que había venido desde Blakenberg atravesando «les bois de la Cambre» y la «Foret de Soignes», que no le importaba arriesgar su vida con tal de haberla contemplado y obtenido un exquisito beso de su boca...

Un ruidoso golpeteo a la puerta de calle y el estrépito de sables y espuelas cambió la expresión de las fisonomías de los enamorados primos en mudas señales de espanto.

Eran tres oficiales alemanes los que llamaban a la puerta, como tenían por costumbre. ¿Quién sabe si no se habrían apercibido de la llegada de Augusto Ceuninck y querrían apoderarse de él para fusilarlo como espía? Había que esconderlo. Había que buscar un rincón donde no se les ocurriera mirar. En el pasadizo, que daba al comedor, había un reloj monumental, con una gran cabeza de ciervo y escenas de caza talladas en roble.

¡El reloj! Ese fué el sitio escogido para escondrijo. Augusto sonrió, tuvo aún la osadía de robarle otro beso a Leopoldina y se sometió al encierro en la que le resultó estrecha prisión. La niña tomó el saco y el sombrero que él se había sacado y envuelto en una pollera tiró el lío en un cajón del armario y lista y vivaracha hizo entrar a los oficiales que llegaron renegando con el «tiempo de perros» y dejando un charco de agua, de los impermeables, en cada lugar en que se paraban.

El piso prolijamente encerado quedó como nuevo con el barro que acarreaba cada uno, en las pesadas botas. Venían con frío, mojados, con un regular apetito y para entrar en calor empezaron a tomar cerveza, coñac y snapps, a manera de aperitivo, mientras Leopoldina se esmeraba en aderezarles una gustosa cena que los contentara. La pobre, se esmeraba y se apuraba porque estaba ansiosa de que los oficiales se retirarán sin mayor demora, a causa del contrabando del amado primito.

Los militares, en cambio, no tenían gran prisa. Ocupados principalmente en menudear trago tras trago.

Charlaron hasta por los codos; con la bebida se hicieron entrometidos y bochincheros y Leopoldina tuvo que retirarse del comedor cuando fueron sobrepasados los límites marcados.

Al rato oyó y lanzó un suspiro de alivio, pues los oficiales se aprestaban para marcharse. El oficial de mayor graduación, paladeando una última copa de coñac, se dirigió a otro más joven y le preguntó:

—«A todo esto, ¿qué hora tenemos, Fritz?»

El oficial aludido, que era casualmente el que estaba más *pesado* de los tres, sin soltar la copa de licor que tenía en la mano se aproximó al gran reloj que antes mencionamos y exclamó:

—«¡El maldito aparato está parado!» Luego empezó a reirse con risa bobalicona, sin ton ni son, y pensando hacer una graciosa broma, agregó:

—«¿Está parado?... ¡Pues yo lo voy a parar para siempre!... ¡Nunca *ha de volver a caminar!*» —y medio tambaleando desnudó la espada y dió una tremenda estocada en el panel o entrapaño de la puerta del gran reloj. Los tres militares salieron a la calle festejando las ocurrencias del chistoso Fritz.

Cuando Leopoldina estuvo segura que se iban alejando por el rumor de sus voces, risas y tintineo de las espuelas, corrió a poner en libertad a su querido primo. A media luz le pareció notar que algo espeso y obscuro manaba de dentro de la caja del reloj y cuando con trémulas manos pudo abrir la puerta del mueble, su amado Augusto, cayó para adelante, entre sus brazos, muerto, atravesado por la estocada.

¡Fritz estaba en lo cierto! ¡Nunca *el reloj volvió a caminar!*

Horas muertas se pasaba Leopoldina repitiendo mil veces una eterna canción:

—«Mon petit lapin—A-t-il du chagrin? —Il ne saut plus—Ne court plus—Dans not'jardin!»

Leopoldina perdió el juicio. Quería estar siempre sola y huía la compañía de todo el mundo.

—«He visto a Leopoldina en su casita en «Rue du Marché aux Herbes» y les aseguro que daba pena verla»—agregó Miss Burleigh, y es de creerse.

JULIÁN NOVOA.

Nueva York.

Dib. de Hohmann.



UN DIBUJANTE PRECOZ



El niño de 13 años, Emilio de Vedia y Mitre, autor de los dibujos.

El niño Emilio de Vedia y Mitre, a pesar de su corta edad, ya se ve atormentado por las inquietudes del arte, y en los ratos de ocio que le deja libre el estudio,—pues es estudiante del Colegio Nacional,—se dedica con entusiasmo a trazar siluetas artísticas de tipos populares.

A juzgar por sus trabajos, se ve que el niño de Vedia promete, y de desear es que cumpla. Su virtud como dibujante es que para él no existen inconvenientes, y armado de su pluma traza cuanta silueta se le pida, con todo el espíritu de un verdadero dibujante.

Es de esperar, que una vez que llegue a la perfección, pues se trata de un arte en que se vencen las dificultades a fuerza de práctica, el niño de Vedia hará obras artísticas de mérito.





En el interior de la selva de Montiel, en un atardecer de otoño.

Los nervudos leñadores, — cuyos brazos y pantorrillas desnudos se confunden, por el color y la dureza, con los troncos de ñandubay, — apresuran la labor a medida que se apresura la noche.

Ramón, en cambio, al caer el árbol morrudo cuyo tronco resistió durante una hora a las feroces mordeduras del hacha, se sentó sobre él, lió y encendió lentamente un cigarrillo y quedóse sumergido en honda meditación.

Don Telmo, el capataz, se le acercó y le dijo con afabilidad:

— Entuaviá hay luz pa voltiar otro árbol.

— Habrá, — respondió impasible el mozo.

— ¿Estás cansao?

— Sí; pero no del trabajo. Usted sabe que nunca me amaulé en la tarea ni nunca anduve sacándole el cuerpo a ninguna, por juerte que juese: gracias a Dios tengo güenos brazos y güenos lomos, y entre los lomos y el pecho un corazón bien templao...

— Me costa, — atestiguó el viejo; — y por lo mesmo que me costa es que m'estraña verte aflojar en la ocasión... ¿Andás enfermo?...

— Si estar enfermo es tener alguna achura averiada, no estoy enfermo: ningún pedazo del cuerpo me duele; tuito el maquinismo anda bien, y sin embargo ando como caballo trabáo... ¡Es aquí y acá, — exclamó golpeándose la frente y el pecho, — donde a la fija hay algo rompido!

Don Telmo, que profesaba particular estima a Ramón, sentóse junto a él, sobre el grueso tronco del ñandubay abatido y aconsejó benévolamente:

— Arbol ruido no se duebla si no lo castiga el viento, y pa defensa lo primero es aviriguar de que lao sopla el viento...

— ¡Me hace ráir su sabeduría! — replicó con amargura el mozo. — ¿De qué le sirve al árbol saber de que lao viene el viento que lo cachetia, si de tuitas layas lo ha de cachetiar lo mesmo?...

— Al árbol, sí; pero al cristiano no; porque siempre es alivio darle el anca...

— Y quedarse parao, o cambiar de rumbo, dir p'atrás, si mas no viene, pa dir a implorar hospitalidá a un tala espinoso o alguna escura cueva de tigre en las cavernas de la sierra... ¡Lindo alivio!

Sacudió el viejo gaucho la cabeza melenuda, y luego dijo con frase serena, reposada y casi solemne:

— Te ráis de mi sabeduría porque como tuitos los charabones, orgullosos de la juerza de sus garrones y en la habelidá del gambeteo, no han sentido entuavía arderles el buche con las yerbas amargas de la esperencia y porque carculan cobardía las precausiones que toma un viejo ñandú sogeáo!... Te viá contar una historia...

—¡Dejemé d'historias!... ¡Tengo una clavada en el tragadero como espina de tararira!...

— Esta que viá narrar, es cuasi seguro que sea como miga de pan mojao que te arranque la tuya y l'arrempuje, librandoté de morir augao.

El mozo se encogió de hombros y respondió con descreimiento:

— Cuente.

— Voy allá. Siendo yo potranco anduve perdiendo las plumas a juerza de arrastrarle el ala a una chinita retrechera y con más güeltas que caminito 'e montaña. En ocasiones me miraba y me hablaba con una palabra y una mirada más dulces que miel de camoatí, y en otras me trataba como a perro entruso y a veces era pior, porque reía y jaraniaba con tuitos y a mi ni me vía ni me oiba...

— ¡Lo mesmito que Marcela!

— Con las mujeres cuasi siempre acontece lo mesmo... Pero, sigo viaje. Corrió tiempo, tiempo perdido en partidas, al ñudo, porque cada vez qu'emparejábamos, al gritarle: ¡Vamos!, sofrenaba sentandosé sobre los garrones.

— ¡Igual l'otra!

— Un mal día se atravesó en la cancha el viudo Pifanio Soria, qu'era rico de nacimiento y zonzo de nacimiento tamién... La indina me ladió el caballo enseguidita y no tuvo asco en casarse con aquel espantajo, más feo que un pichón de lechuza, más celoso que un turco, y, pa remache, más agarrao que garrapata... ¿Parece que t'está interesando el cuento? — interrogó el viejo.

— Bastante... Componga el recao y siga marcha... ¿Usté qu'hizo?

— Preguntá primero lo qu'hizo ella... Un año me tuvo mascando fuego y cuando encomenzaba a borrarse el camino de mi querer, ella, ¡desfachatada!... se dió en buscarme y en convenserme de que una cosa era el caballo de andar y otra cosa el parejero, y que un michinal del alma había conservao un gajo de su cariño y que a juerza de retoñar comenzaba a llenarla tuita...

De súbito púsose en pie Ramón y mesándose los cabellos gritó:

— ¡Parece qu'está contando mi mesma historia!...

— Es que las historias de amor — respondió calmosamente el viejo — se parecen como el sauce al mimbre y como el mimbre al aliso...

— ¿Y usté volvió a quererla?...

— Cuasi caigo; pero un bicho güeno, que llaman la riflisión, me habló al óido una noche y me dijo:

«— Tené mucho cuidao: mujer que engaña una vez es como perro que mató una oveja: nunca más pierden el vicio». — Encontré sano el consejo, y al otro día de mañanita ensillé mi reserva, me desped del patrón y cantando una vida lita me juí pa siempre del pago.





EXPECTAMUS DOMINE

A Enrique Prins

Despiertan las estatuas. Bajo el cielo sereno
la blanca Dolorosa dulcifica su esplín
y en los rígidos brazos de un juglar-nazareno
confunden sus ausencias la cruz y el mandolín.

Más allá de los mármoles, sobre el dolor sin
ralentan las campanas un prólogo en latín ; [freno,
una lluvia de lágrimas riega el sacro terreno
y esmáltase en las flores el alma de Arlequín.

Elevan los cipreses al borde del camino,
como heréticas notas al margen del destino,
sus inconmensurables puntos de admiración,

y escorza el meridiano la sombra prematura
de una viuda que reza velando su amargura
bajo negros crespones y antifaz bermellón.

RICARDO DEL CAMPO.

Gouache de Alvarez.

LA GRAN EMBAJADA INGLESA

Sir Bunsen saluda a la Argentina, por intermedio de "Caras y Caretas"

Hemos ido hasta la frontera del Brasil, para saludar a Sir Maurice Bunsen, llevándole una bienvenida muy cordial de CARAS Y CARETAS.

— ¡Conozco la hermosa revista! — me dice el embajador. — Durante los ocho años que estuve en Madrid la vi en varias legaciones.

Sir Maurice Bunsen, una de las personalidades más descollantes de la diplomacia británica, — la primera del mundo, — como lo podrán comprobar pronto los argentinos, es un hombre encantador.

Fino, culto, poliglota... Habla el castellano correctísimamente.

Después de atravesar el Brasil (llegó al Uruguay por Rivera) oyendo a los emisarios del gobierno oriental, confesaba:

— La lengua de Cervantes trae muy gratos recuerdos a mi mente. Al escucharla en América... ¡no sé, pero tengo como una emoción mayor!

Sir Maurice es un anciano alto, magro, sin achaques. Sus ojos claros, brillantes y sagaces, tienen un no sé qué de bondadoso. El rostro todo, es noble, con la fina nariz; con la boca que descubre sonriendo una dentadura blanquísima; con los mostachos de plata y las barbas patriarcales.

En el convoy especial que nos conduce a Montevideo, pido al eximio diplomático un autógrafo para la revista que antes ha ensalzado. Y me lo otorga gustoso, con toda gentileza:

— Dentro de unos días iré a esa gran nación. Me place sobremanera poder adelantar un saludo por medio de uno de sus órganos periodísticos más prestigiosos. Y añade:

— Mi misión no tiene un objeto concreto. No venimos a ésto o aquéllo, especialmente. ¡Venimos... a todo! A impregnarnos de ambiente, de vida americana. A sentir los latidos de los corazones, y ver las necesidades de los mercados. A preguntar y a contestar. ¡A ser amigos! Todo lo escudriñaremos. No para firmar éste o aquél tratado, no para hacer ésta o aquélla operación. ¡Para apreciaros! Y cuando estemos en nuestra patria y se suscite un asunto, — cultural, o financiero, o industrial, — nosotros ayudaremos a encarar las cosas bajo la faz más real, más halagüeña.

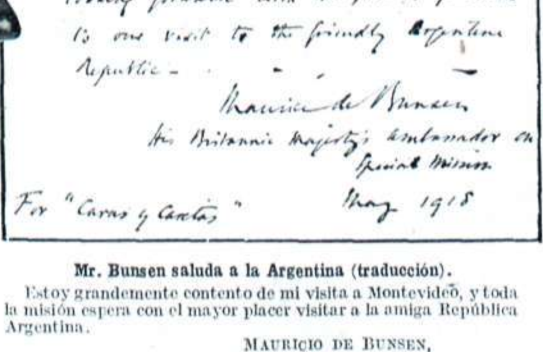
Las palabras de Sir Maurice Bunsen las refrendan sus ilustres compañeros. Son todos hombres de primera fila en la Gran Bretaña. Nunca ha venido hasta América misión alguna compuesta por núcleo tan lucido de personalidades. Oigamos como Sir Maurice Bunsen os habla de la guerra:

— Inglaterra, como sus aliados, quiere la paz. Y porque anhela la paz es que sigue la guerra. ¿Cuándo va a llegar aquélla? Nadie puede decirlo. En cambio el triunfo de las naciones que defienden el Derecho, pisoteado por los imperios centrales, hállase descontado. Y es así como ahora, cuando el estruendo de la batalla más atruena, mis compañeros (algunos de los cuales han sentido de cerca el fragor del cañón), pueden intervenir conmigo en esta obra de confraternidad, que debe contribuir a traer una gran etapa de progreso, tan pronto como la paz vuelva a sonreír sobre la tierra...

El enviado no quiere quitar fuerza a estas afirmaciones con un comentario perfectamente ocioso.

ANTÓN MARTÍ...

Sir Maurice Bunsen, presidente de la embajada que visita Brasil, Uruguay, Argentina, Paraguay, Bolivia, Chile, etc.


I am greatly enjoying my visit to Montevideo and the whole Mission are looking forward with the greatest pleasure to our visit to the friendly Argentine Republic.

Maurice de Bunsen

His Britannic Majesty's Ambassador on Special Mission

For "Caras y Caretas" May 1918

Mr. Bunsen saluda a la Argentina (traducción).

Estoy grandemente contento de mi visita a Montevideo, y toda la misión espera con el mayor placer visitar a la amiga República Argentina.

MAURICIO DE BUNSEN,

Embajador de S. M. B., en misión especial.

Para CARAS Y CARETAS. Mayo 1918.


Mr. Folleit Holt, Secretario. — Mr. Tomás H. Lyons, Secretario.


Teniente general sir Charles Baster. Hace dos meses escapó de Rusia, donde era alto instructor ante su Estado Mayor.


Vicealmirante J. C. Ley, que comandaba el gran acorazado «Canadá» en la batalla de Jutlandia. Es el más joven almirante británico.


Allen Kerr, miembro del Foreing Office, diplomático distinguidísimo, que estuvo, en 1910, en Buenos Aires y en Alemania después.



James Grant, que representa a Escocia en la Cámara de los Comunes. Fué compañero de Cecil Rhodes. Tiene gran talento y laboriosidad.

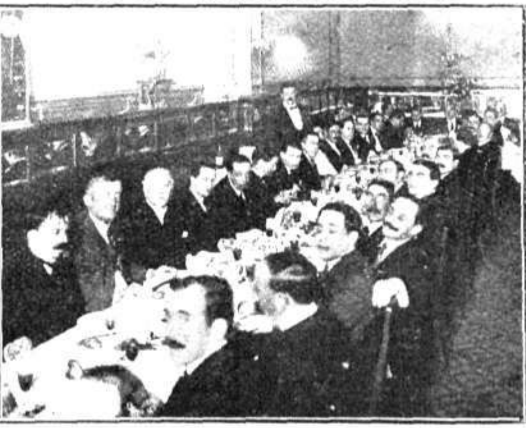
W. S. Barclay, de extraordinaria preparación en asuntos comerciales, que ha dirigido los trabajos para formar un sindicato de los grandes manufactureros.

Comité Nacional del Comercio



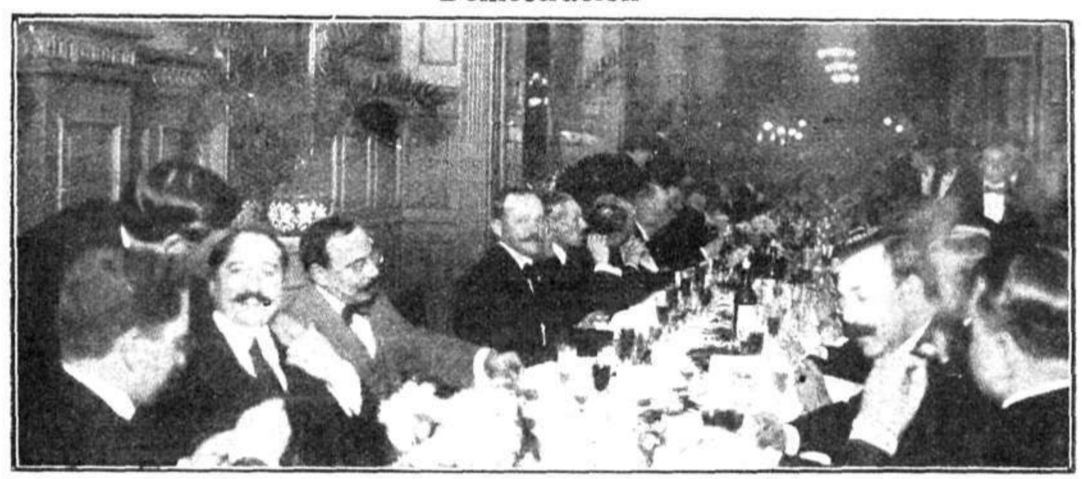
El embajador, doctor Naón, y los miembros de la comisión, en el acto de la entrega de una placa de oro con que dicho comité le obsequió, con motivo de su eficiente gestión al frente de la embajada argentina en Norte América.

En el "Restaurant Conte"



Comida dada a los señores Agustín Scaricabarozi y Eduardo Tarres, por sus amigos, celebrando el haber sido nombrados el primero diputado en la provincia de Buenos Aires y el segundo designado secretario de la Cámara.

Demostración



Banquete en honor del señor Carlos F. Garay, en ocasión de su nombramiento de secretario de la Inspección General de la Municipalidad.

En la Caja de Conversión



La escacez casi absoluta de las monedas de niquel, da lugar diariamente a que frente a la Caja de Conversión, y dotados de una buena dosis de paciencia, permanezcan largas horas estacionados numerosos grupos de personas, esperando el ansiado instante de conseguir, aunque sea unas pocas, de las casi ya preciosas monedas.

El distinguido músico dolorense, Francisco José López, ha compuesto para los versos del señor W. Jaime Molins, un inspirado himno, que se cantó el día del centenario de la fundación de la ciudad. Transcribimos los versos:

Himno a Dolores

¡Salve! ¡Salve, gloriosa Dolores!
¡Salve, salve en tu fiesta natal!
¡Sean eternos los verdes laureles
Que enguirnaldan tu historia marcial!

Valerosa ciudad, la hidalguía
Te dió el timbre de augusto blasón,
Cuando noble, pujante y bravía
Levantaste tu airado pendón.
Cuando en reto a la cruel dictadura,
Demostraste civismo y virtud,
Y a tu ardiente y bizarra apostura
Despertaban los campos del Sud.

Del progreso, ciudad centinela,
Tu avanzada fué rudo broquel;
De patricias virtudes, escuela:
De valor argentino, troquel.
Brisa austera sopló tu estandarte;
Tu conquista fué el bravo confín:
Para el torvo tirano, baluarte,
Para el indio inclemente, fortín.

En trofeo, tus nobles despojos
Fueron presa de oprobio y baldón,
Cuando trapos sangrientos y rojos
Destrozaste con cívica unción.
Cruel destino te abrió la derrota
Y el sicario pequeño y soez,
Elevó la infamante picota
Donde el Héroe pagó su altivez.

Fué el martirio tu heroica presea,
Fué tu sangre reguero viril
Do bañaste la infausta librea
Que arrancara tu ardor juvenil.
Y si el lauro triunfal de victoria
No lograste en la lucha obtener,
Como un árbol invicto de gloria
En Caseros volvió a renacer.

Chascomús fué tu tumba y tu gloria;
Allí tu alma patricia vibró;
Tu valor fué simiente en la historia
Que tu altiva jornada marcó.
Y las aguas serenas del lago
Que tiñera tu sangre inmortal,
Renovaron con gotas de estrago,
Del civismo la fuente lustral.

A tu grito de guerra, los llanos
Nueva aurora miraron nacer,
Y sintieron los crueles tiranos
Su sitial tambaleante caer.
¡Mas tus huestes heroicas, el credo
Liberticio, supieron cumplir;
Pues juraron luchar con denuedo,
Pues con gloria supieron morir!

Valerosa ciudad, tus blasones
Son de gloria, martirio y virtud;
Cuna ilustre de austeros varones,
Centinela avanzado del Sud.
Con tu sangre teñiste de aurora
La tragedia pujante y fatal;
Tu clarín dió la voz vibradora
Que en Caseros fué diana triunfal.

"¡Parva domus!" ¡Solar legendario!
Hoy con sano y patriótico ardor,
Ante tu épico, ilustre santuario
Suene el grave y ferviente loor:
¡En tributo, los pueblos te aclamen
Noble, culta, bizarra y fidel,
Y en tus aras augustas derramen
la corona del sacro laurel!

W. JAIME MOLINS.

Nuevo presidente del Banco de la Provincia



El doctor Tomás de Veiga, miembros del directorio de la citada institución, y concurrentes al acto de la toma del elevado cargo, para el que ha sido nombrado por el gobierno de la provincia de Buenos Aires.

Necrología



A los 82 años, falleció la semana pasada el señor Marcelino Escalada, que, a pesar de su avanzada edad, conservaba aún toda la energía de la estirpe de patricios de que descendía. Fuerte hacendado, contribuyó al desarrollo de la industria ganadera en Santa Fe, donde tenía radicadas sus estancias.

Coronel Rodolfo Mom. — Desaparece con él uno de los militares de actuación sobresaliente en nuestro ejército, ya sea como jefe activo y pundonoroso o en su carácter de hitoriador militar, habiendo tenido su nombre, con este motivo, un relieve excepcional.



Doctor Carlos Octavio Bunge, distinguido y talentoso miembro del foro argentino, cuya obra universal, era altamente apreciada en todos los círculos científicos, donde su muerte fué lamentada.

Señor Cayetano Carbonell. — Su desaparición ha causado, especialmente en el Senado, donde ocupaba la superintendencia, general y profundo sentimiento de dolor.







Señorita María Bardi. Señorita María Rosa Patrone.



Señorita Paulina Isabel Santi. Señorita Lola Villar.



Señor M. José Mar- Señor Juan Ma-

Homenaje póstumo



Los empleados del Consejo Deliberante y amigos del señor Avelino Sánchez Viamonte, en el acto de la colocación de una placa de bronce, que le dedican en el primer aniversario de su muerte.

De Rosario



Autoridades civiles y militares, a la salida de la iglesia Matriz, después de haberse oficiado un solemne Tedéum, en ocasión de las fiestas Mayas.



Srta. Zaida y señor L. Senac, que en el «Palace Theatre», dieron, con éxito, un concierto.

Parte de la concurrencia y miembros de la comisión de Bellas Artes, después de la inauguración del «2.º Salón de Otoño», cuyo certamen artístico inició con tan halagüeño resultado el año pasado «El Círculo».



[illegible] del baile de gala, dado para festejar

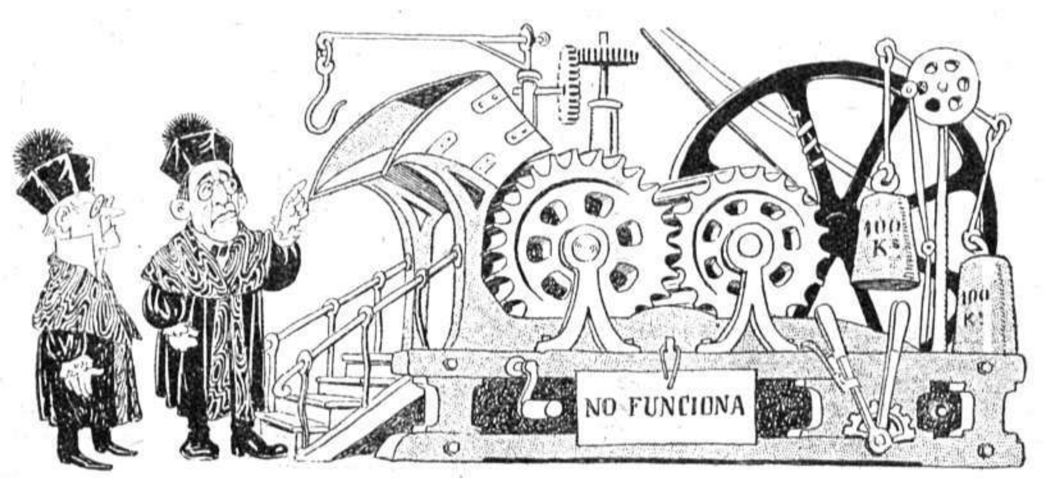
Emisión menor



Como el níquel se ha ocultado
y ninguno lo ha encontrado,
dió causa a males sin cuento,
pero el público ha creado
la moneda del momento.

— ¡Señor! La legislatura se ha alzado contra su autoridad gubernativa.

Crotto. — Déjelos. Con el tiempo ya les probaré quién es Callejas.



— ¿Esta es la famosa trituradora de jueces?
— ¡Sí; pero afortunadamente no funciona!
— Cuidado; no la hurgue V. S., porque puede resultar peligroso.

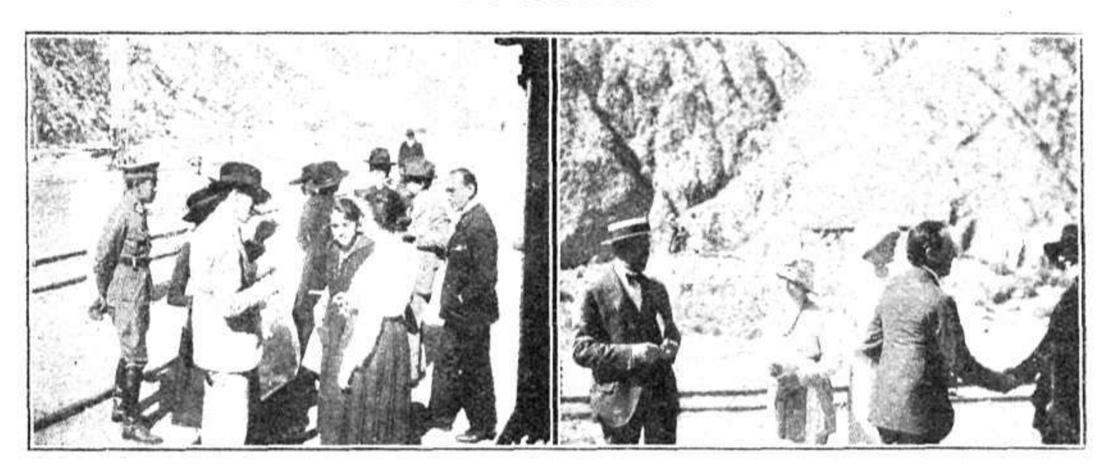


Llambias. — S. E. se ha resfriado, y yo, dando pruebas de consecuencia política, me he declarado constipado también.

Pueyrredón. — Como podrá apreciar el señor Presidente, intensificando en esta forma la explotación del petróleo, el gobierno se ... fuerza y de luces.

Dib. de Polimani.

De Cacheuta



Señoritas María Justa Pueyrredón, Elena Uriburu, Julieta Pueyrredón, Dr. Elizalde y señor Martín Noel.

Señoritas J. Pueyrredón y Martha Uriburu, con los señores Carlos de Olazábal y Roberto Levillier.

De Santiago de Chile



Grupo de concurrentes al banquete que el Ministro del Interior, doctor Arturo Alessandri, ofreció a sus relaciones.

De Montevideo



Banquete con que la colonia española, radicada en Montevideo, conmemoró el aniversario del natalicio [illegible]

La manifestación patriótica, rodeando la pirámide que conmemora [illegible] de Las Piedras.



¿De qué se habla en estos días? Pues... del esperado y tradicional acontecimiento, el estreno del Colón... Se espera impacientemente esta exposición del lujo y la elegancia porteñas, para poder saber *a punto fijo*, las orientaciones de la moda, veleidosa e indecisa como nunca; las clásicas *cazueleras* esperan tomar modelo de aquellas personalidades, cuya elegancia y distinción son proverbiales; pero también podríamos decir a esas porteñas parleras, bulliciosas y burlonas... ¡Cosas veredes!... Se incorporan hoy a la incesante farándula, nuevas personalidades femeninas, — no me atrevo a recalcar si políticas o financieras... — que van a dar amplio tema a las observaciones y ocurrencias de esas altas galerías, exclusivamente femeninas... Esta consideración me recuerda que días pasados se me ocurrió entrar a una de las más elegantes y suntuosas joyerías de nuestra *Rue de la Paix;* era mi visita, de simple curiosa, para examinar de cerca el primoroso engarce de magnífica perla, que se exhibía en el elegante «etalage»; me hizo los honores de aquellas maravillas, dignas del tesoro de Aladino, su depositario, el correcto mercader, disfrazado de *gentleman*...

— No pierda usted el tiempo, que no vengo a comprarle nada...

— De todas maneras, tengo gran placer en atenderla, señora... quisiera verla apreciar este «sautoir»...

— ¡Qué maravilla! ¿Pero a quién pretende usted vender semejante joya, en estos tiempos?

— Señora; jamás hemos tenido una demanda tan fabulosa de perlas como en este año; nos exigen collares de gran valor, que sean grandes, que *representen mucho*... y francamente, aunque usted no vaya a comprarme ninguno, me es un gusto ver apreciar mis perlas por una «dame comme-il-faut»...

— ¿Acaso ha cambiado usted de clientela?

— ¡Jamás, señora! Pero «les affaires sont les affaires», y hay que aceptar a las excelentes señoras que quieren proveerse en la casa; pero es un dolor verlas probar el efecto de cada joya... ¿Recuerda usted la célebre silueta de la Mére Loubet? como se llamó siempre en París a esa buenísima señora? Pues, no sé de dónde llegan a esta casa todos los días, nuevas clientas, del mismo estilo, apuradas por lucir las mejores joyas en el Colón; ¡qué siluetas, *quelles toilettes, quelles coiffures!... Vous jugarez, allez*...

No pude menos de recordar la aflicción del exigente y refinado mercader, esa misma noche... Fuí invitada a una comida íntima, en casa de una distinguida familia, que quería agasajar debidamente a una flamante personalidad femenina de otra parte, de paso en Buenos Aires; la silueta era clásica, lo más achaparrada posible, martirizado el busto dentro de un corsé prehistórico, pero exhibiendo muchas perlas... eso sí; muchas perlas... Algunos brillantes, gruesa cadena de oro, maciza, naturalmente, y... mientras la contemplaba, esperé los acontecimientos; se produjeron éstos, al sentarnos a la mesa, cuando llegó el turno al filete de pejerrey; esperó la dama que le diéramos el ejemplo, pues la intrigaba sobremanera el cuchillo de plata; se sirvió de él con exagerada delicadeza, y lo enjugó luego cuidadosamente en su pancillo; después, como no se decidiera a privarse de tan elegante utensilio, supo hallarle empleo para todo; decididamente, la voluminosa señora sugestionaba nuestras miradas; parecía un fakir de oriente, empeñado en hacer desaparecer su alfanje en la garganta... ni las pastas, ni la casera carne de membrillo, pudieron librarse del implacable cuchillito... y esto, anunciándonos que postergaba su regreso al terruño, porque no podía faltar al estreno del Colón...

Y no se hable más por hoy, de las que han de ofrecer amplio tema a las bulliciosas y burlonas *cazueleras* porteñas... Justo es que revele a mis amigas jovencitas, el *flirt* que ha de formalizarse en breve, a ser verdad lo que se susurra en comidas íntimas, en reducidas recepciones... ¿Oyeron ustedes hablar del viaje de una encantadora criatura, que había resuelto embarcarse para Europa después de conquistar aquí, aunque en breve temporada, la admiración y el afecto de nuestros más altos círculos? Inesperadamente quedó en suspenso el viaje y se dice que no es extraño a esto un distinguido joven porteño, y si prestamos crédito al comentario de amigos y amigas, muy pronto se unirá otra delicada flor del viejo y aristocrático tronco hispano a una de nuestras tradicionales familias; su simpático representante lleva dignamente el respetado nombre que significó siempre honorabilidad y abolengo, y en el propio hogar, especialmente, suma inteligencia unida a una cultura intelectual extraordinaria...

La dama duende.

A bordo de la barca "Favell"



El capitán, oficialidad y concurrentes, momentos antes de celebrarse la ceremonia de izar la bandera de la nueva República de Finlandia. Resultó un acto sencillo e impresionante, pues es el primer buque ruso que ha cambiado de pabellón, al haber nuestra república reconocido la independencia de aquel país.



La nueva bandera izada a popa de la barca cuyos colores son rojo y gualdo, teniendo en el ángulo nueve rosas, que significan las provincias que constituyen a Finlandia.

NO HAY NIQUEL



Aun cuando no es níquel puro,
se lo han debido llevar
con el fin de niquelar
la torre Eiffel, de seguro.
Un germanófilo.



Algún químico alemán
muy sabio y muy ingenioso
lo pidió para hacer pan
de níquel ¡que es muy sabroso!
Un aliadófilo.



¿Su escasez perjudica? Puede ser;
pero es muy conveniente para mí.
Si no hay níquel aquí,
¿cómo puedo pagar el alquiler?
Uno que no lo paga nunca.



Níquel-o busques en tu bolsillo,
níquel-o pidas a los demás,
níquel-o guardes bajo un ladrillo
níquel tendrás.
Un macaneador.



Nos han desniquelado.
¡Qué falta de atención!
El régimen pasado
será, al fin, encausado
por desniquelación.
El ministro de hacienda.



Muere el amor más grande,
nada es eterno,
las dulces esperanzas
se desvanecen,
y, cuando de la vida
llega el invierno,
níqueles e ilusiones
desaparecen.
Un [illegible]



Este es el quinto o el sexto
pobre que me asalta hoy.
No hay níquel. Y no les doy
limosna. Es un buen pretexto.
Un hombre caritativo.



Cien pesos en níquel tiene Nicolasa
con la que se casa su sobrino Andrés,
aunque Nicolasa de los treinta pasa
y él veintiuno sólo cumple a fin de mes.
¡Claro que se casa
por el interés!
Un envidioso.



Cuando el sueldo cobraba
níquel en todas partes encontraba;
mas hoy — lo cual es triste y es molesto —
me he quedado sin níquel y sin puesto.
¡Y aun me pide que sea, algún bromista,
radical y optimista!
Una víctima.



Como un peso le ha entregado,
le dice así, el peluquero,
que con el "número cero"
el cabello le ha cortado,
a un correcto caballero:
— No tengo cambio, señor.
— Yo tampoco.
— Esta escasez
de níquel es un horror
— No se aflija ¡por favor!
Córteme el pelo otra vez.
Un testigo de la escena.



Zonzos, vivos, flacos, gruesos,
dicen en todos los casos.
— Los billetes de cien pesos...
¡esos sí que son escasos!
Todo el mundo.

Luis García.

Dib. de [illegible]

Tipos de prisioneros austriacos



Prisioneros turcos, búlgaros y austriacos.

Los prisioneros son el espejo de los ejércitos, por el cual es interesante echar una ojeada al muestrario fotográfico que acompaña estos breves apuntes. Los últimos prisioneros austriacos capturados en Italia o son muy jóvenes o son ancianos; poquísimos son los que pertenecen a la edad media. Están cansados de la guerra y confiesan que creían hallar a los italianos postrados, como a ellos se le había dado a entender. Las cosas, en cambio, son diversas, y se asombran que en Italia se encuentre buen pan. Por el pan, el austriaco haría cualquier cosa. Es un



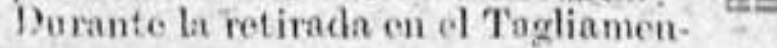
Un grupo de oficiales austriacos prisioneros.



Prisioneros austriacos, capturados en el Piave.

glotón en ese artículo de alimentación: en verdad su pan no es bueno. Si el prisionero austriaco apenas capturado ve un pedazo de pan italiano en el suelo, aunque esté entre el fango, lo recoge y lo devora.

Por lo que respecta a la indumentaria, los prisioneros forman un mosaico de telas de colores más o menos indefinidos. Por lo demás, están bien calzados y no es raro verlos con botines tomados en los depósitos que fué necesario abandonar durante la retirada. Pero algunos soldados austriacos no se limitan a los botines; endosan sin rodeos divisas italianas y esperan así aproximarse impunemente a las trincheras adversarias. A este propósito voy a relatar una curiosa anécdota.



Durante la retirada en el Tagliamento, y después en el Piave, tres soldados italianos pertenecientes a las compañías de «los ardidos», de aquellas compañías heroicas que se sacrificaron para dar tiempo de organizar una defensa, se habían desbandado, después de haber perdido sobre el campo de batalla a todos sus oficiales. Mientras se concedían unos pocos minutos de reposo en las proximidades de un puentecillo, he aquí que ven llegar hacia ellos una veintena de «compañeros». La manera de andar era sin embargo sospechosa: caminaban tambaleándose, teniendo los brazos extendidos como las bailarinas que caminan sobre un hilo metálico. Los tres «ardidos», temiendo un engaño, lamaron en voz alta: «¡Señor sargento! ¡Señor sargento!» Respondió una descarga de fusilería. El ruído de los disparos atrajo a otro grupo de soldados. ¿Qué hacer? Tres contra cincuenta habrían terminado por sucumbir. Saltaron del puentecillo y a la carrera atravesaron un trecho al descubierto para esconderse detrás del muro de una casa derrumbada.

El valiente que me relataba est episodio fué atacado por un vivo acceso de hilaridad que no pudo explicarme; pero él siempre riéndose como un niño, continuó: Detrás de la casa nos colocamos en acecho. Los austriacos, que esta-



Prisioneros austriacos que transportan compañeros heridos.

ban vestidos con uniformes italianos, después de haber bebido copiosamente el vino generoso de Friuli, avanzaban tambaleándose y nos gritaban con voz gutural: «¡Halt! ¡Hoolt!», transformando «¡alt!» o «¡firmes! ¡firmes!» en una palabra italo-austriaca que revelaba en seguida el ardid del enemigo. En un momento tan trágico uno de nosotros fué acometido por una verdadera crisis de hilaridad. Aquel ardid pueril provocaba, en efecto, la risa. Los enemigos avanzaban siempre con los brazos abiertos gritando, bamboleándose y cantando.

Cuando estuvieron muy próximos salimos del escondite con el puñalcito y las bombas de mano. Momento de enorme confusión. Algunos enemigos cayeron para no levantarse más, otros rodaban gritando: *Italienischi! italienischi, pace, fine guerra, italienischi, pace, bono vino.* No nos hemos reído tanto de corazón como en aquel breve paréntesis de la trágica retirada...

Los oficiales austriacos prisioneros, a diferencia de los soldados, se mantienen siempre discretamente altaneros. Están llenos de pretensiones y hacen gala de una gran indiferencia. Piden libros, tabaco y pan. También ellos solicitan pan. Por lo general son aseados y robustos.

Cuando se les requisa se irritan, tal vez



Un descanso.



Distribución del rancho a los prisionero: austriacos.



Un prisionero austriaco en Fagaré, en el Piave.



Un muest ario de prisioneros austriacos.

porque llevan consigo documentos no destinados a la publicidad. He aquí, en efecto, una orden de requisación hallada en el bolsillo de un oficial austriaco que fué hecho prisionero en Friuli:

«Requisar estufas y tubos de estufa, ollas, cubas, toneles hasta la capacidad de 40 litros, tubos para agua, bombas de incendio, los vidrios de las casas, jabón, velas, fósforos, lámparas portátiles, aceite, sebo, vaselina, grasas, vegetales en conservas, todos los artículos de protección contra el frío, máquinas de coser, instrumentos de sastre y de zapatero, papel de cualquier clase, cuerdas, hilo, linternas, petróleo, bencina, colchones, chapas de hierro, cadenas, clavos de toda especie, utensilios de carnicero...»

Como se ve, el elenco era bastante completo; pero como agudamente observa un soldado, es prolijo; bastaba decir sencillamente: *requisad todo...*

RAFAEL SIMBOLI.

Padua, 1918.



EL NOVICIO (1)

Dalmiro (*novicio de la orden dominica*) y Fray Domingo.

Fray Domingo. — (*Con la voz un poco alterada, pero contenida.*) Tú me acompañas, Dalmiro...

Dalmiro. — No.

Fray Domingo. — ¿Qué te ocurre?... (*Pausa.*) ¡Dalmiro!... No tuviste nunca un amigo sincero como yo...

Dalmiro. — ¿A qué negarlo?

Fray Domingo. — ¡Pero tú, en realidad... algo de cerrado hay en la vida de tu alma, que tú me ocultas!

Dalmiro. — (*Nerviosamente.*) Sí, ¡algo te oculté siempre!

Fray Domingo. — Dilo ahora... habla... ¿Por qué te quedas así?... (*Lo sacude.*)

Dalmiro. — ¿Eh?... ¡no! Tal vez, si estuviéramos allá, solos, en el convento, te lo diría. Aquí no, vete, déjame.

Fray Domingo. — Por Dios, no te alteres así... Dímelo todo.

Dalmiro. — Si te hubiera confesado aquello, alguna vez, no me habrías dejado venir a esta casa. ¡Oh! ¡Vamos al convento, huyamos de aquí, sin decir nada, sin despedirme, sin decir adiós a mi madre! ¡Vamos!...

Fray Domingo. — Siéntate, querido hermano. Dime tu secreto, dímelo.

Dalmiro. — Nunca se lo dije al confesor...

Fray Domingo. — (*Angustiado.*) ¡Cómo!... (*Pausa.*)

Dalmiro. — ¿Tú piensas que he venido aquí por mi madre?...

Fray Domingo. — Me lo dijiste así...

Dalmiro. — Escucha: en mi vida sin caricias, en mi vida abrumada por la idea de la crueldad de mi madre, una gran esperanza pasaba por mi alma, como una claridad, de ilusión, de alegría!... Escucha, te lo diré todo: Mil veces, cuando rezaba a solas, en la celda, mientras mi alma quería alzarse al cielo y besaba este Cristo derramando lágrimas... Me turbaba el recuerdo de una mujer... (*Se queda como abstraído en una visión.*)

Fray Domingo. — ¿Una mujer?... ¡Dalmiro! ¡No!

Dalmiro. — No; no era todavía una mujer. Cuando la dejé para ir a enterrarme allá, ella cumplía trece años... Sus bucles de oro caían ondulando y acariciándole las mejillas, como delicadas hebras de Sol...

Fray Domingo. — ¡Calla, hermano!

Dalmiro. — ¡A veces, prevalecía poderosamente en mi alma, sobre el culto divino, mi culto interior para ese íntimo recuerdo!...

Fray Domingo. — Tú lo ahogarás luego, Dalmiro... ¡cómo una tentación diabólica, absurda!...

Dalmiro. — Ella se me aparecía con su traje claro, la garganta tersa ceñida de un collar, con una crucecita que yo le dí...

Fray Domingo. — ¡Calla, calla, Dalmiro!...

Dalmiro. — Esta visión solía asaltarme, en el instante de pasar ante el altar con los brazos cruzados sobre el pecho murmurando plegarias. Entonces yo, en la penumbra, me arrodillaba...

Fray Domingo.—¡Te arrepentías!...

Dalmiro. — ¡Me arrodillaba, adorándola... adorándola a ella!

Fray Domingo. — ¡Oh, Dalmiro, basta! Tú estás delirando... (*Le palpa las manos.*) ¡Sí! ¡Tienes fiebre!...

Dalmiro. — ¡Y eso no es todo aún!

Fray Domingo. — ¡Tienes fiebre, Dalmiro!

Dalmiro. — ¡Escucha! Llegó un tiempo... ¿Te acuerdas cuando me ocultaba para no entrar en el templo?... ¡Ah! No podía yo comparecer ante Dios, porque esa imagen era como una alucinación, penetraba conmigo en la capilla, y cuando ustedes se recogían en la oración, plegados a la monótona tranquilidad de una vida siempre igual, entonces yo, considerando a todos con una lástima monstruosa, pensaba en ella!... Y allá, esfumada en el humo del incienso, su cara divina me sonreía. Su visión de doce años se diseñaba en la forma del cáliz, oscilaba en el fulgor de los cirios, resplandecía sobre la imagen de la virgen... Y como un prodigio, se trasmutaban a la aureola de la imagen, aquellos bucles de oro luminosos! ¡Y ella y la virgen, al fin, tenían una aureola única y eran una sola y divina claridad!... ¡Ah!... ¡y lo más extraño!

Fray Domingo. — ¿Algo más, aún?

Dalmiro. — ¡Lo más extraño!... ¿Quiéres saberlo? Es algo que tú no creerás... Dos veces, durante estos largos diez años... ¡Ay, sólo dos veces!...

Fray Domingo. — ¡Qué! ¡Qué!...

Dalmiro. — ¡Ella misma, en cuerpo y alma, se me apareció!

Fray Domingo. — ¡Dalmiro!... (*Ambos se levantan exaltados.*)

Dalmiro. — Sí, sobre la terraza, a medianoche, en el gran silencio fantástico y triste... La luna moría volcada sobre la sierra... ¡Se me apareció! Yo sentí en mis labios la tersura de sus mejillas frescas, el roce tenue de su pelo sobre mi frente... ¡Apreté contra mi pecho su cuerpo de niña, en un delirio!... ¡Qué desdichado tú, que nunca viviste siglos de amor en un instante de gloria! (*Larga pausa. Dalmiro, con paso vacilante, recorre la escena y se deja caer en un sofá*). (*Con voz postrada y débil.*) Domingo... oye... no te quedes ahí como una estatua. Ya acabó mi delirio... por Dios, ven... Dime algo, ahora...

Fray Domingo. — (*Con tono de convicción profunda.*) ¡Es una tentación! Cuando la tentación va a perdernos, envuelve a una mujer con claridades de cielo, trasmite a sus ojos esa laxitud, esa dulzura, esa fascinación sobrenatural... Raquel, esta Raquel tan adorable, que te subyuga, y cuya sola visión te toma como en una caricia tibia, esta Raquel...

Dalmiro. — (*Se levanta con súbita cólera y mira a Fray Domingo con ojos terribles.*) ¡Ah, tú también la encuentras divina!

Fray Domingo. — Olvidas que yo entré al convento después de haber vivido. Yo hablo así por mis recuerdos... ¡Oh!... ¡Dalmiro! Tú estarías doblemente condenado a sucumbir en la vida porque eres enfermo y débil, te falta la experiencia, y hombres y mujeres te harán pedazos el corazón. Yo comprendo, pobre Dalmiro, el error que contigo se ha cometido, el crimen inconsciente, si tú quieres... Pero, reflexiona: ¿No piensas que sería otro error, de tu parte, rebelarte ahora, meterte en el mundo, en las pasiones, y afrontar así, con la tristeza, con las débiles fuerzas de tu corazón dolorido, las dificultades de tu nueva situación y la perversidad de la gente? ...¡El mundo es malo, querido Dalmiro!

Dalmiro. — Sí, lo sé... ¡Déjame!... ¡Es malo

(1) De una comedia dramática en tres actos.

también, llevar al convento, a ese retiro donde sólo deben reinar la oración, la humildad, el olvido del mundo, un alma como la mía, llena de dolor, de amargura, de inquietud, y que no puede olvidar!

FRAY DOMINGO. — Pero este olvido vendrá, Dalmiro. Y en cambio, aquí, sólo te esperan decepciones y tristezas irreparables. Por de pronto, serías el escándalo de tu familia y... ¡No! tú vendrás conmigo... Escucha; te hablo con una franqueza absoluta y... como hombre. Has notado que aquí estamos algo así como...

DALMIRO. — ¡Cómo intrusos! (*Alterándose.*) ¡Ah! ¡Lo has notado también tú!

FRAY DOMINGO. — Vamos, no quiero decir tanto; pero un hijo, un hermano a quien se vuelve a ver después de diez años... Aquí no te comprenderá nadie... Ahora, adiós... ¡El jueves, pasado mañana, vendré a buscarte!... (*Le abraza.*)

DALMIRO. — (*Desembarazándose.*) ¡Hablas con artería!... ¡pero es inútil... ¡Calla! ¡déjame!...

FRAY DOMINGO. — ¡Y no temes las arterías de una mujer!

DALMIRO. — ¡No, ni a ti tampoco!

FRAY DOMINGO. — ¡Temerme a mí! ¡Pero si yo quiero salvarte!...

DALMIRO. — ¡Qué habré de temerte!

FRAY DOMINGO. — ¡Aquí eres un intruso! ¡Aquí te aguarda el dolor!

DALMIRO. — ¡Basta! ¡Ya no soy el alma enferma y débil que me suponías!



FRAY DOMINGO. — ¡Oh, oh!

DALMIRO. — (*Cambiando de tono y casi suplicante.*) Déjame, Domingo. ¡Tú fuiste allá, para mí, un amigo fiel; pero hoy te veo como el fantasma de una larga pesadilla! ¡Déjame! En este momento vislumbro una nueva vida. Yo sabré luchar, yo sabré afrontar la maldad de la gente, yo sabré tomar fuerzas en el amor leal y puro de esa criatura querida. ¡Ah! ¡qué ansias, qué ansias tengo de vivir! (*Acuden a las voces de Dalmiro Julia, Raquel y Lelia, que se quedan atónitas contemplando la escena.*)

RAQUEL. — ¡Dalmiro!

FRAY DOMINGO. — (*Que ha ido caminando hasta la puerta vidriera, se vuelve apaciblemente hacia Dalmiro.*) Pasado mañana, hermano...

DALMIRO. — (*Interrumpiéndole, exaltado.*) ¡Déjame! ¡Yo recobraré mi alma, mi sueño, mi vida! ¡yo me arrancaré a la fatalidad, a todo mi pasado triste, al sombrío dolor que han ido amasando sobre mí, yo me arrancaré a la tumba donde vivía muriéndome, donde sólo respiraba para sentirme el más desdichado de los hombres! ¡No me reconoces, eh! ¡ya no soy el pobre Dalmiro! Yo conquistaré mi luz, mi amor, mi dicha, aunque mi madre se oponga, aunque el mundo entero se oponga!

FRAY DOMINGO. — Vendré a buscarte.

CARLOS ALBERTO LEUMANN.

Dib. de Larco.

NADA NOS DECIMOS...

Es noche. La luna,
— abierto paréntesis —
parece esperara
concluir una frase,
seguida de estrellas
que son del misterio
puntos suspensivos...

El color se esfuma.
Uniforme el cielo,
semeja una tela
teñida de añil.

El color se esfuma...

Nosotros, muy juntos;
las manos unidas,
y tu cabecita
junto a mi cabeza.
Nada nos decimos,
sólo nos miramos...
Suspiros y besos...
¿Por qué suspiramos?...

La calle dormita
gestando un ensueño.
Sus luces se opacan
filtrando el ramaje,
que llena la acera
de formas capciosas...
Frente a mis balcones
se abre una ventana,



que no tiene luces
ni sabe de flores;
como ellas, marchitas,
atisban curiosas,
ocultas a medias
hurgando las sombras,
algunas vecinas...
¡cuándo las frondosas
ramas de otro árbol
nos cubren y ocultan!
¡Parece dudaran
de que otros se quieran!
¿Acaso no saben
la eterna palabra?
¡Oh!, ¡las engañaron,
pobres!, ¡tantas veces,
que es claro, ni sueñan,
ni piensan, ni quieren!...

Nosotros, callamos,
los labios, juntamos,
y luego... ¡Oh, amor,
te adoramos!...

Las once... En el cielo,
lucen tres brillantes
puntos suspensivos.

¡Mírame mi amada!
¡Junta mi cabeza
con tu cabecita!...

RODOLFO FAUSTO RODRÍGUEZ.

Dib. de López Naguil.



Menudita y nerviosa, arropada con liviana indumentaria negra, que abría en su cuello marfilino, el escote, digno de una «toilet» de «sarao», todas las mañanas subía, a la misma hora, en la estación Mariano Moreno del subterráneo, Irene, una de las tantas obreritas, empleadas en los grandes magazines del centro.

La sencilla como elegante y coqueta «toilet» de Irene, perfilaba su figura, de un «cachet» aristocrático, definiendo un tipo interesante y bello, en el que se destacaba su rostro angelical de «madonna», sin otro artificio, que el que, por simple coquetería, en su «maquillage», hacía que endulzara sus labios frescos, una pasada de carmín; labios que festoneaban su boca expresiva y diminuta.

«La obrerita del subterráneo», era el mote cariñoso con que la distinguían, el grupo de estudiantes, empleadillos de escritorios y demás jóvenes que viajaban diariamente, en el mismo coche.

Sus ojos, de una bondad lujuriosa, chocaban casi *siempre con la* mirada impregnada de tristeza de Raúl, joven estudiante, que pronto terminaría su bachillerato.

De físico varonil, tez suavemente bronceada, insinuante y caballeresco en sus maneras, Raúl, recordaba esos tipos árabes del Líbano, que encantan por sus modales, tan finos como aristocráticos.

Sus temperamentos apocados, diríase que se habían hermanado, gracias a esa corriente de simpatía que, impensadamente, sondea los espíritus, y concluye por fundirlos, al calor de ese lazo invisible, que se va estrechando, conforme cobra intensidad el cariño que los estimula.

El trayecto hasta la estación Perú, lo realizaban, por lo general, en bulliciosa algarabía; cada uno trataba de hacer méritos o parecer más simpático a las chicas que, en alegre legión, festejaban las bromas y chistes y, sobre todo, a la encantadora obrerita, hacia quien se concentraban todas las miradas.

Una interrupción en la línea del subterráneo, originada por el recalentamiento de un eje, fué el primer pretexto que le diera valor a Raúl para romper esa cohibición natural de su temperamento tímido y apocado, alentado por el peligro que los había unido en ese instante.

Un rayo de alegría pasó por Irene cuando oyó el metal sedante de su voz, al interrogarle dulcemente: ¿Avalora usted, señorita, el pánico que habríamos corrido si el accidente no hubiera sido previsto a tiempo?...

—No he podido apreciar, caballero, la importancia del mismo, porque, precisamente, leía un pasaje de mi novela, en el instante que se produjo la parada brusca del coche, y, me había identificado tanto con los personajes de mi libro, que me creía la heroína que sacrificaba su vida, en holocausto a la felicidad que le producía el hallarse en brazos... ¡Ay!... ¡Discúlpeme, caballero! — continuó tras breve pausa.—¡Los nervios!... ¡Efectivamente!... ¡Hemos compartido un serio peligro!...

—No se imagina, señorita, —añadió Raúl, —lo feliz que me considero al poder anotar en el diario de mi vida, esta página de impresiones tan grandes como la de hoy, tan intensamente compartida, en lo que a [illegible] sonriendo.



Irene, bajando la vista como avergonzada, respondíale: Evidentemente, el motormán ha sido un verdadero héroe, no hay duda, al salvar de un grave percance, de un desastre tal vez, a esa caravana, siempre alegre, que tanto envidio, a ese puñado de juventud bulliciosa, que, como habrá visto, no ha dejado de reír, ni tampoco preocupado, de calcular la desgracia que les amenazara...

Momentos después, un expresivo saludo los separaba en la estación Perú.

Meses y meses continuaron realizando el viaje juntos. Trataban de substraerse a la jarana de los demás, pues, enamorados como estaban, no querían vivir en otro ambiente que no fuera el de las idealidades y ensueños. Empero, salvo los saludos de estilo, no cambiaban dos palabras durante el corto trayecto.

A Raúl no se le ocurría la forma de abordar el tema. A veces, deseaba que se produjera otro accidente, ya que él le daría un nuevo motivo para conversar con ella; pero, éste, no se presentaba...

La época de los exámenes se acercaba y sus estudios habíanse ido atrasando poco a poco. Su situación de enamorado, le hacía desviar la atención de sus lecturas, para concentrar su pensamiento en la bella obrerita que tan ardientemente se había apoderado de su cariño. En vano leía y leía, pero, no asimilaba nada. Cuando acordaba, habían pasado varias hojas de su libro y tenía que releer de nuevo, pues, con su distracción, la lectura se había disuelto en su pensamiento...

En diciembre, no encontrándose con suficiente preparación, prefirió, ante la posibilidad de un fracaso, postergar la rendición de exámenes hasta marzo.

Un hábil pretexto lo justificaría ante los suyos, del abandono de las pruebas finales, atribuyendo al «surmenage» la causa de su defección...

Llegaron las vacaciones y tuvo Raúl que ausentarse a la estancia, donde, con su familia y los libros, debía pasar tres meses, durante los cuales, alimentaría su espíritu, abatido, y completaría su deficiente preparación...

Días de largas nostalgias, tardes tristes, puestas de sol enfermizas; en fin, todo lo que pudiera tener la naturaleza de más abrumador para el espíritu, contribuyó al debilitamiento de ese organismo ya enfermo; Raúl, se consumía lentamente, en medio de una desoladora como aplastante aflicción; pues, aprensivo, como era, sabiéndose grave, presentía su fin mejor que cualquiera.

Alarmada la familia ante el derrumbamiento que se presentaba latente y que aquélla estimulaba con torpeza, cuando le decía: ¡Pero Raúl!... ¡Qué delgado estás!... ¡Pero qué horror!... ¡De un tiempo a esta parte te has venido abajo!... ¡Te estás consumiendo! y otras importunidades por el estilo que revelaban una insólita falta de tino, imperdonable en los suyos, concluyó por aniquilar su organismo, en forma tal, que los médicos, reunidos en consulta, aconsejaron a la familia que llevaran al enfermo a las serranías de Córdoba, por más que tuvieran la seguridad de que ese mal no lo curaría, ni el aire puro de la montaña, ni la radioactividad de las aguas, ya que el organismo había sido cruelmente lesionado en su esencia, en su parte más vital...

Como siempre, la comparsa alegre del subterráneo seguía todos los días comentando las incidencias de los exámenes o las alternativas de la guerra.

Irene, siguiendo su hábito inveterado, después de saludar en forma que se descubría una interrogación en la mirada triste, de algo que todos adivinaban pero que discretamente callaban, sin pronunciar palabra alguna, bajaba la vista, e, instintivamente, leía su novela...

Ese día, una ráfaga de tedio envolvía el coche. La misma luz interior oscilante, no brillaba como siempre en toda su intensidad. Emilio, el amigo inseparable de Raúl y compañero de estudios, en contra a su modo de ser, no estaba risueño. Esa tristeza tan comunicativa, que presagiaba una mala nueva, hizo que cesaran las risas en el coche, cuando, con grave emoción, leía Emilio, a media voz, un telegrama fechado en Cosquín, que decía lacónicamente: «Raúl acaba de fallecer, se acordó mucho de todos ustedes en sus últimos instantes»...

Vieron entonces los del grupo que Irene, sin levantar los ojos, en actitud hipnotizante, como petrificada en su asiento, dejaba caer el libro, que nunca abandonara, a sus pies.

Emilio, que no perdía de vista a la obrerita, se apresuró a levantarlo, al propio tiempo que Irene hacía igual ademán. Pudo entonces, al rozar casi su rostro con el de ella, sentir que se ahogaba un sollozo en esa garganta marfilina que tanto le ponderara siempre Raúl, mientras que con ternura le decía, muy quedo al oído: ¡¡Es que la quería tanto!!...

El guarda coche gritaba en ese instante: ¡¡Perú!! y, el numeroso como heterogéneo público de pasajeros, se desbordaba, como todos los días, por las bulliciosas calles del centro, ajeno al drama que en un segundo epilogaba, destrozando el alma sensible de la bella obrerita del subterráneo.

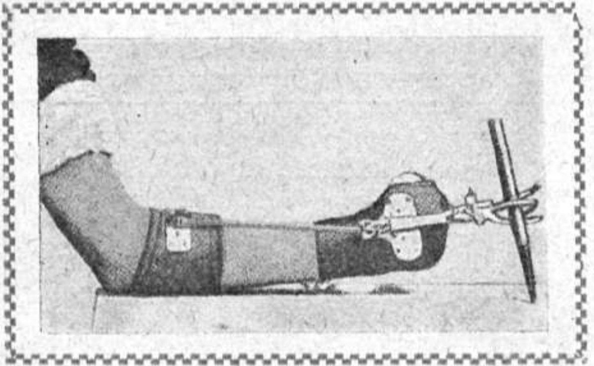
Dib. de Alonso.



TRIUNFOS DE LA PRÓTESIS QUIRÚRGICA

MANOS DE TRABAJO PARA MUTILADOS

Para Caras y Caretas



Mano de carpintero, para el escoplo, etc., compuesta de tres ramas maniobradas por un tornillo de presión. El escoplo está sujetado muy sólidamente en la orientación que se desea, por tres puntos de contacto.

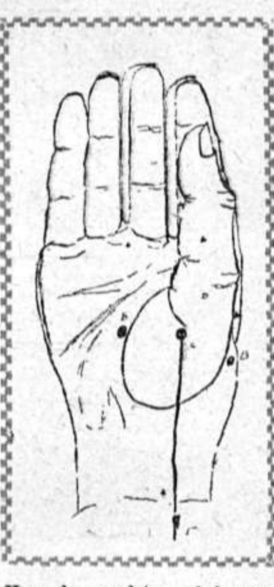
La atroz guerra actual devoradora de hombres, en medio de las ruinas que ha ido acumulando a su paso, del viento de desolación que ha soplado sobre el mundo, ha malogrado en muchos casos sus empeños destructores, respetando vidas que hubiera podido segar, aunque mutilándolas, disminuyéndolas en su integridad orgánica: tales son los lisiados de la guerra, que se cuentan por millares y millares. Para éstos la ciencia, en gran número de casos, parece haber encontrado medios adecuados con que hacer soportable el mal, restituyéndoles en cierto modo a las desgraciadas víctimas la capacidad anatómica y funcional primitiva. A la prótesis quirúrgica, hoy tan adelantada, gracias al celo iluminado de algunos cirujanos, corresponde el mérito de estos resultados. Y uno de sus triunfos, y no de los menores, son las manos de trabajo para amputados, discurridas por el doctor Boureau, de Tours.

Mano de carpintero, para la maniobra de la sierra de cortar madera, del cepillo, la garlopa, etc. Todos los utensilios del carpintero exigen el concurso activo de la mano izquierda, que mantiene y maniobra con la mano derecha la sierra, dirige el cepillo y la garlopa, sujeta los objetos en obra, el escoplo, la raspa, etc.

Partiendo del principio de que es imposible suministrar a las diferentes profesiones un aparato de trabajo con que reemplazar a la mano ausente, siendo así que la especialización del utensilio ha sido llevada muy lejos por las modernas industrias, el doctor Boureau pensó, razonablemente, que más simple que tratar de buscar el aparato universal, que conviniera a todas, era adaptar a cada profesión el utensilio que le conviene, dándola varios si ello fuera necesario. Y la experiencia le convenció que valía más suplir convenientemente una sola función que tratar de buscar un aparato que llenara varias mediocremente. Y pensó también el doctor Boureau, que la suplencia del miembro amputado sólo debía ser para las funciones de la mano izquierda, dado que, el miembro que hubiera quedado válido, desempeñaría siempre las funciones de la mano derecha; y que, por consiguiente, para dotar de utensilios a una profesión dada, el primer punto a resolver, era investigar las funciones de la mano izquierda en el curso del trabajo.

El método de Boureau, ampliamente experimentado en el centro de reeducación de Tours, y basado en la disección de los movimientos y de las aptitudes, ha llevado a su autor, a la construcción de una serie de aparatos adaptados a las necesidades de muchas profesiones, aparatos de funciones complementarias, auxiliares de la mano derecha, manos aptas para el trabajo, que permiten a sus portadores volver a su trabajo anterior o dedicarse a una nueva profesión que les permita ganarse la vida.

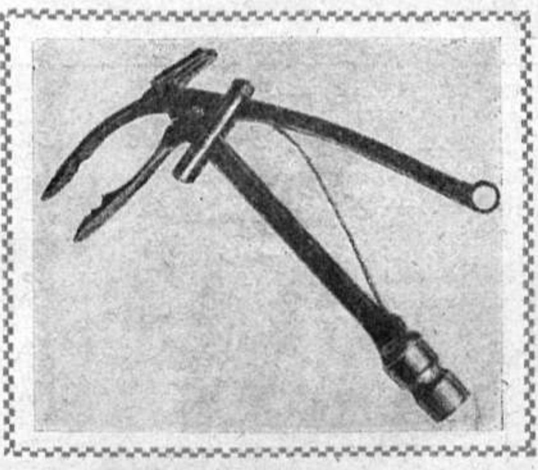
«Tratando de buscar el utensilio de una profesión dada, dice el doctor Boureau, se tienen a veces agradables sorpresas que explican el papel subalterno que desempeña la mano izquierda. La observación permite comprobar que las profesiones, aparentemente muy diferentes, emplean a veces, el mismo instrumento. Así resulta que el aparato destinado al constructor, puede servir para un empleado de comercio, un encuadernador y un fotógrafo, del mismo modo que la mano de un viticultor puede servir para un jardinero, un horticultor.»



Mano de sacerdote. — A A, resortes que sujetan los objetos cogidos; P, pulgar móvil, articulado sobre un eje en B, con tracción sobre el punto C; F, gobierno atado a la palanca del codo.

«En resumen, creo que la prótesis del miembro superior consiste en suministrar al amputado un organismo extremadamente simple, a menudo rudimentario, poco costoso, pero adaptado a los movimientos completarios de que ha menester, y que no tiene relación alguna con la forma del brazo o de la mano anatómicos. Así resulta que para una serie de profesiones, jardineros, viticultores, labriegos, impresores, constructores, zapadores, mecánicos, una serie de aparatos suministra más servicios que un miembro mecánico ingeniosamente complicado.»

Dr. Wilson.



Mano de joyero, de óptico, de mecánico-dentista, etc., formada por dos bocados aplastados, acodados sobre dos ramas; la primera, sujeta sobre el antebrazo artificial, la segunda hacia abajo, móvil a voluntad.

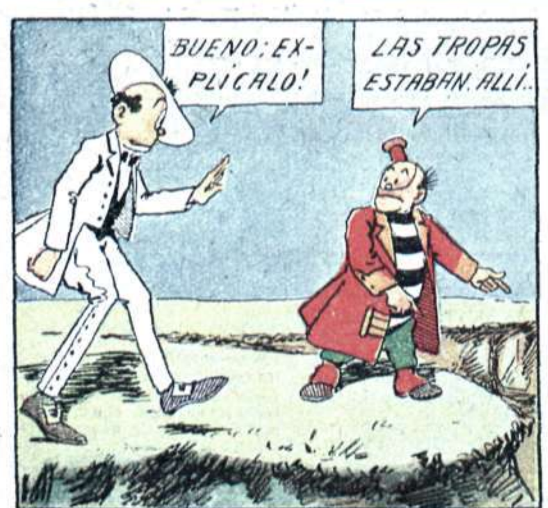


PARA LOS NIÑOS

AVENTURAS DE VIRUTA Y CHICHARRÓN













Calidad
BAU
SIN
RIVAL
REFINERIA DE ACEITES
PUROS DE OLIVA
BAU
CALIDAD EXTRA-FINA
FREIXAS
PURO DE OLIVA

La polvera, el cisne y el libro

Paulina es una niña que tiene instalado junto a su dormitorio el gabinete tocador y el cuarto destinado al estudio y al trabajo.

Noche pasada, Paulina, veló hasta la madrugada, trabajando en una labor para su mamá. Por esa razón, *despertó más tarde aquella mañana.* Mientras se desperezaba, oyó con sorpresa un murmullo de voces que partía de su cuarto tocador. Se levantó inmediatamente y fué a ver lo que ocurría.

También su polvera, soñolienta aún, abría la boca y bostezaba: ¡Aaaaah!

El cisne, que se hallaba a sus pies, la dijo: — Buen día, amiga mía.

La polvera, repuesta ya, contestó al saludo con cierto fastidio.

El cisne. — ¿Estamos de mal-humor esta mañana?

La polvera. — No se puede estar siempre con el mismo humor.

El cisne. — Es verdad; pero ello me disgusta.

La polvera. — ¿Por qué?

El cisne. — ¿Y me lo preguntáis? Sabéis muy bien que os quiero mucho.

La polvera. — Deberíais comprender entonces la razón de mi mal-humor y no ser tan tonto.

El cisne (*con una ligera inclinación*). — Gracias.

La polvera. — ¿No veis a mi patroncita que se vuelve cada día más nerviosa? La veo desde aquí, algunas veces, echada sobre el sofá en su gabinete de estudio con un libro en la mano y dando cada suspiro!...

El cisne. — ¿Y me lo decís a mí? Antes me llevaba cuatro veces al día sobre sus lindas mejillas, sobre su blanco cuello y yo la envolvía toda en una nube de vuestro polvo perfumado. Sentía que me tenía afecto y yo era muy feliz al corresponder a sus *caricias. Ahora pasan los días y las* semanas sin que ella se acuerde de mí. ¡No hubiera creído jamás que fuese tan caprichosa, tan voluble, tan ingrata!

La polvera. — Yo también tengo motivos para estar quejosa. Antes venía a mí cantando y me abría varias veces al día... Ahora se ha vuelto insoportable. Me abandona durante largo tiempo y hasta me hace caer al suelo. Antes daba vueltas por toda la casa, cantando y riendo. Ahora está pálida, melancólica, taciturna.

El cisne. — Os confieso, por mi parte, que me arrepiento de haber querido tanto a una dueña tan ingrata y estoy pronto a escaparme desde mañana para no morirme de fastidio.

La polvera. — Ah sí, mi buen compañero, tenéis razón. Y, si lo consentís, me iré yo también con vos, porque nos ha de ser fácil hallar otra amita menos descuidada y más afectuosa con nosotros.

(*Se oye una prolongada carcajada en el cuarto de estudio*).

Paulina, siempre atenta, continúa escondida detrás de un cortinado.

La polvera. — ¿Quién se ríe de este modo?

Un libro antiguo contesta desde el gabinete de trabajo:

— Soy yo que me río, murmuradores, tontos, que no comprendéis nada y que pretendéis hablar de cosas superiores a vuestra inteligencia.

El cisne. — ¿Y quién eres tú que te permites escuchar nuestras conversaciones y luego nos criticas?

El libro. — ¿Quién soy? Lo veis muy bien. Soy un libro, un simple libro que, para la dueña, es aún más precioso que vosotros, querida señora polvera y más importante que vos, querido señor cisne

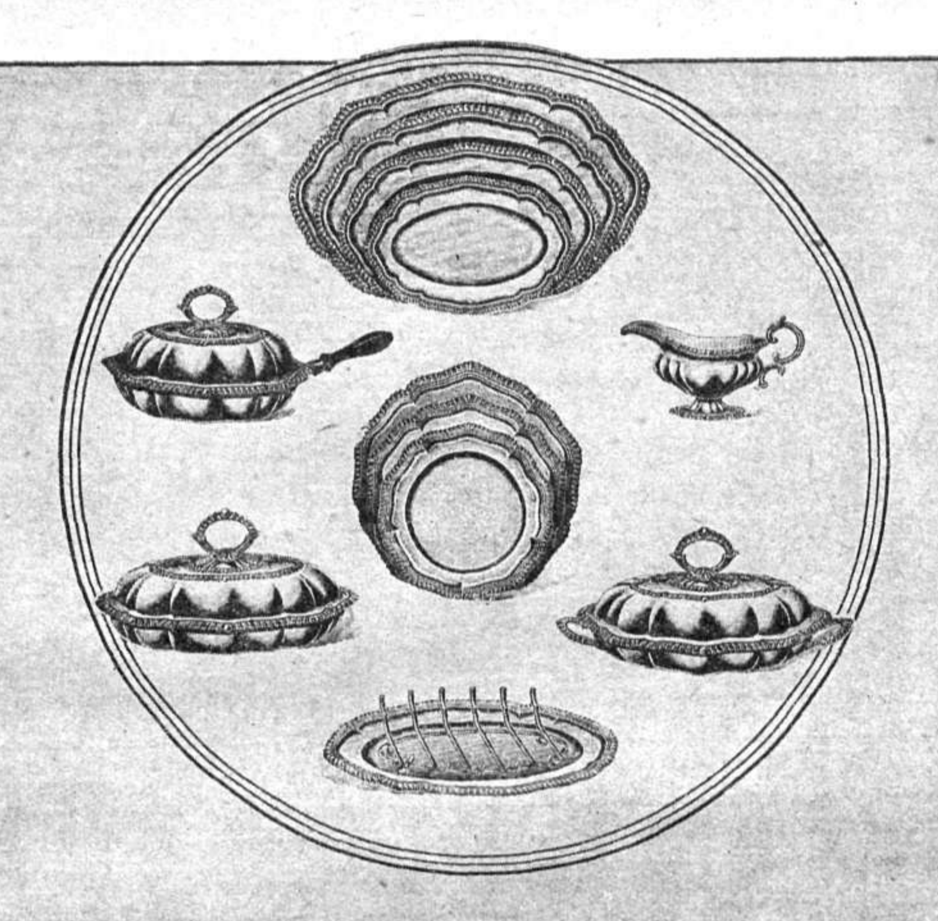
El cisne. — Sois en verdad muy presuntuoso. Nadie tiene el derecho de hablar de esa manera. Y, tenéis que explicarme, ¿qué habéis venido a hacer en esta casa?

El libro (*riendo*). — ¡Ah, ah, ah! ¿Qué vengo a hacer? ¿No comprendéis que mi patroncita ha comenzado a estudiar y que por esta razón hace caso omiso de vosotros? ¡Qué polvo, ni qué cisne! Ahora, estoy yo, están mis numerosos compañeros, queridos míos.

(*El cisne y la polvera se miraron confusos tratando de comprender aquel misterio*).

Paulina, conmovida, corrió a su cuarto de trabajo, rodeó con sus bracitos al libro que tan bien se había expresado, y exclamó alegremente: ¡Adiós coquetería! ¡Vivan los libros! ¡Viva el estudio!

Adelia Di Carlo.



"PLATA PRINCESA"

es decir: ***la eficiencia, la belleza y el servicio práctico de la plata verdadera durante 50 años.***

DAR a un objeto de utilidad práctica todas las altas cualidades de la PLATA SELLADA, eliminando sólo su elevado costo, es lo obtenido por MAPPIN & WEBB al crear su famosa

"PLATA PRINCESA"

Tres méritos reunidos son los que dan a los artículos de PLATA PRINCESA un valor mucho más alto que su costo.

Uno de ellos es que son como la Plata — efectivamente eficientes como la Plata — perfectamente invariables como la Plata — y lo son durante medio siglo, aun en el uso más severo.

Otro mérito es que la PLATA PRINCESA sólo se emplea en artículos de MAPPIN & WEBB — porque es una invención exclusiva de MAPPIN & WEBB — y eso quiere decir que basta que un artículo sea de PLATA PRINCESA para que reuna toda la perfección que garantiza el sello que lleva.

Y el tercer mérito es que, aunque poseen la eficiencia y la duración de la Plata, — son artículos hechos para servir a dos generaciones — no cuestan sino el precio de la PLATA PRINCESA, es decir: el precio equitativo de los buenos artículos.

Mappin & Webb

LA CASA DE MODA PARA REGALOS DE CALIDAD

28 - FLORIDA - 36 Buenos Aires

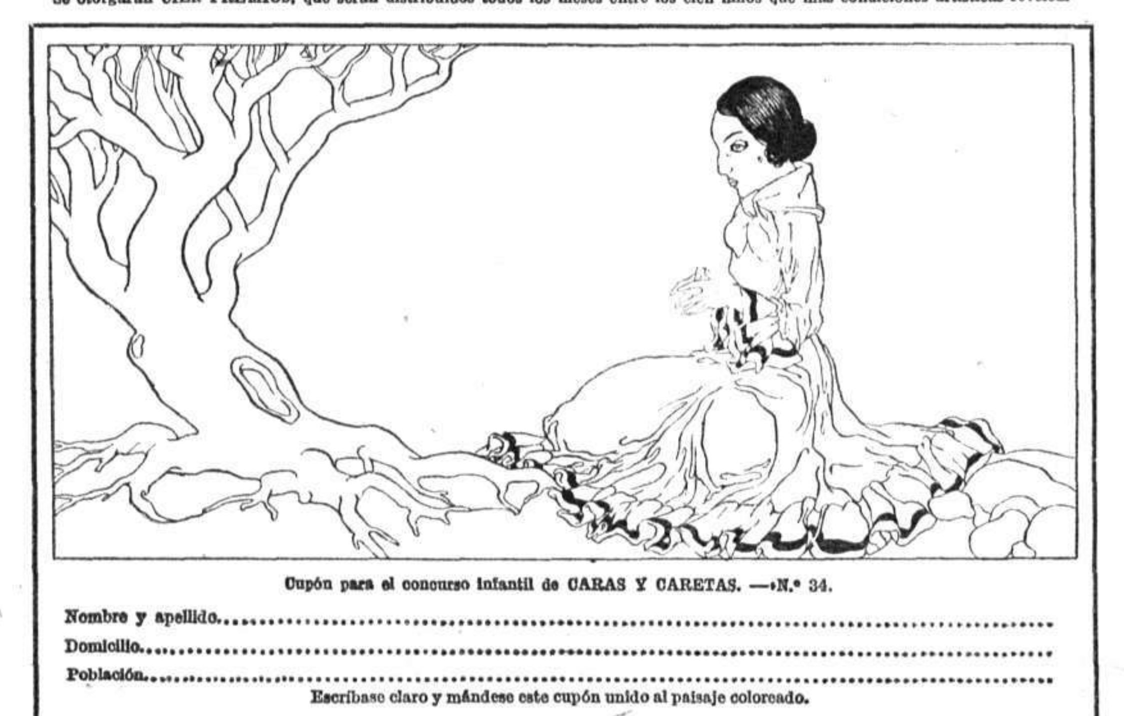
LONDRES PARIS

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



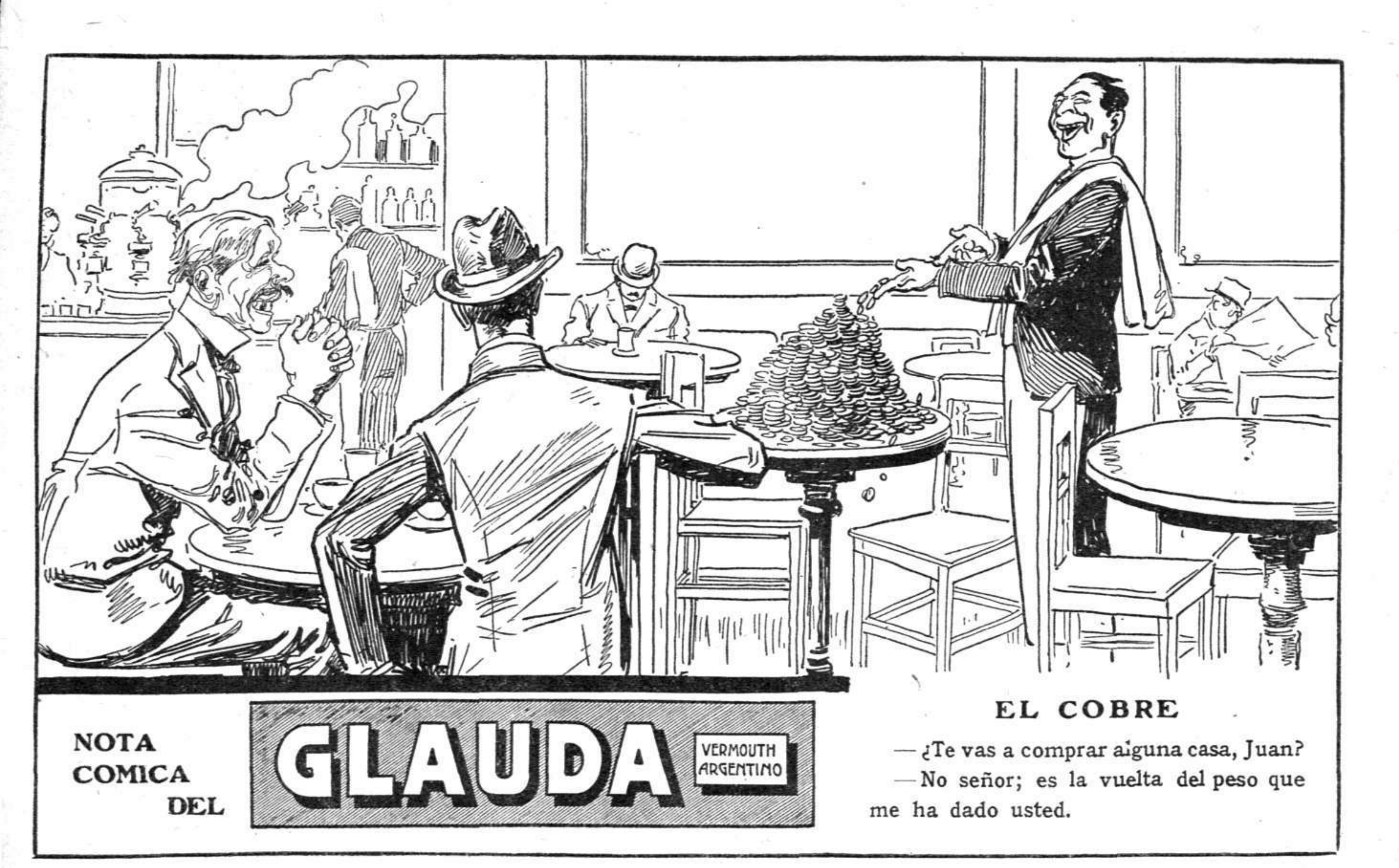
Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. —N.° 34.

Nombre y apellido..

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.


NOTA
COMICA
DEL
GLAUDA
VERMOUTH
ARGENTINO
EL COBRE
—¿Te vas a comprar alguna casa, Juan?
—No señor; es la vuelta del peso que me ha dado usted.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil», CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



130 — Vendedor de diarios.
LUIS CANELA.

141 — Mi vecina, tomando mate.
ELECTRA BRAMBILLA.



142 — En el fondo del mar.
JUAN GARCÍA.



143 — El baile de San Juan.
D. LACIAR.



144 — ¿Cómo te va?.
A. MERRONE.



145 — El remendón.
CARLOS LAVALLETO.

Ni un bocado del desayuno antes de tomar agua

Un vaso de agua caliente con fosfato, impide las enfermedades y nos conserva bien.

De la misma manera que el carbón al consumirse deja tras sí cierta cantidad de material incombustible en forma de ceniza, así el alimento y las bebidas tomados día tras día dejan en el canal digestivo cierta cantidad de material no digerible, el cual, si no se elimina del sistema cada día, se hace alimento de los millones de bacterias que infestan los intestinos. De esta masa de desechos dejados atrás, se forman venenos, como las ptomaínas, que son absorbidos por la sangre.

Los hombres y las mujeres que no pueden sentirse bien, deben empezar a tomar el baño interno. Tomar todas las mañanas antes del desayuno un vaso de agua realmente caliente con una cucharadita de fosfato limestone, para eliminar de los treinta pies de intestinos la acumulación de venenos del día anterior y las toxinas, y mantener todo el canal digestivo limpio, puro y fresco.

A las personas sujetas a jaquecas, resfriados, bilis y estreñimiento, así como a otras que despiertan con mal gusto en la boca, aliento fétido, dolores de cabeza, rigidez reumática, o con acedía o eructaciones después de las comidas, se les recomienda encarecidamente proveerse de un cuarto de libra de fosfato limestone en la botica, y comenzar así a practicar el aseo interno. Les costará poco, pero es lo suficiente para hacer de cada persona un entusiasta de este asunto.

Recuérdese que el baño interno es mucho más importante que el externo, porque los poros de la piel no absorben impurezas para la sangre, lo cual arruina la salud, mientras que los poros del intestino, sí. De la misma manera que el jabón y el agua caliente limpian, suavizan y refrescan la piel, así también el agua caliente y el fosfato limestone obran sobre el estómago, el hígado, los riñones y los intestinos.

El Automóvil para

CIUDAD, CAMPO y TURISMO

Modelos 1918

Doble Faetón..	*$*	*3.050*
Sedán........	*„*	*4.500*
Voiturette.....	*„*	*3.000*

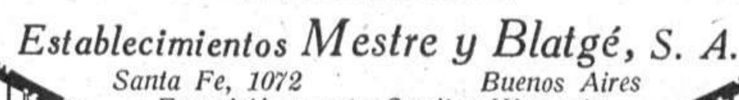


Nombramos Agentes en el interior de la República.

De Marcha Perfecta y Consumo Reducido.

COMODO y ELEGANTE.

Pídanos Catálogo.



Santa Fe, 1072 *Buenos Aires*

Exposición y venta: Cerrito y Viamonte



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

COLABORACION LITERARIA

Martín de Achával, Josefina Almada de Torello, Fernán Félix de Amador, Montiel Ballesteros, Pío Baroja, Delicia R. de Barraza, Pablo Barreto (Joao do Río), Gustavo Barroso (Joao do Norte), Carlos Francisco Borcosque, José María Bosch, Laura H. de Brancht, Emery Bridge, Arturo Capdevila, Antonio Cañamaque, Julián de Charras, Martín de Cleves, Gabriel D'Annunzio, Rubén Darío, Emma Day, Alberto del Solar, Eduardo del Saz, Carolina del Campo de Elía, Eugenio Díaz Romero, Emilio Dupuy de Lome, F. Defilippis Novoa, Pablo Della Costa, Valentín De Pedro, Fleur d'Ombre, Juan Pablo Echagüe, El doctor Misterio, El Suizo de la Guardia, Desiderio Esplugas, Angel Estrada (hijo), Eva, Salvador Farina, Fernández Moreno, Folco Testena, José Gabriel, García Landa, Elisa Gorostiaga de Aguiar, Remy de Gourmodt, Ricardo Güiraldes, Luisa Israel de Portela, Amanda Labarca Hubertson, Alejandro Labougle, La Dama Duende, Selma Lagerlof, La niña boba, Dolores Lavalle de Lavalle, Vizconde de Lazcano Tegui, María Lebem, Enrique de Leguina, Julio Lerena Juanicó, Martina Lezica de Legros, Antonio G. de Linares, Albino Dardo López, Severiano Lorente, Benito Lynch, Juan B. Llanos, Santiago Maciel, Mauricio Maeterlink, B. J. Mallol, G. O. Marden, José Martínez Jerez, Ezequiel Martínez Estrada, Vicente Medina, Emina P. de Mezquita, Delfina Mitre de Drago, José M. Monner Sans, Edmundo Montagne, Víctor Montagne, Sara Montes de Oca de Cárdenas, Florencia Morse Kingsley, Beatriz Eguía Muñoz Cabrera, Amado Nervo, Nicanor R. Newton, A. Nilson Fysher, Alcira Obligado, Pedro Miguel Obligado, Rafael Obligado, Fernando Ortiz Echagüe, Alfredo L. Palacios, Angélica Palma, María Luisa Pawlosky Molina, Herminia Peralta de Dargie, Demetrio de Pereda, Antonio Pérez Valiente, José M. Pérez Valiente, Pierre Loti, Príncipe van Hollard Rodenburg, Enrique Prins, Rosario Puebla de Godoy, Josué A. Quesada, Horacio Quiroga, Achille Ricciardi, José Enrique Rodó, Rojo de Saturno, Rodolfo Romero, Roxana, Enrique M. Ruas, Enrique Ruiz Guiñazú, Felipe Sassone, Serenísima, Bernardo Sierra, Víctor Domingo Silva, Victorio Silva, Rafael Simboli, Alejandro Sirio, Manuela Suárez Abella, Benjamín Taborga, Belén Tezanos de Oliver, Manuel Ugarte, Luis G. Urbina, Julio H. Urien, Teresa Urquiza de Sáenz Valiente, Luis R. Vega, Víctor Andrés, Thérese Wilms.

COLABORACION ARTISTICA

Orestes Acquarone, George Aid, Antonio Alice, Juan Alonso, Eduardo Alvarez, León Bakst, Manuel Benedito, C. Bernaldo de Quirós, Browne, Ceferino Carnacini, Emilio Centurión, Pío Collivadino, José Contreras, F. Corbellani, Pedro Delucchi, Cesáreo Díaz, Néstor de la Torre, Echea, Etcheverry, Fernando Fader, C. Fernández, Juan Fohn, Francisco Fortuny, Rodolfo Franco, José Friedrich, Pietro Gaudenzi, Legout Gerard, Alfredo González Garaño, Alfredo Guido, Richard Hall, Hohmann, Juan Carlos Huergo, Gastón Jarry, Juste, Jorge Larco, Gastón La Touché, Gonzalo Leguizamón Pondal, Gregorio López Naguil, Marín, Martínez Cubells, Manuel Mayol, I. Medina Vera, Eliseo Meifren, Michetti, Miller, F. Mongrell, Higinio Montini, José Moreno Carbonero, Myron Barlow, Nicanor N. Newton, M. Petrone, Juan Peláez, José María Pérez Valiente, Roberto Riambau, Ricciardi, Pedro de Rojas, Lucien Simón, Alejandro Sirio, Joaquín Sorolla, Jorge Soto Acebal, Pedro Subercaseaux, Van Dick, Nicanor Vázquez, Abraham Vigo, Mario Zavattaro, Zoilo Bagués, Ignacio Zuloaga, Arcos, Van Riel.



Reproducciones directas en colores de cuadros de los más afamados artistas argentinos y extranjeros. Impresiones en bicromía y a un solo color.

Papel extra-satinado de la mejor calidad.

PAGINAS EN COLORES

En todos los números de PLVS VLTRA, se publican *ocho* páginas en tricromía y *cuatro* en bicromía, esmeradamente impresas y de acuerdo con los últimos adelantos de las artes gráficas, que permiten admirar las bellezas de los propios originales, pues resultan reproducciones exactas de ellos.

PAGINAS EN UN SOLO COLOR

No solamente se confeccionan cuidadosamente los clisés, sino que empleamos en varias páginas tintas especiales que con una sola impresión producen el efecto de doble tonalidad, con excelente resultado.

EL PAPEL DE «PLVS VLTRA»

De alta calidad, fabricado especialmente para impresiones artísticas, procede de la más renombrada fábrica norteamericana de papeles de lujo. Es objeto de especiales atenciones su fabricación, seleccionándose después *hoja por hoja* para desechar las que presenten el más insignificante defecto.

Sumario del núm. 25 de «PLVS VLTRA», que aparecerá el 31 del corriente

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE "CARAS Y CARETAS"

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre	(3 ejemplares)	$ 3.00 m/n.
Semestre	(6 »)	» 6.00 »
Año	(12 »)	» 11.00 »
Número suelto	....	» 1.00 »

EXTERIOR

Año	$ oro 5.00
Número suelto	» » 0.50

Para subscripciones o números sueltos, dirigirse a todos los agentes de "Caras y Caretas", o directamente a la Administración, Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

En las siguientes oficinas de los "Mensajeros de la Capital", se anotan subscripciones y se venden ejemplares. B. Mitre, 479; Esmeralda, 527; Libertad, 1027; Chacabuco, 330; Callao, 224; Rivadavia, 2854; Rivadavia, 1294.

VENTA PERMANENTE DE NÚMEROS SUELTOS EN TODOS LOS KIOSCOS DE LA REPÚBLICA

Administración de PLVS VLTRA

Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires (R. A.)

Adjunto la suma de $ ....

por un .... de subscripción a PLVS VLTRA

Nombre ....

Domicilio ....

Ciudad ....

Provincia ....

Enlaces



Señorita María V. Martínez, con el señor José M. Lizurrume — Tucumán.



Goyeneche-Corte — De la Garma

Señorita María E. González Monteverde, con el señor Angel Zabala Sierra — Serodino



García-Doffaur — Mon.



Señorita María A. Pratti, con el señor Ricardo Ruiz del Pino — Villa Cañás.

Boschi-Antonini — Chacabuco.



Jacaglia-Oliva — San Luis.



Señorita Juana Maglione, con el señor Juan de Batista — Villa Cañás.



Schultz-Blume — Colonia Zapallar.

CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen CINCO PESOS. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.

El sargento. — ¿Cómo debe limpiarse el fusil?
Un conscripto. — Con una bayeta.
Otro. — Con aceite.
El sargento. — ¡Bah! No saben. El fusil debe limpiarse con mucho cuidado.

P. W.



— La fiesta se efectuará en la mayor intimidad.
— ¿Alguno de los novios está de luto?
— No; pero los dos están de crisis.

JAKE.

Ante la Venus de Milo.
— Vámonos, Juanito, antes que crean que la hemos roto nosotros.

José R.

— ¿Qué edad tiene su vaca?
— Dos años.
— ¿En qué lo conoce?
— En los cuernos.
— Es verdad, tiene dos.

Z. B.

Dos pibes visitan una exposición de perros, los cuales, debido al calor, tenían la lengua afuera.
— ¡Araca! — dice uno. — Nos ha tomao por el médico.

N. E. R.



— ¿Qué tal te ha ido en tu excursión por los Andes?
— ¡Bah! Aquello está tan lleno de montañas que no puede verse nada.

A. Mola.



Jabón Medicinal

Kinsol

Aprobado por el Depto. Nacional de Higiene

"Conserva la Belleza Natural"

50 años de éxitos en todas partes de Europa

Para Señoras

La delicadeza del Jabón Kinsol es sin igual, pues además de imprimir al rostro una suavidad ideal, envuelve a las damas en un vaho de fragancia exquisita, como ningún otro. Es especialmente recomendado para todos los actos de la higiene.

Para Niños

El Jabón Kinsol es universalmente preferido para el tocador de los niños, pues suaviza y refresca de una manera verdaderamente asombrosa, las escaldaduras que constantemente sufren los niños de corta edad.

Conserve el envase del jabón para poder participar de nuestra próxima repartición de premios, que en breve se anunciará.

Remitiéndonos $ **2.50** m/n., se le enviará a cualquier parte de la República, una caja muestra con **tres** jabones.

Beretervide, Leonardini y Cía., Piedras, 170
"Ciudad de México" o "Agencia Erasmic"
Dpto. C.-448, Chacabuco-Bs. Aires








Señora Luisa C. de Cúneo — Rosario. Señorita Manuela Camaño Silva — Capital. Señorita Leontina S. Lazzari — Rosario. Señorita Emilia R. Desani — Rosario. Señorita Aurora Ferraro — Capital. Señorita Graciana Echart — Rojas. Señora Rosa C. de Schiari — Córdoba.



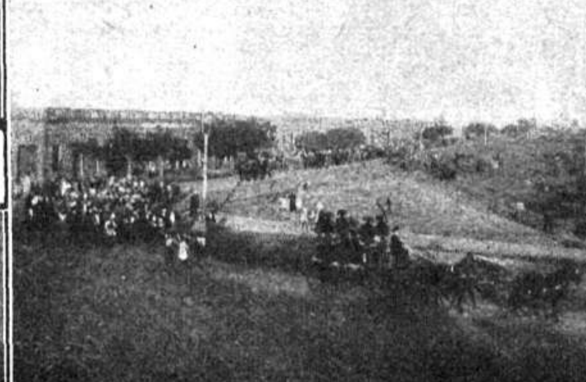


Sr. Abel Beascochea — Buenos Aires. Señor Juan Griffero — Capital. Rdo. Edmundo Welan — Maggiolo.





Señor Javier R. Lima — Capital. Señor Juan B. Cicale — Capital. Señor Carlos A. Rosca — Villa Cañás.



Demostración de duelo a que dió lugar el sepelio de la educacionista señora María Mármora de Nasurdi.


2
Cupones
Envíenos 2 cupones
Canje de Mercaderías, numerados, que se encuentran en las latas de
"GALLETITAS BAGLEY"
y le enviaremos por vuelta de correo, *un librito* titulado: *"Ocurrencias de Carlitos"*, lleno de poses y versos chistosos del graciosísimo "Carlitos".
Escriba con claridad su nombre y dirección
M. S. BAGLEY & Cía. Ltda.
SECCION RECLAME
MONTES DE OCA, 199
BUENOS AIRES
GALLETITAS EXTRA-FINAS
MITRE
M·S·BAGLEY y C.a L.
HESPERIDINA
BAGLEY
EL MEJOR APERITIVO
GALLETITAS
AGUA
BAGLEY

GRABADO DEL CRISTAL AL ESMERIL

De los procedimientos que se usan para grabar el cristal, el procedimiento al esmeril es de los que da mejores resultados.

En un pequeño torno se fija un disco de cobre de diámetro relacionado con el objeto que ha de grabarse. Se cubre la circunferencia del disco con una pasta compuesta de aceite de oliva y esmeril en polvo muy fino; se dibuja sobre el cristal, con una mezcla de goma y albayalde, la cifra o figura que se desea grabar; se pone el torno en movimiento a gran velocidad y en la actitud que indica la figura, se aplican los objetos contra el disco siguiendo los contornos del dibujo.

Para los objetos esmaltados de uso diario, tales como palanganas y baldes de tocador, se aconseja frotar las manchas amarillas que adquieren, con un paño embebido en petróleo; luego, se lavan bien. Los útiles de cocina se frotan con sal húmeda.

Conservación de las pieles de vestir. — Cuando llega la primavera y no se necesitan más las estolas, sacos, capas y manguitos de piel, se ve de guardarlas para preservarlas del polvo y de la polilla. Para este fin se elige un día lindo y seco; se toma pieza por pieza, se sacude y se cepilla el pelo al contrario para quitarle todo el polvo, luego se alisa bien y con mucho cuidado. Se coloca en la caja en que se va a guardar, de modo que no adquiera malas formas ni defectos; así, por ejemplo, un manguito se colocará horizontalmente en la caja, ésta se forrará con papel de diarios y si se quiere, por dentro con papel de seda; no se les pone ni alcanfor ni naftalina, pues el papel de diario es el mejor preservativo y no da ningún olor fuerte. En la unión de la tapa con la caja se pega una tira de papel para cerrar mejor.

La ropa fina de batista y encajes que queda un poco grasienta, se lavará sin estropear si se remoja con bencina durante algunas horas, luego se seca, se exprime y se lava en agua de jabón caliente; se enjuaga bien, teniendo cuidado de exprimir en vez de retorcer.

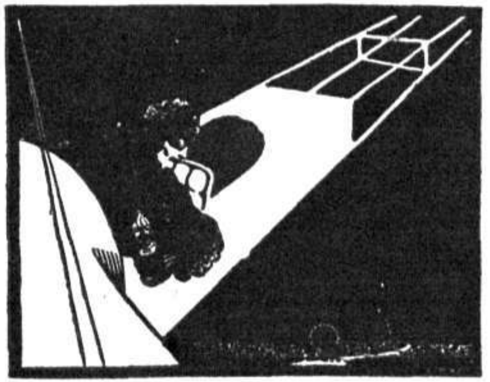
Para escribir con plumas ordinarias sobre hojas de celuloide, que tanto se usan en los jardines botánicos, puede hacerse una tinta compuesta de:

Tanino pulverizado	15	gramos
Percloruro de hierro seco	10	»
Acetona	100	»

Se disuelve separadamente el tanino y el percloruro de hierro en la mitad de acetona y se mezcla.

La celuloide se encuentra en el comercio en hojas de todos colores, y por lo tanto pueden escribirse las etiquetas con tintas de colores diferentes.

PARA LOS AVIADORES



Para los aviadores y todos los que están expuestos al frío, viento, nieve e intemperies! Para evitar resfríos, toses, bronquitis y catarros, es necesario que tomen el Alquitrán-Guyot.

El uso del **Alquitrán - Guyot,** tomado en todas las comidas, en dosis de una cucharadita de café por vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo el resfrío más persistente y la bronquitis más inveterada. Se consigue también, en muchos casos, detener y curar una tisis bien declarada, pues el alquitrán impide la descomposición de los tubérculos del pulmón, destruyendo los malos microbios, causantes de esta descomposición.

Cuando se os quiera vender tal o cual producto en vez del **verdadero Alquitrán - Guyot, desconfiad, es por interés.** Para conseguir la cura de vuestra bronquitis, catarros, resfríos crónicos por el descuido y a *fortiori* del asma y la tisis, es absolutamente necesario que pidan bien en las boticas el **verdadero Alquitrán-Guyot.**

A fin de evitar cualquier error, fíjense en la etiqueta; la del **verdadero Alquitrán - Guyot** lleva el nombre de Guyot impreso en grandes caracteres y su firma en tres colores: violeta, verde y rojo, al biés, como también la dirección: Maison Frere, 19, rue Jacob, París.

P. S. — Las personas que no puedan acostumbrarse al gusto del agua de alquitrán, podrán reemplazar su uso por el de las Cápsulas Guyot, al alquitrán de Noruega de pino marítimo puro, tomando dos o tres cápsulas en cada comida. Obtendrán así los mismos efectos saludables y una cura igualmente segura.

GRAN OFERTA RECLAME. Modelo exclusivo de la

CASA AMERICA

DE LUIS RIGOTTI Y CIA

AVENIDA DE MAYO, 979
(casi esq. B. de Irigoyen), Bs. Aires.

$ 15.-

Espléndida guitarra, construída con todo esmero y con madera extrafina y estacionada de nogal, hermosos mosaicos en la boca y cabeza, cenefa alrededor de la tapa, puente y clavijas finas, diapasón «non plus ultra», voz fuerte y armoniosa como sólo las guitarras América saben tener. La remitimos, con embalaje gratis y método especial para aprender a tocar sin necesidad de maestro, por sólo **$ 15.— Guitarras desde $ 4.50.**

Catálogo N.º 71, gratis.





La Obesidad

se cura con el Té del profesor **Densmore,** de New York, sin dieta y sin la menor molestia. No olvide que **engordar es envejecer.** Vea lo que dice el distinguido médico de La Plata, doctor Gallastegui, a propósito del «Té Densmore»:

«Señores M. Figallo y Cía. — Muy señores míos: Cúmpleme informar a Vds. que el «Té Densmore», que he experimentado en un caso confiado a mis indicaciones, merced a su gentileza, ha producido los mejores resultados. Durante el mes en tratamiento, sin privarse de alimentos que constituían su comida habitual, ha disminuído 5 kilos y medio; y ello sin producir molestia alguna. Saluda a Vds. atentamente. Firmado: Dr. GALLASTEGUI.»

Por instrucciones y precios, dirigirse a los únicos introductores: **M. FIGALLO y Cía., Buenos Aires, calle MAIPU, 212.**



FOSFATINA FALIÈRES

asociada á la leche es el alimento más agradable y el que más se recomienda para los niños, sobre todo en el momento del destete.

Conviene á los estómagos delicados.

***Exíjase la marca* FOSFATINA FALIÈRES.**

Desconfiad de las imitaciones á que sus éxitos han dado origen.

En todas las Farmacias, Droguerías y Tiendas de Comestibles

PARIS, 6, Rue de la Tacherie



AVELLANEDA. — Señor Emilio Barceló.
A los 62 años de edad, falleció, en esta ciudad, dicho prestigioso vecino, de larga y eficaz actuación en la comuna, a la que prestó importantes servicios en el desempeño de numerosos cargos públicos, durante treinta años consecutivos.



El doctor Rodolfo Moreno, pronunciando la oración fúnebre, en el sepelio de los restos.

NAVARRO. — El comisionado señor Pardo, el diputado señor R. A. Pérez, autoridades y vecinos, después de la entrega de la Municipalidad al nuevo intendente, señor Justo Moll.

Los Cantares



Juegos Florales

La reina, con su corte de honor, el poeta laureado y los mantenedores, después de celebrada la hermosa fiesta, que congregó en la sala del teatro Rivera la «élite» de la sociedad de Córdoba. — En el ángulo: el señor Luis Onetti Lima, poeta laureado.

De Córdoba

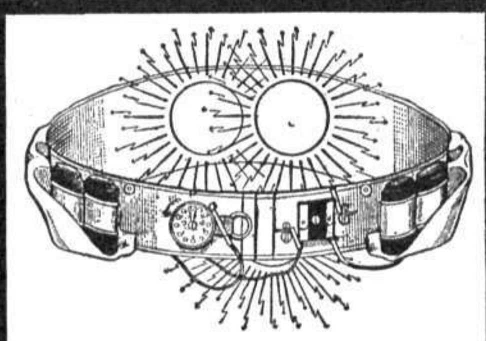
VILLA MARIA. — Banquete que, en celebración de la histórica fecha del 2 de mayo, dieron los miembros de la colectividad española de la localidad, en la «Casa de España».



SORDOS

Con los Tímpanos Artificiales del Dr. Plobner se quita la Sordera y ruidos que privan oir. Colocados al oído quedan invisibles. Precio: $ 12 c/u. Pida folletos, gratis, a Carlos Scheid, calle Carlos Pellegrini, 644 - Buenos Aires.

En Montevideo: Farmacia 25 de Mayo esq. Ituzaingó



Hombres Débiles!...

NEURASTENICOS - REUMATISMO

FALTA DE VIGOR VARONIL. Los enfermos del ESTOMAGO, etc, etc., deben usar el cinturón eléctrico "Robur", del Dr. Berndt a pilas secas y Regulador para graduar la corriente. ¡No producen quemaduras y están siempre listas para usar!

GRATIS Se remiten Libros explicativos, en sobre cerrado. Diríjase a D. Th. Berndt, Carlos Pellegrini, 644 - Bs. Aires. Se atiende de 9 a 9.





Querer es poder

Este es un adagio que no admite discusión, de modo que si usted quiere mejorar de situación está a su alcance el hacerlo.

Diríjase a las **ESCUELAS SUDAMERICANAS** de enseñanza por correspondencia, y en tres meses, pagando pequeñas cuotas mensuales y estudiando en las horas que tenga disponibles en su casa, obtendrá diploma de CALIGRAFO y TENEDOR DE LIBROS que le ayudará a progresar.

Nombre..............................

Calle .... N.º........

Localidad................ F. C.........

Mande su dirección escrita con claridad y le remitiremos nuestros folletos.





REVOLVERES
Velo-Smith, de 10 tiros......... $ 25.—

PISTOLAS AUTOMATICAS
Americana, calibre 7.65 (8 tiros), $ 30.—
Americana, calibre 6.35 (7 tiros), „ 26.—

Los pedidos, con importe, a **G. A. MATUCCI**, Sgo. del Estero, 653. B As.

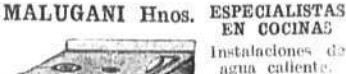
AHORRE TIEMPO Y DINERO
en buscar cualquier artículo de librería y papelería, solicite catálogo a:
SAMUEL KOHAN
Brasil, 1045. Buenos Aires.



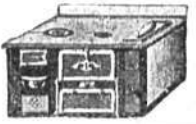
GAS LIQUIDO
Marca registrada
ES EL MEJOR COMBUSTIBLE PARA Lámparas, Cocinas, Calentadores para Baño.
Catálogos y prospectos: GRATIS
R. Haupt y M. Pizza
Fabricantes Importadores
3266 - VICTORIA - 3266. Bs. Aires
U. T., 643 (Mitre)

La antigua y premiada fábrica de H. CATTOI, Cangallo, 1169, ofrece una GUITARRA, réclame, tamaño concierto, adornada en nácar, por sólo $ 15. Embalaje, $ 1.50. —— Gran voz.
CATALOGO GRATIS





MALUGANI Hnos. ESPECIALISTAS EN COCINAS



Instalaciones de agua caliente.
Pidan Catálogos.
MEJICO, 1359. Buenos Aires.

APERITIVO VINO QUINADO KALISAY EL MAS SALUDABLE PRUEBELO

Eusapia Paladino



A los 60 años de edad ha muerto en Nápoles, Eusapia Paladino, la más célebre de los adeptos de Allán Cardeck. Ya no se hablaba de ella; pertenecía al pasado, al reciente pasado del último tercio del siglo XIX; en su época de auge fué un elemento de experimentación y su notoriedad se extendió por todo el mundo, llamando la atención de los sabios más eminentes. Investigadores como Richet y Lombroso dieron crédito a sus experimentos; Ferri, Lebon y otros no menos notables la tacharon de impostora, y tal disparidad de opiniones no debe extrañar ni debe hacer suponer doblez en sus autores, pues cada cual ve las cosas a través del color de sus ideas; por ello dijo Balmes, que antes de leer una historia, es muy importante leer la vida del historiador.

Eusapia Paladino significó, para los que ya sufrían el desengaño del cientificismo, la posibilidad de documentar, dentro de los límites de las leyes naturales supuestas, un movimiento doctrinario menos rudo y menos pesimista, cuya finalidad fuera la reconciliación con las antiguas hipótesis de la supervivencia. El hombre no quiere resignarse a la muerte total, a la definitiva desaparición, y aspira a reducir a una norma real la esperanza del «non omnia morir», que concentra en su austera melancolía las graves ideas de inmortalidad del poeta latino. Eusapia produjo en muchos la ilusión de ese optimismo, más doloroso en el fondo que el pesimismo absoluto de los materialistas. Fué el instrumento del espiritismo y llevó el oficio de «medium» a contornos impresionantes, sin que pueda excluirse de sus experimentaciones sensacionales, lo que había de «profesional» y de prestidigitatorio en sus deseos de persistir como evocadora única y típica.

Tenía para ello las condiciones especiales que reconoce la psicología en los seres de determinada estructura nerviosa. Era un «sujeto», según el sentido técnico del vocablo. Es decir, era una excelente conductora de las fuerzas extrañas. En la edad media habría motivado juntas teológicas e interrogatorios canónicos, como aconteció con tantas mujeres de sensibilidad perturbada y que han muerto en el fuego o han realizado misiones sobrenaturales. Nacida en Nápoles, imantada por aquel sol y aquel cielo, sufrió, desde niña, sacudidas trágicas que desorientaron su fuerte vitalidad y sacaron del cauce normal su vida y sus días.

Vió morir a su padre en un bárbaro episodio de camorra y ese trastorno súbito, esa íntima remezón, pobló su alma de visiones, que más tarde se tradujeron en un sistema y en un oficio. Periodistas notables, — Barzini, — y espiritualistas renombrados, — Jules Bois, — frecuentaron a la mujer misteriosa, que trascendentalizó de este modo la mesita vulgar de las evocaciones comunes y al tejido espirítico que refleja en su trama invisible la imagen ya borrada del mundo.

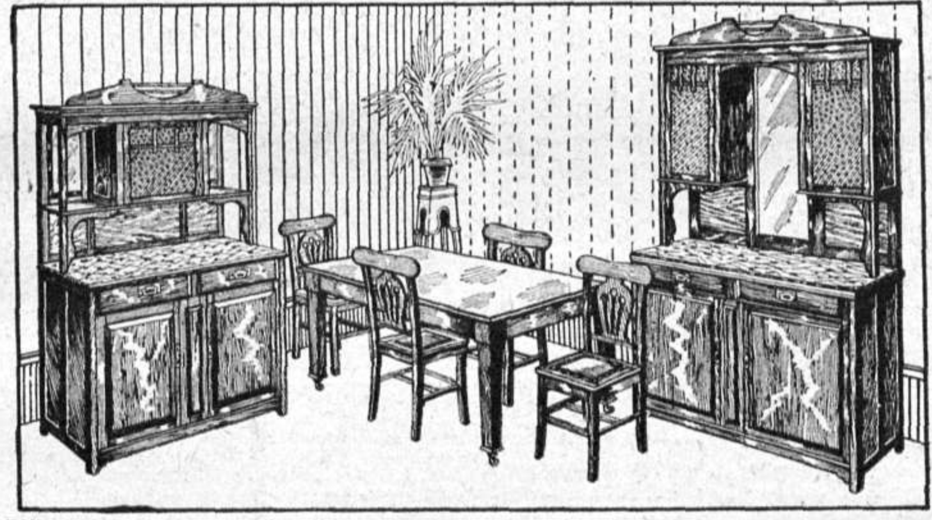
Todas las coincidencias que forman, por así decirlo, la ley de la mediumnidad, se notaron en su castigada naturaleza. Desde las anormalidades de la edad de la crisis, hasta los más nimios síntomas externos, que el doctor Dumas y el profesor Rossi acumulan en observaciones experimentalmente probadas o en detalles históricos documentados con alguna certeza, las reunía Eusapia Paladino, con asombrosa exactitud.

A través de su histeria pintoresca, a través de sus condiciones mediánicas, realzadas por la teatralidad de su existencia, reaparecían las figuras de los muertos, las voces de ultratumba, en ese fenomenismo que popularizaron los espiritistas de vulgarización y que dista tanto de Allán Cardeck como la milagrería de los embrujadores de aldea del misticismo de los santos.

No sólo evocaba al muerto, cuyo recuerdo vivía lúcido en la memoria del hijo o del amado, sino que su potencia misteriosa se manifestaba en expresiones diversas. Practicaba la levitación, materializaba los espíritus, y hasta verificaba vulgares curas.

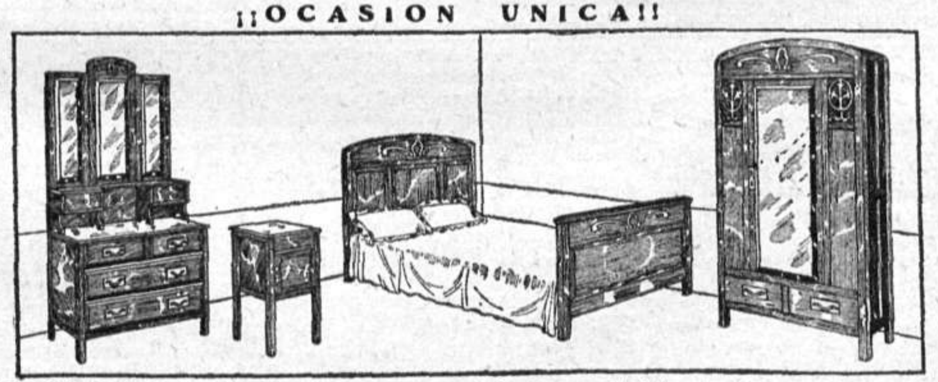
HERMOSO DORMITORIO de roble, Luis XVI, compuesto de: 1 ropero, 1 toilette - cómoda, 1 mesa de luz, 1 cama dos plazas, 1 elástico, 1 percha y 1 toallero .... $ **320**

ESTE MODELO, POR SU COMODIDAD Y PRECIO ECONOMICO, HA TENIDO MUCHA ACEPTACION



BONITO COMEDOR de roble, estilo inglés, compuesto de: 1 aparador, 1 trinchante, 1 mesa para 6 cubiertos, con 1 tabla de repuesto y 6 sillas con asiento de esterilla .... $ **280**

¡¡OCASION UNICA!!



PRECIOSO DORMITORIO estilo holandés, de roble, compuesto de: 1 ropero, 1 toilette - cómoda, 1 mesa de luz, 1 cama dos plazas, 1 elástico, 1 percha y 1 toallero .... $ **230**

SARMIENTO, 1158

BUENOS AIRES

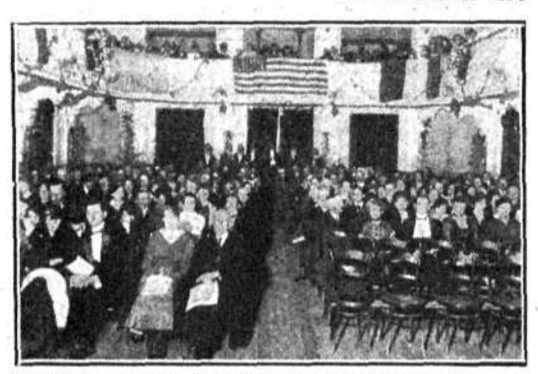
PIDAN CATALOGO



EXPOSICION DE MUEBLES

de todas clases y estilos, a precios sin competencia

FUNDADA EN 1872



QUILMES. — Aspecto del salón-teatro «Cristóforo Colombo», durante la fiesta celebrada por la colonia inglesa, a beneficio de la Cruz Roja.



BERNAL. — Parte del público que concurrió al festival dado por la «Asociación Aliadófila», en el teatro «Regina», a beneficio de los prófugos de las provincias vénetas.



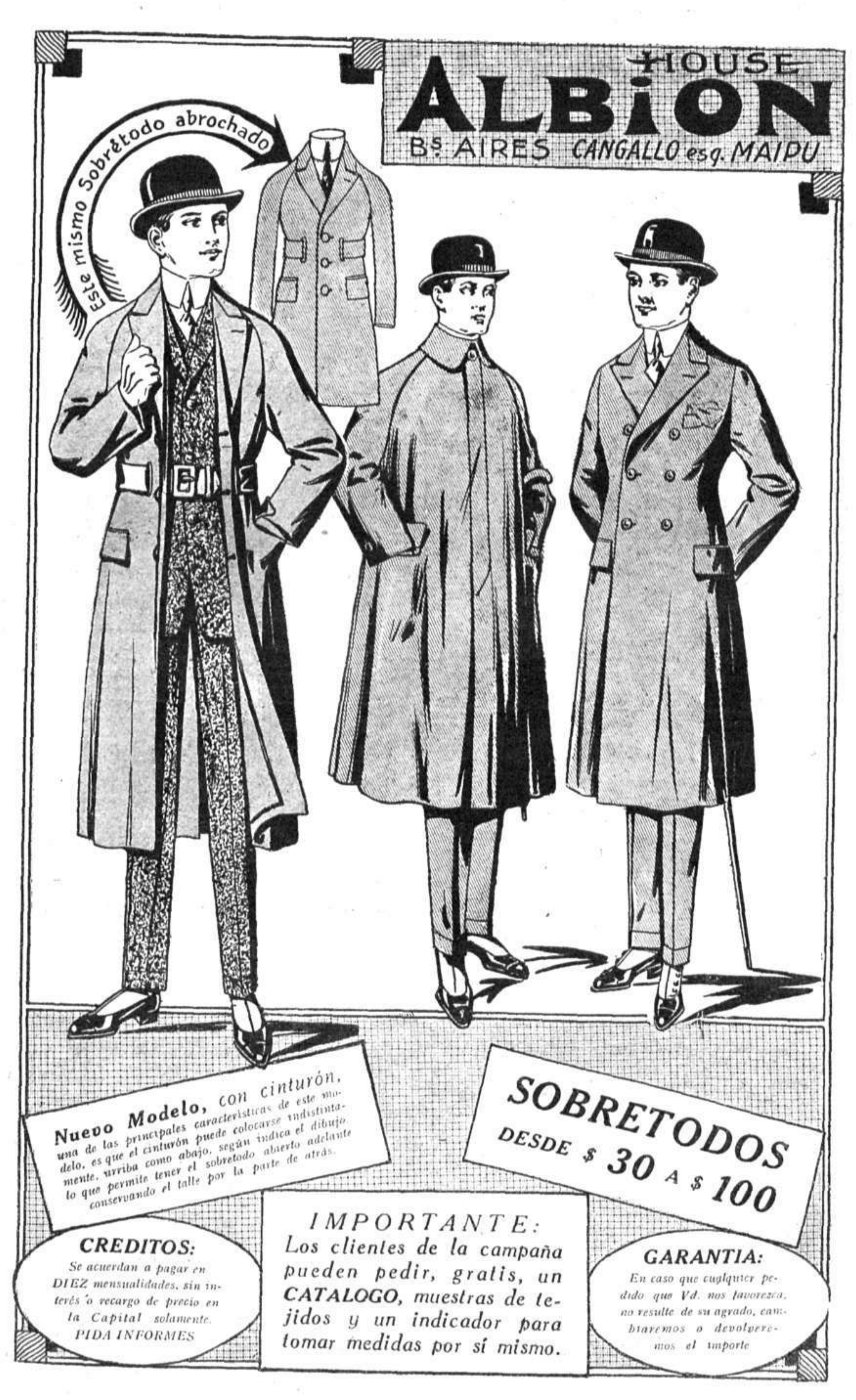
VILLA BALLESTER. — Grupo de vecinos que obsequiaron con un banquete al señor Arturo Sisso, por su ascenso a Inspector General de la Municipalidad.



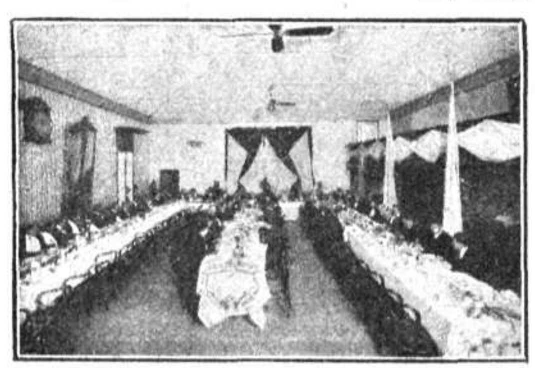
RAMALLO. — Las nuevas autoridades y los concurrentes al lunch ofrecido a aquéllos por el comercio local, en el bar «La Estrella».

Para blanquear el cutis sin recurrir a cosméticos.

El sol deja sobre el cutis sus huellas profundas, bajo la forma de un paño, imponiendo a la piel un colorido obscuro muy difícil en hacer desaparecer. Se pueden tomar precauciones para evitar este inconveniente, protegiendo el rostro con grandes sombreros, gasas, etc. Pero cuando el mal es un hecho cumplido, no hay más que buscar el medio para hacer desaparecer sus huellas. Una fórmula que ha dado resultados sorprendentes y que cada cual puede prepararse en su casa, es mezclar el contenido de una caja de Savilia porfirizada, 5 gramos de glicerina, 10 gramos de agua de Colonia y 100 gramos de agua de rosas. Se pasa esta preparación sobre la cara y las manos una o más veces por día, hasta que el paño haya completamente desaparecido, que es cuestión de dos o tres días para que el cutis recobre el color de la perla que es uno de los mayores encantos femeninos.



HOUSE
ALBION
Bs. AIRES CANGALLO esq. MAIPU
Este mismo Sobretodo abrochado
Nuevo Modelo, con cinturón,
una de las principales características de este modelo, es que el cinturón puede colocarse indistintamente, arriba como abajo, según indica el dibujo, lo que permite tener el sobretodo abierto adelante conservando el talle por la parte de atrás.
SOBRETODOS
DESDE $ 30 A $ 100
CREDITOS:
Se acuerdan a pagar en DIEZ mensualidades, sin interés ó recargo de precio en la Capital solamente.
PIDA INFORMES
IMPORTANTE:
Los clientes de la campaña pueden pedir, gratis, un CATALOGO, muestras de tejidos y un indicador para tomar medidas por sí mismo.
GARANTIA:
En caso que cualquier pedido que Vd. nos favorezca, no resulte de su agrado, cambiaremos o devolveremos el importe



CONCORDIA. — Banquete dado por la Concentración Popular a los candidatos para gobernador y vice, doctores Anadón y Medina, a su llegada a la localidad.



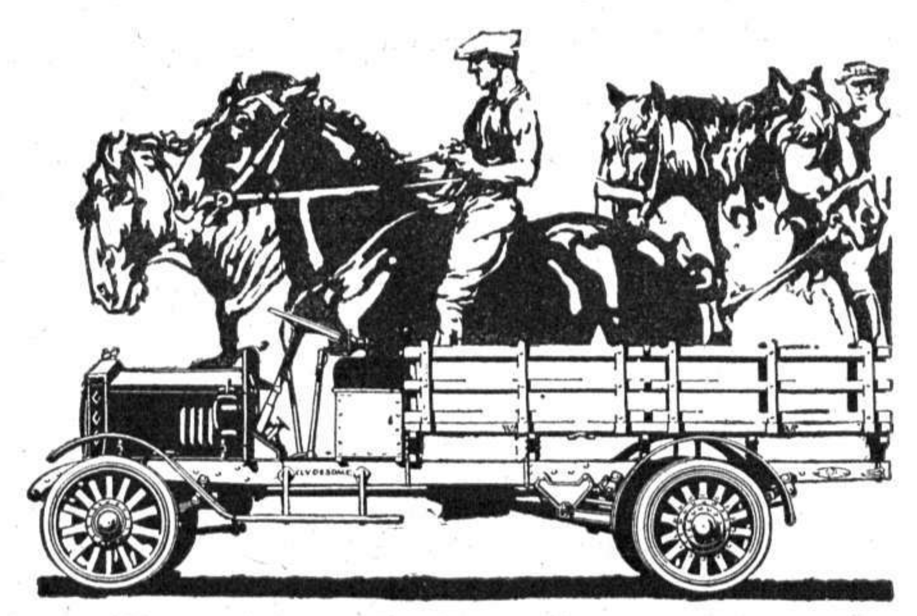
CONCORDIA. — Aspecto del teatro Odeón, durante la proclamación de los doctores Anadón y Medina, hecha por la Concentración Popular.



CONCORDIA. — Los candidatos y su comitiva, visitando la importante granja Giuliani.



VILLAGUAY. — Grupo de empleados de la Sucursal del Banco de la Nación, que atendieron la numerosa concurrencia de colonos a la misma, al cumplirse el vencimiento otorgado por el gobierno nacional para ayudar a la cosecha del año pasado.



El Nombre Histórico "Clydesdale"

El nombre "Clydesdale" que denota los valles de Clyde, en Escocia, ha sido célebre por sus magníficos caballos de tiro, conocidos en todo el mundo por este nombre. Ahora los Autocamiones "Clydesdale" concurren muy dignamente a la celebridad del histórico nombre, llevado hasta los confines del mundo por la poderosa compañía creadora de este incomparable vehículo.

Todos cuantos usan constantemente el Camión "Clydesdale" reconocen que su celebridad está bien secundada.

Los Autocamiones "Clydesdale" se construyen en capacidades de 1 ½ a 6 toneladas.

Rasgos sobresalientes de los Autocamiones "Clydesdale"

Magneto Bosch o Laurine (tipo francés) opcional.

Carburador Zenith.

Transmisión al eje trasero por tornillo sin fin.

Caja de cuatro velocidades (Unidad separada).

Radiador de tubos verticales de cobre.

Armazón maciza con sección central profunda.

Regulador automático "Krebs" que permite a cualquier conductor inexperto el fácil manejo de este camión, sin dañarlo.

Clydesdale
MOTOR LORRIES

Unicos Agentes para la Argentina:

JULIO FEVRE Hijo y Cía. - Bermejo. 940

THE CLYDE CARS Co. - Clyde, Ohio, U. S. A.

"El despertar de los perros a la inteligencia"



El mayor Richardson, pasando revista a los perros del ejército inglés.



Los perros apoyando un ataque en las guerrillas.

En la acreditada revista *Archives de Psychologie*, ha publicado M. William Mackeurie, bajo el epígrafe «Lo probléme du chien penseat de Mannhein», un interesante artículo sobre un perro, el célebre *Rolf*, el cual, según el autor, es un animal perfectamente racional, pensando mejor que muchos hombres, a los que, desde luego, supera por la nobleza de sus sentimientos. Lástima que la guerra que nos aflige en estos aciagos días, no haya permitido seguir las observaciones sobre otros congéneres suyos, que a estar a lo escrito por varios sabios profesores y psicólogos, están *despertando a la inteligencia*. Y de ello no cabe dudar, pues la guerra nos ofrece constantes ejemplos de como el perro, en general, es hoy un poderoso auxiliar del hombre, a cuyo nivel se ha colocado en la tarea destructora que se ha impuesto la humanidad. Los canes figuran ya en unidades de combate, perfectamente organizadas y adiestradas para la lucha.



Salvando obstáculos de altura.



Una carga.



A través del humo de los gases asfixiantes.



Busque esta 

Etiqueta.

Desafíe el sol, vestido de fresco "Palm Beach".

UN traje fresco, conveniente, cómodo, barato y duradero. Lavable como el lienzo y después de lavado, tan fresco y nítido como cuando nuevo.

Trajes de PALM BEACH en colores claros y obscuros se encuentran en la mayoría de las buenas tiendas de artículos para caballeros y sastrerías.

Con toda energía rehuse las imitaciones o substitutos que le presenten.

PALM-BEACH es lo que Vd. necesita. El nombre de "Palm Beach" está registrado en la Oficina de Patentes de los Estados Unidos de América y en países extranjeros. La etiqueta se halla en esta prenda hecha de la tela legítima. También busque la marca en la orilla de la tela comprada por metros.

En Argentina la marca de fábrica "Palm Beach", para tela en piezas, está registrada; la de la ropa hecha está pendiente.

Departamento de A. ROHAUT (Sección O). **Agente para Ventas**
229, Fourth Avenue, Nueva York, E. U. A.
C. D. THURSTON (Sección O), Bmé. Mitre, 1265. Buenos Aires (Argentina)

Exemas, Herpes, Caparrosa, Granos, Rojeces, Impétigos, Soriasis, Intértrigo, Prúrigo, Humores fríos, Zona, Sicosis, Diviesos, Empeines, Enfermedades de la pierna, Ulceras Varicosas, Flebitis,
Manifestaciones sifilíticas.

Millares de curaciones y el constante favor de los médicos del mundo entero, vienen hoy á consagrar la eficacia absoluta de este inimitable medicamento:

El Depurativo Richelet

cuya composición rigurosamente científica lo hace el más poderoso específico contra los vicios de la sangre, todas las enfermedades de la piel y de la circulación, las úlceras de la pierna y las manifestaciones sifilíticas.

JEP

Pídase folleto gratis al depósito general. En Buenos-Aires: Farmacia Franco-Inglesa, 581, Sarmiento. - En Montevideo: J. J. Vallarino é Hijo, Sarandí, 422.

Depósito en todas las buenas Farmacias y Droguerías. — Laboratorio L. Richelet, de Sedán, 6, rue de Belfort, Bayonne (Francia).



CATAMARCA. — Manifestación hecha a la llegada del interventor a la provincia, doctor Fabio López García.



FRAGA (San Luis). — Acto de la bendición del cementerio local, por las autoridades eclesiásticas.



FRAGA (San Luis). — Pic-nic realizado por un grupo de vecinos, en el pintoresco Río V.

Evite Ud. las dificultades de su motor

haciendo que se conserve sin carbón. Las subidas dificultosas — la falta de fuerza—encendido extemporáneo — y en realidad 80% de estas molestias con el motor, se deben a la acumulación de carbón, el cual puede hacerse desaparecer con el

DESPRENDEDOR DE CARBON
JOHNSON

y el motor trabajará mejor que era cuando nuevo. No contiene ácidos ni substancias químicas que perjudiquen el metal. Ud. mismo puede hacer desaparecer todos los depósitos de carbón.

Simplemente ponga una onza de este Desprendedor en cada cilindro, donde se le dejará de 30 á 40 minutos. Entonces se hará andar el motor. ¡Es maravilloso el resultado!

Insista Ud. en que se le proporcione el Desprendedor de Carbón Johnson. Su vendedor puede obtenerlos de nuestros representantes:

Yankee Specialties Agency

Moreno 927. Buenos Aires

Fabricantes:

S. C. Johnson & Sons - Racine, Wisconsin, E. U. A.

APUNTES Y RECORTES



— Señora, por lo visto, su esposo admira mucho el paisaje.
— No crea. Es por ver si le entra algo de carbón en los ojos. Por poco que sea, en estos tiempos de crisis vale un platal.

La «fragata» o águila del mar vuela con tal velocidad que en menos de un día puede trasladarse desde América del Sur al Senegal.

En 1520 se publicó el primer tratado demostrando que la artillería era de efectos muy superiores a las armas portátiles de fuego.

Las minas de Wieliczka se explotan desde hace 600 años. En el día forman una serie de cavernas de más de 100 kilómetros de largo que se internan a 400 metros de profundidad.

Dos mil mineros habitan allí con sus mujeres e hijos, los cuales han nacido y morirán ahí mismo, sin ver jamás la luz del sol. Es una verdadera ciudad subterránea con sus calles, ferrocarriles, plazas públicas, casas. Varias capillas se han abierto en enormes capas de sal: los altares y las estatuas están groseramente entallados en la misma materia.

El carácter español. — El castellano es serio, reservado, franco y atento, amigo de vivir aislado todo lo posible.

El gallego disfruta de excelente fama respecto a su capacidad personal, pero es muy afanoso de lucro.

El vasco es sumamente fiel y ágil, pero inflexible y aún testarudo y «si una vez dice non, non ha de ser aunque sea par.»

El andaluz es sin disputa, el que de más alegre temperamento está dotado: manifiesta siempre más satisfacción de sí mismo que otro pueblo alguno y esto trasciende a todo su ser. Es decidor y alegre, chistoso y amante de la bulla, pendenciero cuando los vapores del vino se le suben a la cabeza, pero fácil en olvidar las injurias y en estrechar la mano a su adversario. Posee una imaginación viva y fecunda, expresándose con vehemencia y usando un lenguaje hiperbólico y pintoresco que sorprende por sus metáforas y sus inagotables agudezas.

Los asturianos son los hombres de mejor pasta de España y de lealtad a toda prueba en cualquier casa donde sirven.



— ¿Se siguen llevando los tapados con el cuello alto y levantado?
— Vea, señora. Eso depende de si es linda o no la barbilla de la que lo lleva.

(Del «Royal Magazine»).



La joya fatal

Romance de intrigas y peligros

(Continuación)

Episodio III — EL PLAN DE CARSLAKE

La llegada de los bomberos al lugar del incendio, anunciada por el ensordecedor toque de las potentes bocinas de los camiones-automóviles, fué lo que motivó la fuga de Ricardo Carslake. De haber demorado éstos algunos minutos más en presentarse, el pillo no hubiera huído precipitadamente sin tener la seguridad de que dejaba muerto a Tomás Carleton, su inesperado enemigo. Pero temía ser atrapado por la policía y que se descubriera su tenebrosa vida, por lo que no vaciló en ponerse en salvo para proseguir solo, y ya dueño del campo, las investigaciones tendientes a la recuperación del famoso anillo del Dios Violeta de Daroon.

En verdad, Carleton, el joven periodista, no había perdido el conocimiento sino por unos pocos instantes, dado que el golpe que con el mango del revólver le asestara el ex secretario del banquero Standish, no resultó muy extremadamente rudo. Asíque, al volver en sí, pudo incorporarse y llegar junto a la pared donde se encontraban empotradas las palancas que movían el complicadísimo mecanismo de la cámara de la muerte.

Al moverlas en sentido inverso a como las dirigiera Carslake, no sospechó siquiera en el socorro que prestaba a los infelices condenados, a quienes las gruesas paredes de piedra apretaban cada vez más. Sólo cuando abrió la puerta de acero de la cámara de la muerte, pudo comprender la verdadera importancia de su acción rápida y oportuna.

Sus ojos vieron con horror el estrecho pasadizo creado por el avance de las paredes hasta que él, sin saberlo, las había hecho detener. Apenas si se distinguían entre las sombras, las siluetas de los desesperados prisioneros. En la primera persona en que se fijó fué en Perla Standish, y rápido, al verla desmayada, quiso auxiliarla; pero Knox, que seguía a ésta en colocación, la empujó para adelantarse él. Ante ese arranque de rudo egoísmo, impropio de un caballero, Carleton aplicóle a Nicolás un fuerte golpe en el rostro, que lo hizo retroceder tambaleante y caer sobre uno de los sectarios árabes.

— Ahora, permítame que la ayude, — dijo Carleton a Perla, al extender sus brazos para sostenerla. La niña no contestó nada; se hallaba todavía bajo la angustiosa impresión de los horrorosos momentos pasados. Recién cuando su salvador la dejó en lugar propicio, donde las corrientes de aire eran más puras, pudo agradecerle, con la dulce expresión de sus bellos ojos, el bien recibido.

Mientras esto sucedía, la Sacerdotisa y sus fieles sectarios abandonaban la casa rápidamente, sin tener para Carleton una sola frase de reconocimiento.

Knox, a quien ya le pasara la ceguedad de aquel arranque brutal, contemplaba con envidia al salvador de Perla. Le dolía que la niña fuera atendida con tanta solicitud por el desconocido caballero. Se declaraba humillado por sus acciones innobles; pero no quería demostrar su arrepentimiento y menos procurar ocasión para que el desconocido se inmiscuyera en el misterioso asunto del diamante violeta.

Así, pues, maquinaba su cerebro una rápida combinación gracias a la cual Carleton fuera declarado sospechoso ante los ojos de la rica heredera. ¿Cómo hacer eso en trance tan desventajoso para él? Forzosamente debía recurrir a una estratajema que hiciera dudosa o interesada la actitud del noble salvador.

Recordó que aun guardaba en uno de sus bolsillos, el anillo que le quitara a Perla, aprovechando un desfallecimiento de la niña, y al ocurrírsele una idea vengadora, sonrió con malicia. Iba a eliminar para siempre a Tomás Carleton del círculo de los amigos de Perla.

Consolándose con este pensamiento, Knox fué el último en salir de la casa incendiada. Una vez afuera, casi en los fondos del edificio, pudo ver a Perla Standish que con inmensa gratitud hablaba a Carleton.

— No sé qué decirle, ni cómo agradecerle su intrepidez... — murmuraba la niña enajenada de alegría. — ¡Le debo mi vida!

— No me dé las gracias, — repetía Carleton visiblemente emocionado. — Cualquier otro en mi lugar hubiera hecho lo mismo. ¡Soy yo quien debe agradecer a usted la oportunidad de hacer el papel de héroe!...

Perla, mientras le tendía una mano, agregó:

— Es usted muy modesto. Si alguna vez necesita de una amiga sincera, pronta a ayudar a usted, acuérdese de mí. Soy Perla Standish.

Al oir el famoso nombre de la millonaria, aturdido, no supo qué contestar. Después que se repuso agregó con cierta mal disimulada tristeza:

— Lo mismo digo yo, señorita Standish... Quedo a sus órdenes. Me llamo Tomás Carleton, y pertenezco al «Diario de New York».

— ¡Ah!, ¿es usted un repórter?...

— Sí, señorita. Y como repórter me interesaría saber cuanto ha ocurrido en esta casa. Perla halló simpáticos los ojos de Tomás, y le parecía el periodista tan franco y caballeresco, que iba a comenzar la explicación pedida, cuando Knox, acercándose, le advirtió severamente:

— ¡Tenga cuidado con lo que le diga a ese hombre!... ¡Es otro asociado de la Orden del Dios Violeta de Daroon, y está buscando el diamante violeta!...

Sorprendida, Perla miró a su salvador con atención. No le parecía un malvado ni siquiera vulgar falsario. Pero, instintivamente buscó el anillo que con tanto celo había guardado. No estaba en su sitio.

Desengañada, Perla volvió a mirar a Carleton, que a su vez la observaba con toda serenidad. Esta vez la niña no comprendió la sincera expresión de aquellas miradas tranquilas e interrogantes, y creyó cuanto afirmaba Nicolás Knox.

— ¡El anillo!, — exclamó ansiosa. — Yo no lo tengo. ¡Me lo han robado!

— ¿Ha visto, usted? — le contestó Knox, afectando inocencia.

— ¿Qué anillo?... ¿Qué quieren decir ustedes?, — preguntó Carleton, completamente confundido. — No entiendo lo que significan esas palabras... Dios Violeta... y diamante violeta... Explíquense.

Antes que Perla pudiera responder se acercó a ellos un vigilante, y Knox puso su mano sobre el brazo de la niña, mientras le decía en voz baja, deteniéndola:

— Tenga mucho cuidado. Ahora no diga nada.

Perla asintió y trató de disimular su embarazosa situación.

— ¿Qué hacen ustedes aquí, dentro de las líneas de fuego?, — preguntó de mal modo el policía recién llegado.

— Estas personas acaban de ser salvadas, — contestó Carleton, sin decir una palabra de la parte que a él había tocado en el salvataje tan extraño e inesperado. — Y yo soy repórter.

Al enseñar el carnet que lo acreditaba como tal, el agente le dijo:

— Tendrá usted que mostrárselo al jefe. Nosotros tenemos orden de no permitir a nadie en estos lugares peligrosos.

— Muy bien, — agregó, tranquilo, el joven periodista, —y después de saludar respetuosamente a la señorita Standish, desapareció seguido del policía.

Perla, a pesar de todo lo ocurrido, tenía la convicción de que Tomás Carleton se hallaba ajeno a los misteriosos sucesos relatados.

¿Lo volvería a ver? Era indudable que sus palabras habrían ofendido al valeroso repórter. Pero, entonces si no fué Tomás Carleton quien le sustrajo el codiciado anillo, ¿cómo pudo extraviarlo o quién pudo robárselo?

———

La crónica redactada por Carleton sobre el siniestro en Elm Street, número 20, no decía nada de los prisioneros encerrados en la cámara de la muerte, ni describía el tormento de las paredes movedizas, ni las trampas secretas de que estaba llena la casa de Ricardo Carslake. Se limitaba a una breve noticia sin detalles, tanto para satisfacer a la dirección del diario como la curiosidad de sus lectores.

Por qué Carleton había desaprovechado la ocasión de lucirse extraordinariamente, publicando todo lo sensacional que observara en aquella casa, se explica con claridad. No quería comprometer el nombre de la señorita Standish, envolviéndola en un asunto intrincado en el que perdería los prestigios de su posición social. Además, si de ella hubiera hecho mención, provocaba un escándalo mayúsculo, y la niña iba a ser molestada por las autoridades policiales a los efectos de las escrupulosas investigaciones pertinentes. Fué, pues, por consideración a la simpática Perla, que dejó, por primera vez en su carrera periodística, de adelantarse a todos sus colegas, dando la nota informativa más amplia e interesante.

La noticia referida se publicó en breves líneas, tal cual la escribiera Carleton; pero en la siguiente edición del diario, apareció otra más detallada y completa, en la que, minuciosamente, se informaba del resultado que dieran las inspecciones oculares dentro del chalet de Carslake.

Al día siguiente, cuando Tomás Carleton se presentó ante el redactor-jefe, pudo notar el enojo que su actitud, tachada de inexplicable, había causado en la redacción.

— Carleton, — díjole el redactor, — me parece que usted ha perdido sus habilidades tan probadas para las cosas sensacionales.

— ¿Por qué, señor? — preguntó sorprendido Tomás.

— ¿Cómo por qué?... Es ridícula su pregunta. Si no hubiese sido por su compañero Bill Hacket, que a pesar de haber ido al lugar del incendio una hora más tarde que usted, trajo las informaciones extraordinarias que ayer publicamos en la última edición del diario, ¿de qué nos hubiera servido su presencia? ¿Dónde tenía usted los ojos para no ver todo lo que vió Hacket? Sepa usted que las informaciones que trajo no valían absolutamente...

Carleton pensaba en esos instantes en la señorita Standish. La veía sonriente, afectuosa, y recordó la escena del día anterior, cuando le agradeció ella que le hubiera salvado la vida. Y sin hacer caso del enojo del redactor-jefe, sonreía ilusionado ante la graciosa imagen que se reflejaba en su fogosa fantasía.

— ¿Con que no tiene nada qué decir?... — preguntó de bastante mal talante el redactor.

— No señor, — asintió Carleton. — Es decir, nada que pudiera satisfacer a usted.

— Bueno, Tomás, no podemos tenerle confianza si va a echar a perder noticias tan importantes como éstas; así, pues, desde hoy en adelante usted se ocupará de la sección: «Navegación».

Carleton sonrióse amargamente. De tal modo pagaba la dirección del diario todos los buenos e inolvidables servicios que había prestado hasta la fecha. No cabía duda, no existía el aprecio para la persona en sí, digna y correcta, que invariablemente con sus crónicas daba realce notorio a la publicación, sino para el valor de las noticias traídas... Poco importaban los méritos obtenidos a costa de cruentos sacrificios anónimos; la cuestión era saciar la sed que de noticias sensacionales tenía el público, aunque para ello fuera menester desmoronar la posición social de cualquiera, o herir a mansalva a quien menos lo mereciera.

— Muchas gracias, señor, — dijo a su jefe. — Espero que usted me sabrá competente para anotar las entradas y salidas de los vapores...

El redactor se rió; comprendía las irónicas frases del buen repórter.

— Así lo espero, Tomás, — agregó en seguida, mientras se disponía a continuar su labor interrumpida.

— Buenas noches, — díjole Carleton al tiempo de retirarse de la oficina.

Una vez en la calle, el aire fresco logró reanimarlo más. Es que Tomás Carleton quería tanto a su profesión que no soportaba el trabajo rutinario a que se le había condenado inmerecidamente.

Pero... ¿acaso no era por Perla por quien sufría? Este consuelo surtió efecto en su voluntad, y, con rápido paso, pensando siempre en aquella divina criatura que había conocido de modo tan fortuito, se dirigió hacia los diques del puerto.

Nunca una mujer habíale causado tan honda e intensa impresión. Y no era porque se tratara de Perla Standish, nada de eso, puesto que se sintió profundamente atraído por ella, antes de saber su nombre. Lejos estaban sus pensamientos para relacionar los sucesos tenebrosos de la casa de Carslake con la vida de la más rica de las millonarias norteamericanas.

Además, bastábale saber quién era el objeto de su vivísima simpatía y la posición que ocupaba en el gran mundo aristocrático, para que amenguara la pasión despertada en su pecho.

Bien comprendía que entre ella y él, un abismo infranqueable hacíale imposible a su dignidad, toda quimera amorosa...

Pero, a pesar de que no esperaba volverla a ver jamás, y de comprender que entre ellos no podría existir relación alguna, gozó infinitamente el placer de haberla socorrido y ocultado su nombre al referirse en la crónica al incendio criminal en Elm Street.

Cuando llegó a los diques, su espíritu no se encontraba tan enteramente deprimido, y sobreponiéndose a los acontecimientos pasados, esperaba un tema grato para resarcirse fácilmente con una buena información.

Un vigilante se acercó a Carleton, interrogándolo acerca de su presencia en lugares tan desiertos, y éste le explicó su situación, exclamando:

— No se alarme usted, buen agente. Soy repórter del «Diario de New York». ¿Se extraña encontrarme inactivo?, pues espero tranquilamente la llegada de un submarino alemán...

Ambos se rieron de buenas ganas, y luego se separaron como antiguos conocidos. Carleton siguió caminando sin mayor prisa, iba absorto en sus pensamientos. El día se prestaba para un paseo semejante, era tranquilo y aunque soplaba viento del mar, el sol trasmitía a las cosas un calorcito agradable y reconfortante.

No había andado mucho nuestro hombre, cuando se oyeron dos consecutivas detonaciones que partían, al parecer, de la bahía. Tomás se detuvo para escrutar el horizonte.

Sus ojos pronto hallaron, a poca distancia de donde se encontraba parado, una lancha motor que estaba vacía.

Sin vacilar, de un salto salvó la distancia que lo separaba de la embarcación, e inmediatamente puso

en marcha el motor. Poco tardó en separarse de los diques con la velocidad que le había impreso a la frágil y ligera lancha. Se dirigía Carleton al lugar donde le pareciera habían partido las dos detonaciones.

———

Expliquemos al lector lo que les ocurriera a Perla Standish y a Nicolás Knox, después de haberse librado de la muerte en el chalet incendiado. Ambos jóvenes se despidieron aquel día, citándose para volver a inspeccionar lo que quedara de la casa de Ricardo Carslake, en la mañana siguiente.

Muy sin ganas, Knox había cedido a esas pretensiones de la niña.

— Usted sabe muy bien — dijo Perla en cuanto se presentó nuevamente Knox — que Carslake es nuestra única esperanza. ¡A usted sólo le queda un día y a mí trece; pero no estoy dispuesta a tranquilizarme como usted, hasta que no haya dado con el diamante violeta!

— Muy bien, — contestó Knox, encogiéndose de hombros, — marchemos en seguida si así le parece... No creo que adelantaremos gran cosa...

— Creo que menos adelantaremos quedando inactivos, — repuso Perla.

Veinte minutos más tarde, los dos jóvenes se dirigían en automóvil hacia Elm Street, número 20. No habían recorrido siete cuadras, cuando Knox, gritándole al chauffeur, hizo detener la veloz marcha del vehículo, mientras llamaba la atención de Perla, sobre algo que sucedía en la calle.

— ¡Mire! — exclamó agitado. — Aquel hombre golpea brutalmente a una niña.

Perla dirigió sus miradas al sitio que le indicaba su acompañante, y vió a una señorita que aparentaba tener su edad y su misma estatura, riñendo con un hombre alto y bien puesto. La muchacha vestía humilde traje negro, y de su sombrerito caía tupido velo que le cubría, en parte, su pálido rostro.

Cuando el automóvil se detuvo cerca de estos sujetos, Perla advirtió que el hombre sacudía violentamente a la desconocida del velo negro, y que ésta, con ademanes suplicantes, pedía auxilio a los pasajeros del automóvil.

Rápidos, Perla y Knox corrieron al encuentro de los que reñían.

— ¿Qué significan esos modales para con una niña? — exclamó Perla, indignadísima contra el hombre en cuestión. — ¿Cómo puede atreverse a tratar tan groseramente a una mujer?

— ¡Es que esa sinvergüenza pretendió robarme cinco mil pesos! — contestó con enojo el interpelado.

La muchacha vestida de negro, bajó la cabeza, avergonzada por las palabras que profiriera el desconocido. Perla, conmovida, contempló fijamente su rostro apenado, y luego tomándole una mano, le dijo:

— No puede ser... ¿Verdad, niña, que no es cierto?

— Sí, es cierto... — contestó entre sollozos. — Yo necesito el dinero... ¡Oh, cómo lo necesito!...

— Podrá ser cierto que usted lo necesite, pero no ha de obtenerlo en esta forma,—repuso enojado el hombre.

Knox, al divisar a un vigilante, díjole a éste:

— Si el señor desea hacerla detener, ahí viene un vigilante...

El otro vaciló.

— Bien es verdad que esta ladrona merece un castigo, pero es el caso que no tengo tiempo disponible porque debo tomar en seguida el tren.

Después de soltar a la muchacha volvió a guardar su cartera y se retiró saludando con frialdad a Perla y a Knox. La atribulada niña iba a seguirlo; mas no pudo sostenerse, parecía que la debilidad la extenuaba, acaso fuera el hambre lo que la inducía al robo...

— Espérese; no se vaya. Quiero hablarla — exclamó Perla — vivamente impresionada.

La muchacha se detuvo atraída por la dulce voz de la heredera.

— ¿Por qué quería robarle a ese señor? ¿Para qué necesita usted ese dinero? Dígamelo; yo podría ayudarla...

— ¡Quería salvar la vida de mi hermano!... — balbuceaba entristecida. — El pobrecito se suicidará... a menos que consiga por algún milagro cinco mil pesos...

— ¡Cinco mil pesos!... — repitió Perla.

— Exactamente la cantidad que aquel señor tenía en su cartera, — agregó Knox.

La muchacha asintió moviendo con tristeza su cabecita.

— Yo le seguía desde el Banco... — dijo. — Estuve allí también, para levantar un préstamo, pero no me lo facilitaron... ¡No me dieron nada! Luego lo vi a él y...

El llanto cortó sus palabras.

— Pero, ¿por qué su hermano precisa tanto dinero con urgencia? — preguntó la señorita Standish, con aire protector.

— Es la obra de un enemigo — repuso la muchacha. — Hace algunos años, mi hermano cometió una... una mala acción. Poco tardó en arrepentirse, y desde ese entonces su vida es irreprochable. ¡Vivíamos juntos tan felices! hasta que se presentó un malvado...

— ¿Alguno que lo conocía de antes? — preguntó Perla.

— Sí, señorita. Ese malvado amenaza con informar al patrón de Ned, sobre su pasado, a menos que le paguemos por su silencio cinco mil pesos... Aquí tengo la carta del vil... Ya comprenderán ustedes que yo no he dicho más que la verdad.

La muchacha abrió una cartera negra y sucia que llevaba consigo, y extrajo una carta estrujada, la que entregó a Perla.

Cuando ésta leyó la firma quedó perpleja, y llamando la atención de Knox, púsose a leer en voz alta el contenido de la misiva. Decía así: «El precio de mi silencio es cinco mil pesos. Ya sabe usted que no ando con vueltas para realizar mis intereses. O me los paga inmediatamente o divulgaré cuanto sé sobre su pasado. Elija lo que pueda agradarle más: su actual colocación o la cárcel. En las condiciones en que se encuentra le debe ser fácil obtener esa suma de su patrón. No me importan los medios de que usted se valga para cumplir con este su excelente amigo: *Ricardo Carslake.*»

Los dos jóvenes se quedaron atónitos ante la prueba irrefutable de la audacia del ex secretario. ¡Por qué casualidad tan extraña venían a dar nuevamente con la pista del malvado aventurero!

— Vea, niña, — dijo Perla, — yo le daré el dinero que le hace falta; pero no lo llevo conmigo, así es que usted deberá acompañarme hasta mi casa.

— No tendremos tiempo, buena señorita, — arguyó la desconocida. — Mi hermano está desesperado y ha jurado que se mataría... ¡que se mataría!... Tiemblo... tal vez no lleguemos a tiempo aun ahora...

Otra vez el llanto le impedía articular las palabras indispensables para hacerse entender.

— Vaya usted con él, y dígale que le he prometido prestarle el dinero, — propuso Perla.

— ¡Ah, no!... ¡No me creería! Diría que yo pretendo engañarle para impedir su muerte. — Después de vacilar un instante, agregó: — Si la señorita quisiera molestarse en acompañarme... ¡entonces sí que lo creería!

Perla y Knox quedaron conformes.

— ¿Dónde está? — agregó ella.

— Cerquita de aquí. En el yath de su patrón, que se encuentra amarrado en el dique.

— Muy bien, — dijo Perla; — vámonos todos en mi automóvil.

Subieron al lujoso coche que les había aguardado durante el desarrollo de estas escenas, el que se encaminó velozmente hacia el sitio indicado.

La señorita Standish tenía entre sus enguantadas manos las de la muchacha, y las acariciaba de vez en cuando con el propósito de serenar a ésta.

No sólo la buena acción que realizaba la llenó de alegría, sino que por esa circunstancia imprevista, la pista de Carslake facilitaba sus investigaciones para dar con el famoso diamante violeta del Daroon.

Llegados al dique, no fué Perla la que con menos prisa descendió del automóvil. Los tres subieron en seguida a un bote para ser conducidos al yath donde servía el hermano de la desconocida.

Era el yath muy hermoso y se llamaba «The Sea Queen». Sin dificultades subieron, momentos después, abordo. La muchacha que acompañaba a nuestros dos amigos, se acercó a uno de los oficiales que se encontraban en cubierta, y le dijo:

— Soy la hermana del señor Wrainham; desearía hablar con él, si el señor me lo permitiera...

— En seguida, señorita, — contestó el oficial, llamando a un ordenanza.

Esto los llevó a un lujoso camarote donde hallaron a un caballero entrado en años, que fumaba mientras leía tranquilo un diario.

— ¡Oh, capitán Richardson! — exclamó la muchacha vestida de negro. — Quisiera hablar con mi hermano.

— ¡Ah, sí! — repuso el capitán, sin levantar los ojos del diario, no dando importancia a los recién llegados.

— Mire usted que nos trae un importante asunto, — dijo Perla, extrañada de la poca cortesía del viejo marino.

El capitán no contestó, ni hizo ademán de llamar a Ned Wrainham, como se lo pidieran los visitantes. Nadie se explicaba la extraña conducta de aquel hombre. Knox iba a protestar por el desaire inferido, cuando oyeron tras de sí el ruido de una puerta que se abría y se cerraba violentamente. Los tres jóvenes se dieron vuelta. Frente a ellos no apareció Wrainham. Era Ricardo Carslake, quien revólver en mano, con una sonrisa triunfal, los amenazaba. En el primer momento, Perla creyó que Carslake los había seguido desde los diques, y que con audacia increíble hubiera penetrado abordo a viva fuerza, pero la actitud del capitán y de la muchacha que allí los condujera, la desengañaron pronto.

— Bien hecho, Eva, — dijo Carslake a la joven vestida de negro; — usted y Welsh trabajaron muy bien en esta divertida comedia... Señorita Standish y señor Knox, ¿qué les parece el plan que tracé para atraparlos? Ahora sí que ya no me molestarán más. Sírvanse entregarme los revólveres.

La situación de Knox no era como para pretender defenderse, y así fué como los cómplices del ex secretario, desarmaron a los sorprendidos jóvenes.

— Eva, lleve a la señorita Standish a su camarote y enciérrela. Después vuelva aquí, para regresar juntos a tierra, — ordenó Carslake.

— En seguida, señor, — contestó la muchacha. Era evidente que ella servía al pillo con la mayor devoción.

— Venga, señorita Standish, — díjole.

Perla obedeció con aparente calma, aunque estaba indignadísima.

Cuando la puerta del camarote se había cerrado tras ella, Carslake se volvió hacia Knox, con miradas de extremada crueldad.

— Ahora, señor, sírvase entregar el anillo del diamante violeta.

— No lo tengo, — contestó Knox.

— Sí, lo tiene, — dijo Carslake. — Si usted me obliga a hacerlo revisar, es posible... que mi gente lo maltrate. ¿No le parece más conveniente que lo entregue así a las buenas para evitarse molestias?

Knox comprendió que Carslake tenía razón y poder suficiente para cumplir cuanto decía; así que entregó el anillo.

— Muchísimas gracias, amigo Knox. — Carslake sacó del bolsillo el codiciado diamante violeta y lo engarzó en el anillo; después, repuso sonriente: — Perfectamente, escuche señor Knox. Usted y la señorita Standish van a realizar un largo viaje por países desconocidos... así que les deseo un feliz viaje...

Knox guardó silencio. Carslake abrió la puerta de la cabina que correspondía a Nicolás, y le dijo cortésmente:

— Tenga la bondad de pasar, señor Knox.

Viendo que era imposible toda protesta, obedeció. Luego Carslake echó la llave. En este momento aparecía nuevamente la señorita vestida de negro

— ¿Ya está lista, Eva? — dijo Carslake; — bien. — Y dirigiéndose al capitán, agregó: — Nadie sabe que estas dos personas están abordo. Ya me comprende. Si algo les sucediera... no recibirán auxilios... Ahora, a obedecer estrictamente mis órdenes.

Carslake y la muchacha bajaron del yath a una lancha-automóvil que los aguardaba a babor. El primero dirigió la ligera embarcación.

A prudente distancia del muelle, la desconocida enlutada, con gran habilidad, descompuso, con el taco de sus zapatitos, uno de los tubos de alimentación del motor, y la lancha comenzó a detenerse.

Carslake, que no había reparado en la hábil maniobra de su compañera de viaje, disgustado, se dispuso a reparar lo que creía fuera una simple falla de la máquina.

Mientras tanto, la muchacha, aprovechando su descuido, le arrebató el revólver del bolsillo, y, corriéndose hacia la otra banda, lo amenazó resuelta.

Carslake no sabía qué partido tomar, y su sorpresa fué aumentada cuando la muchacha se levantó el velo que le cubría el rostro. Era Perla Standish, la que, con el vestido de su cómplice, lo ponía ahora en jaque vergonzoso.

¿Qué había pasado en aquel camarote, en el que se encerraran las dos jóvenes? ¿Habría sido traicionado? No atinaba a explicarse el enigma de semejante transformación.

Perla fué quien lo sacó de su aturdimiento, al decirle:

— No debe usted inquietarse, señor Carslake, su amiga Eva está descansando plácidamente en el camarote que su gentileza... me había reservado. No se enfurezca, no le ha pasado nada de malo. Ella pretendió cumplir sus órdenes, y yo, aprovechando un descuido que tuvo, la desmayé al pegarle con un jarrón... Lo que después pasó, usted se lo imaginará al verme vestida con el traje de Eva...

Carslake se enfurecía ante las incontenibles carcajadas de la niña, y mucho más cuando ella le exigió la devolución del anillo y del diamante. Pero no pudo vacilar, e hizo entrega de la joya.

— Ahora, sea usted amable, y dirija la embarcación hacia la Capitanía del Puerto, — díjole Perla.

Carslake obedeció, aguardando un descuido... que no tardó en llegar. Y rápido se abalanzó sobre su rival, la que tuvo que luchar desesperadamente para desasirse del pillo. Perla descargó por dos veces el revólver, aunque sin dar en el blanco; pero Carslake, viéndose perdido, pues las detonaciones serían oídas por la policía del Puerto, se tiró al agua.

Fueron estos dos tiros los que había oído Tomás Carleton, al hallarse en el muelle en busca de noticias para el «Diario de New-York».

También los oyeron los policías de guardia de aquellos lugares, así que, cuando la lancha manejada por Perla llegó a la Capitanía, se hallaron listos para acompañarla hasta el yath, donde todavía seguía secuestrado Nicolás Knox.

Mientras tanto, el valiente Carleton se aproximaba al «The Sea Queen», en la embarcación que había encontrado desocupada.

Perla Standish, en tanto que la lancha se dirigía a toda marcha hacia el yath, agitadamente, explicaba a los policías:

— ¡Abordo del «The Sea Queen», que pronto ha de zarpar, se pretende llevar a un hombre para asesinarle!

En el yath de Carslake todo era confusión. Los marineros iban y venían, sin atinar a soltar amarras para cumplir las órdenes de su propietario. En la cabina principal, el capitán, que había llamado a su presencia a Nicolás Knox, le exigía la entrega de una fuerte suma de dinero a cambio de la libertad. Knox se impuso enérgico, porque comprendió que se le quería engañar alevosamente. Dos marineros armados con palos le esperaban afuera para asesinarlo. Iban a lograr el criminal plan concebido por Carslake, cuando Knox pudo encerrarse en uno de los camarotes que encontró a su paso, dejando burlados a sus enemigos.

Al llegar la policía al yath, se produjo la más espantosa de las refriegas. Los marineros y oficiales no se dejaban prender, y se defendían con furiosa tenacidad. De ambos bandos caían heridos y muertos, que iban siendo reemplazados por otros hombres igualmente decididos.

A Perla la atacaron tres rudos marinerotes cuando Tomás Carleton pisaba la cubierta del «The Sea Queen». En seguida corrió en defensa de la joven, y a golpes de puño puso fuera de combate a los bandidos.

Al quedar solos Carleton y Perla, apareció Knox, que había podido escapar sin ser visto por sus secuestradores, y acercándose a la joven le dijo:

— No se fíe de ese hombre; ya le dije que también anda en busca del diamante.

Sin que Carleton pudiera defenderse de semejante acusación, Perla se retiró con Knox, dejándolo cabizbajo.

¿Por qué seguía Nicolás, empeñado en desacreditarlo ante los ojos de la señorita Standish?, pensaba el joven periodista.

Ricardo Carslake, que pudo salvarse llegando a nado hasta la orilla, se dirigió después a un paraje cercano donde residían unos chinos amigos.

En el momento que cuatro de éstos se entretenían jugando a los naipes, se abrió una de las paredes de la pequeña habitación y penetró en ella Carslake; refirió a sus amigos cuanto le había ocurrido y las causas que lo obligaban a llegar con sus ropas mojadas hasta ellos.

— Entonces lograron rescatar la joya, — díjole uno, una vez que el recién llegado terminara de explicar sus hazañas.

— ¡Oh! Ellos van contentos a entregarla a la Alta Sacerdotisa; pero, ¿ustedes creen que la entrega del diamante les hará felices? ¡Quién sabe lo que les sucederá en el templo!



Episodio IV. — CASTIGO INJUSTO

Una vez que abandonaran el yath, donde Carslake había pretendido embarcarlos con el objeto de darles muerte para desembarazarse de ellos, Perla Standish y Nicolás Knox, contentísimos porque poseían el anillo y el diamante tan afanosamente buscado, se dirigieron hacia el templo del Dios Violeta de Daroon.

Era el edificio, donde se rendía culto a la divinidad asiática, escueto; se componía de muros completamente lisos, con dos grandes ventanales sencillos. Su aspecto disimulaba las riquezas de los adornos árabes de puro estilo, que había en su interior. Una simple verja de hierro servía de puerta de entrada al mismo, y sobre ella pendía de una ménsula el extraño farol oriental que continuamente se hallaba encendido. Después de la verja, un abovedado corredor, obscuro y frío, comunicaba con las primeras estancias destinadas a los ritos de los ídolos menores y a la alcoba del hermano-guardián.

Al llegar Perla y Knox a la entrada del templo, uno de los sectarios que hacía guardia, les impidió el paso; pero en cuanto los jóvenes lo advirtieron que traían buenas noticias del desaparecido diamante de su dios, no insistió en su negativa y dejó franca la entrada. No habían andado mucho por el corredor cuando se les apareció otro árabe, el que los acompañó hasta la cámara sagrada. Un acólito hizo repicar la campana con toques del ritual del Dios Violeta, llamando a la Alta Sacerdotisa. El espeso humo del incienso daba a la escena un misterio que atemorizaba, y Perla, que no comprendía esos extraños ceremoniales, ni el por qué de tanta sandez religiosa cuya fe llevaba, como lo había visto, a esos locos sectarios hasta el sacrificio de sus vidas y aún al crimen, le parecía que soñaba con pasajes de novelas fantásticas... Todo lo sucedido y cuanto veía a su alrededor era verdaderamente, según su modo de pensar, sólo el producto de mentalidades primitivas o locas. ¿Podían existir en una de las más adelantadas ciudades del mundo, sectas como ésa, con tanto poder para llegar a los extremos a que llegaba la del Dios Violeta de Daroon?

De esas meditaciones la substrajo un detalle que le llamó la atención. De la pared que ella tenía enfrente, se retiró automáticamente un block formado por gruesas piedras, dejando una abertura a modo de puerta, por la que hizo irrupción al recinto, la Alta Sacerdotisa. Acto seguido, el block volvió a encajarse en su lugar, quedando tan bien combinadas las juntas de las piedras, que hubiera sido difícil descubrir la trampa.

La Sacerdotisa con altanero aire, invitó a los jóvenes a explicar el motivo de su presencia. Knox no podía hablar por la alegría que sentía al llevar la joya que tantos sacrificios le había costado, e hizo entrega de ella a la sacerdotisa, que temblorosa agitaba después en sus manos el anillo que lucía el diamante violeta. Uno de los sectarios no pudo reprimirse y se la arrebató para examinar la piedra con una lupa. Los jóvenes aguardaban ansiosos el resultado del examen, y quedaron sorprendidos cuando el árabe, lanzando al suelo la piedra, exclamó furioso:

— ¡Tonto! ¡Esto no es un diamante, es un pedazo de vidrio!

Perla y Knox protestaron, explicando cómo lo habían conseguido de manos de Carslake; pero todos los circunstantes se volvieron indiferentes a sus justas protestas, y clamaban castigo para quien, según ellos, pretendió engañar al sagrado dios.

La Alta Sacerdotisa ordenó a uno de los sectarios trajera el libro de los castigos para que se eligiera el que correspondía a Nicolás Knox. Perla temblaba de emoción, comprendiendo el fin que tocaría a su compañero al hallarse en manos de aquella turba de despiadados truhanes que invocaban un dios irrisoriamente grotesco para saciar sus perversos instintos. Una vez que trajeron el libro pedido, la sacerdotisa ordenó que vendaran a Perla, con el objeto de que ella misma, con un estilete, indicara la página en que debía abrirse el grueso volumen, a fin de dejar señalado el castigo que merecía Nicolás. Por más que pretendiera huir, Knox no lo consiguió; potentes brazos lo sujetaban junto a la insensible Sacerdotisa. Perla no tuvo otro remedio que obedecer cuanto le ordenaran aquellos malvados, y su trémula mano recorrió por repetidas veces el canto del libro. Al hundir el estilete, la sacerdotisa abrió el volumen en la página indicada por la joven, y en alta voz, con toda solemnidad, leyó los castigos que estaban impresos en gruesos caracteres, y decían: «Quémensele los ojos. Arránquesele la lengua. Arránquesele las uñas. Córtensele las orejas. Cuélguesele por los pulgares. Aplíquensele cincuenta latigazos en la espalda. Márquesele la frente con el sello.»

Al escuchar la lectura de semejantes martirios, Knox palideció presa de indescriptible terror. La Alta Sacerdotisa obligó a Perla a señalar con el estilete uno de los antedichos castigos. Una vez más la temblorosa mano de la joven recorrió la página, para detenerse en una de las líneas del texto.

La sacerdotisa, después de leer el castigo elegido, exclamó con resolución:

— ¡Apliquésele a Nicolás Knox, cincuenta latigazos en la espalda!

Inmediatamente el muchacho fué conducido al cuarto de los tormentos. Una vez allí, se le desnudó hasta la cintura; y, amarrado por gruesas cadenas, lo pusieron cara a la pared, en cuya posición fué azotado por uno de los más robustos sectarios.

Ante ese cuadro, Perla prorrumpió en gritos y en manifestaciones hostiles para los verdugos; pero, bru-

talmente, los árabes la hicieron callar, y en brazos de uno de ellos se desplomó desvanecida. La Sacerdotisa, radiante de alegría, contaba con fruición los latigazos que le aplicaban al infeliz Knox.

Cuando Perla recobró el conocimiento, Nicolás se hallaba tendido en una camilla.

— Ya no le queda a Knox, más que un solo día para recuperar el verdadero diamante; traigan las yerbas verdes y aplíquenselas en las heridas, para que no tenga luego ni el pretexto del dolor, si llega a fracasar otra vez, — dijo tranquila la Alta Sacerdotisa.

Los árabes, después de hacer el saludo de la Orden, obedecieron. Luego que se hubo vestido Knox, se retiró, acompañado de Perla, de aquel abominable templo. Una vez en la calle, Perla díjole a su desgraciado amigo.

— ¡Ahora sí que creo en la maldad de esta gente! Bueno sería, mi pobre amigo, que supiéramos el significado de los jeroglíficos del anillo. Vaya usted a descansar unas horas, que pronto continuaremos nuestras investigaciones.

———

Cuando Tomás Carleton llegó a la redacción del «Diario de New York», horas más tarde de suceder los acontecimientos a bordo del «The Sea Queen», lo preocupaba no sólo el amor que sentía por Perla, sino el vehemente deseo de descifrar el novelesco asunto del diamante tan tenazmente ambicionado, y en el cual comprendía, por haberlo oído, se mezclaba una secta llamada del Dios Violeta. Pero lo que no se explicaba era por qué la rica heredera de míster Standish, veíase envuelta en tan extraña aventura. Pensando en esas cosas fué como se introdujo en el despacho del redactor-jefe, y le pidió permiso para comenzar las averiguaciones del caso a fin de publicar más tarde un folletín que lograra entusiasmar a sus habituales lectores. Su jefe le recordó el fracaso que tuviera al escribir la información del incendio en Elm Street, haciéndole presente que además, su empresa le resultaba utópica, ya que bien era posible que la señorita Standish lograra enamorarlo o bien de otro modo, sobornarlo con dinero. Tomás Carleton, estuvo a punto de enfadarse seriamente ante las groseras advertencias de su jefe, pero lo contuvo la certeza íntima de su seguro triunfo en la partida proyectada.

Ante las serias insistencias y seguridades que daba el repórter, el redactor terminó por aceptar aquellas proposiciones. Carleton, visiblemente conmovido por la aceptación de sus proyectos periodísticos, salió a prisa de la redacción, rumbo a la casa de la señorita Standish.

———

Frente a la residencia de Perla, ésta y Knox se despedían de la tía Matea, para dirigirse a Chinatown, población cercana a New York, donde esperaban que un célebre profesor chino, les descifrara los jeroglíficos labrados en el anillo.

Media hora más tarde, a la partida de los jóvenes, llegaba Tomás Carleton solicitando entrevistarse con la dueña de casa. Fué recibido por la tía Matea, quien sospechando fuera éste uno de los tantos bandidos de la Orden del Dios Violeta, lo atendió de mal talante, diciéndole solamente que su sobrina se había dirigido con el señor Knox a Chinatown. Carleton quedó pasmado y más aún cuando, sin despedirse, la tía Matea le cerró la puerta de calle en las narices. De inmediato Tomás se dirigió también hacia esa población china.

No tardaron mucho Perla y Knox, en llegar a su destino; descendiendo del automóvil en la tienda de Ah Singh, que así se llamaba el mencionado profesor chino. Este caballero los recibió muy cortesmente, haciéndolos sentar en los divanes de su regio escritorio del más puro estilo oriental.

Perla, después de explicarle el motivo de su visita, le dijo a Knox enseñara al profesor el anillo misterioso.

Ah Singh comenzó a descifrar las inscripciones jeroglíficas, pero en seguida, presa de mortal terror, arrojó al suelo la joya y salió de la habitación profiriendo alaridos.

Los jóvenes le siguieron extrañados, pidiéndole una satisfacción por su inexplicable proceder; pero Ah Singh, sin hacerles caso, los encerró en su gabinete, mientras él salía desesperado en dirección a la calle.

Antes de salir lo detuvo Ricardo Carslake, que iba en su busca, quien se hizo explicar el motivo de tamaño susto. Carslake llegaba a la tienda, que era de su propiedad, la que tenía establecida desde años atrás en Chinatown, y ni remotamente había pensado encontrarse allí a los jóvenes, menos aún conseguir tan fácilmente el anillo cuya pertenencia ambicionaba por razones secretas.

Mientras tanto, Knox había levantado el anillo que arrojara al suelo Ah Singh, y pretendió colocárselo otra vez en el mosquetón de la cadena de su reloj. Perla, que al cerrar el chino la puerta del escritorio, había mirado asombrada por el ojo de la cerradura cuanto sucedía en la tienda, al ver a Carslake exclamó llena de pánico:

—¡Ahí está Ricardo Carslake, hay que esconder el anillo a todo trance!



— ¡Ahí está Ricardo Carslake, hay que esconder el anillo a todo trance!, — exclamó llena de pánico, Perla Standish.

No sabían como lograr sus deseos, pero una idea luminosa acudió de pronto al cerebro de la joven. Pidióle el anillo a Knox, y ocultándolo en el collar del «skye-terrier», su perrito, que a la sazón la acompañaba, esperó resuelta los acontecimientos.

Cuando Carslake, seguido de varios hijos del Celeste Imperio, penetró en el escritorio, Perla, que hasta ese momento mimaba a su perrito, cesó en sus caricias ordenándole al animal:

— ¡Negrito, vete inmediatamente a casa!

El inteligente y dócil «skye-terrier» emprendió precipitada carrera, pasando por entre las piernas de Carslake y las de sus empleados.

Carslake, que no podía sospechar el ardid, saludó a los jóvenes con ironía, mientras sacaba el revólver del bolsillo, obligando a éstos a levantar los brazos:

— Jóvenes, tengan a bien entregarme la sortija que enseñaron a mi empleado Ah Singh.

Perla, riéndose burlonamente, le respondió con calma:

— ¿El anillo? Se halla en camino de mi casa por mensajero especial, señor.

Carslake, hombre ducho en extremo, comprendió de inmediato a qué mensajero se refería Perla, y ordenó a sus secuaces, prometiéndoles cien pesos de gratificación, que le trajeran el perrito. Todos los chinos se lanzaron a la calle en persecución del animal. Carslake se retiró del gabinete, dejando encerrados a Perla y a Knox.

El barrio oriental se había revolucionado ante la promesa de la gratificación ofrecida por el ex secretario.

Al poco rato se presentaron en la tienda, ante Carslake y Ah Singh, una multitud de chinos trayendo cuanto perro habían hallado en Chinatown.

Los había grandes y pequeños, de todas razas y pelajes imaginables, mas el «Negrito» de Perla no estaba allí, porque a esas horas corría, a campo traviesa, en dirección a la casa de su ama.

Carslake, sorprendido ante semejante invasión, volvió al escritorio de Ah Singh, y de ahí desapareció por una puerta secreta oculta detrás de un tapiz, ante la estupefacción de los jóvenes secuestrados. Aquella puerta daba a un pasaje subterráneo, y por él Carslake llegó hasta un taller de lavado, también subterráneo, al que tuvo acceso por otra puerta secreta. El chino que atendía el taller lo saludó con marcado respeto, y Carslake salió del local subiendo la escalera para dirigirse a la salida, que era a flor de tierra. En ese instante, casualmente, Tomás Carleton que llegaba a ese barrio y acertaba a pasar por allí, al reconocer en el recién salido a la persona con la cual había luchado en Elm Street, número 20, supuso con acierto que Perla no se encontraría muy lejos de aquel sitio. No se detuvo, descendió resuelto las escaleras hasta llegar al taller de planchado, donde simuló entrar para dar a lavar el cuello de su camisa. El dependiente del lavadero, que parecía ser corto de vista, le aceptó la prenda y comenzó a hacerle su correspondiente recibo. Tomás, con toda intención, se apoderó, sin ser notado por el dependiente, de otro recibo que se hallaba sobre la mesa, y salió resuelto hacia la calle. El chino, una vez que hubo acabado de llenar el recibo con la escritura característica de su país, extendió la mano para entregárselo; pero, como recién se diera cuenta de que Carleton se había marchado, se dirigió corriendo a alcanzarlo. Cuando lo detuvo, Tomás le enseñó la boleta que aseguraba le pertenecía, y ante las explicaciones del dependiente aceptó la que éste le brindaba. El lío de los recibos era una treta que preparó Carleton para distraer al muchacho chino, y así como lo pensó, pudo después de despedirse de él, entrar nuevamente sin ser visto, al lavadero. Una vez en su interior, el joven periodista buscó la galería subterránea, que bien supuso debiera existir. No la encontró, y después de dar algunas vueltas, llegó hasta un dormitorio, donde se entretuvo en buscar prolijamente el resorte que abriera la comunicación del subterráneo.

Mientras tanto, el dependiente chino había regresado de la calle con dos de sus compatriotas, después de haberse entretenido con ellos en un café, jugando una partida a la baraja y bebiendo unas tazas del aromático té de la China.

Departían tranquilamente junto al mostrador y dando las espaldas a la puerta por la cual pasara momentos antes Tomás Carleton, al dirigirse al interior del taller.

No se imaginaban los tres asiáticos que un desconocido pudo osadamente franquear la entrada vedada para los que no fueran asociados a sus negocios ilícitos. En los comercios del barrio oriental se atendía al público sólo con el objeto de despistar a la policía, que ignoraba los misterios que hacían tenebroso a Chinatown.

Carleton seguía buscando ansioso, en el dormitorio, la compuerta secreta que daba acceso a los pasajes subterráneos.

El menor ruido lo detenía en sus investigaciones para ponerse en guardia de cualquier ataque inesperado.

Al fin sus nerviosos dedos tropezaron con un botoncito situado en uno de los barrotes de la cama. Apretó con toda precaución y poco demoró en abrirse como por encanto, a sus espaldas, la buscada compuerta secreta, por la que se deslizó sigilosamente, sumergiéndose en las sombras.

La trampa cerróse tras él.

El joven repórter se encontró en la obscura galería, y después, con vacilante paso, anduvo a tientas hasta llegar junto a un farol que arrojaba mortecina luz.

Allí se detuvo unos minutos para escuchar mejor los rumores que llegaban a sus oídos. Como sintiera algo que lo alarmaba corrió unos cinco metros para ocultarse en la obscuridad.

A pocos centímetros de distancia del lugar en que se había ocultado, una sombra atravesó el subterráneo en sentido opuesto a donde él se dirigiera.

Esa sombra desapareció muy pronto, y sólo fué el eco de unos pasos lo que turbó el silencio sepulcral que allí reinaba, demostrándole a Carleton que un ser humano había pasado sin que advirtiera su presencia.

Tan sumamente breve fué esta escena, que de no haberse oído el rumor de las pisadas, el repórter hubiera creído que su mente pudo sufrir una alucinación.

Repuesto Carleton de la primera sorpresa, que no le ocasionó disgustos, siguió avanzando con más cautela en procura de una salida. Encontrar a Perla era su preocupación y se hallaba dispuesto a dejarse matar si fuera ello preciso, por la simpática heredera de míster Standish.

———

En las afueras de Chinatown, cerca de los muelles, unos pilluelos habían dado caza al «skye-terrier» de Perla, y se entretenían en jugar con él. Acertó a pasar por allí el maestro de escuela chino de la población, el que, al ver al finísimo perrito en manos de los traviesos pilluelos, los amenazó con el puño para que libertaran al pobre animal. El «Negrito» pudo así proseguir su viaje.

A poco de andar, el maestro chino se encontró con un compatriota suyo, que le informó de la recompensa ofrecida por Carslake al que diera caza al perro que había huído de la tienda, y del que le proporcionara detalladas señas. El maestro, entusiasmado por el dinero ofrecido, no dijo a su compatriota que lo había visto, y él solo, púsose en su persecución. No tardó en hallarlo otra vez y cogerlo cerca de los muelles. Cuando lo tenía en sus brazos, oyó la voz de Carslake que con su secretario Bennett, desde un puente colgante, le gritaba para que retuviera al animal hasta que ellos llegaran. El maestro, mientras los otros se acercaban, se fijó en el collar y luego en el anillo que de él pendía, y en cuanto descifró los jeroglíficos, completamente aterrorizado, arrojó al agua al «skye-terrier».

Carslake y Bennett notaron la rápida acción del chino, y al ver que el perrito nadaba para ganar la orilla opuesta, trasbordáronse a un bote de remos, con la intención de alcanzarlo. El «Negrito» fué más rápido que ellos, y cuando sus perseguidores subían a tierra, él les llevaba considerable ventaja. Pronto, dentro de una casa en ruínas de la que únicamente quedaban en pie tres paredes, el perrito se iba a detener. Ya Bennett se tiraba al suelo para atraparlo, cuando el «skye-terrier», descubriendo una pequeña abertura practicada en uno de los muros, se introdujo en ella, burlando así a sus perseguidores, los que no tuvieron más remedio que desistir de tan inútil persecución.

El «Negrito» corría velozmente por el campo, y en pocos minutos más se encontró en pleno New York, atravesando, a pesar del gran tráfico de las calles, los lugares más centrales.

———

Furioso Carslake, que había regresado a la tienda chinesca, obligó a Perla a ir en busca del anillo, mientras él retenía a Knox.

— Señorita, si dentro de dos horas no me ha traído usted la sortija, su compañero morirá. Es inútil que usted pretenda regresar acompañada de la policía; hasta nuestros escondrijos secretos no ha de llegar nadie. Y no olvide que responde su compañero con la vida a sus procederes.

— Pero... señor Carslake... comprenda usted que en tan poco tiempo no podré regresar con el anillo... Supóngase que mi perrito no ha llegado todavía a casa... o demore en llegar... ¿Y si lo ha pisado un automóvil?..., — le contestó ella, en el deseo de hacer desistir al pillo de la resolución tomada.

— Ni una palabra quiero saber, señorita. ¡Ni una palabra más! Le repito: no olvide que responde su compañero con la vida a sus procederes, — agregó Carslake con crudeza e ira, dirigiendo sus ojos hacia Nicolás, que permanecía impasible, cruzado de brazos.

Perla no insistió más. Salía resuelta a devolver el anillo con tal de salvar de la muerte a su desdichado amigo. Sin embargo, si lo entregaba, ¡quién sabe cuando podría recuperarlo! Para mayor mal, a Nicolás Knox no le quedaba más que un solo día para cumplir con el mandamiento que le hicieran los de su secta.

¿Cómo lograría salvar ella sola, situación tan afligente?...

———

PODER MISTICO

A pocas cuadras de la tienda de Carslake, Perla se encontró con la Alta Sacerdotisa y algunos de sus prosélitos, y no tuvo mejor oportunidad para tentar la salvación de su infortunado compañero.

— Señora, en otras ocasiones usted nos ha salvado de peligros, ahora Knox se encuentra prisionero en poder de Ricardo Carslake; le suplico quiera acompañarme para obtener su liberación, — dijo Perla a la sacerdotisa.

— Sigamos a la señorita, — ordenó la interpelada a sus secuaces.

Todos se dirigieron resueltos hacia la tienda chinesca.

Carslake había prohibido a sus dependientes que dejasen entrar a persona alguna hasta tanto no regresase la joven con el anillo reclamado; mas los chinos, al divisar entre el grupo de los recién venidos a la Alta Sacerdotisa del Dios Violeta de Daroon, no sólo franquearon la entrada, sino que se prosternaron ante ella, dando muestras de una humillante veneración. Carslake protestaba exasperado, maltratando a sus dependientes; pero los chinos no le hacían caso.

La Alta Sacerdotisa penetró en el gabinete de Ah Singh, donde encontró a Nicolás Knox, e impuso a los chinos que revisaran las ropas de Carslake. Anhelaba obtener a toda costa el diamante vendido por Amfí.

Más de seis de los asiáticos dependientes de la tienda se avalanzaron sobre su patrón, el que, desnudando el revólver, mató a uno de ellos.

Con verdadera agilidad, Carslake, que para que no pretendieran hacer fuego sobre él, se escudaba con el cuerpo de Perla, llegó junto a otro tapiz que ocultaba una segunda puerta secreta, y por ella se deslizó llevándose también con él, a la joven. Fué esta la primera vez en que Perla Standish se consideraba irremisiblemente perdida.

Carslake la condujo por la galería subterránea, y cuando llegaron ambos al pie de un farol, la obligó a escribir en una de las hojas de su Agenda de bolsillo el permiso por el cual en su casa entregarían el anillo. Perla había cedido a esta imposición, porque desde uno de los rincones, que se hallaba a obscuras, vió a Tomás Carleton, que le hacía señas para que subscribiera la orden. Apenas Carslake se distrajo, Carleton, de un rápido salto, se le avalanzó al cuello por la espalda, derribándolo al suelo. Ambos hombres luchaban a brazo partido para posesionarse del revólver que en la sorpresa perdiera Carslake.

Perla, comprendiendo el peligro que amenazaba al joven repórter, echó a correr en procura de socorro; poco trecho anduvo, pues como las tinieblas no le permitían orientarse, cayó en una de las tantas alcantarillas.

Carleton y Carslake, revolcándose en el suelo fangoso, seguían luchando titánicamente, disputándose el revólver que se hallaba tirado a pocos pasos de ellos.

Perla Standish había desaparecido en uno de los sumideros de los desagües del pueblo, existentes en gran número en las galerías subterráneas del famosísimo y exótico barrio de Chinatown.

La frialdad del agua entumecía sus huesos, haciendo imposible que su cuerpo se mantuviera siempre a flote, a pesar de que ella se esforzaba por nadar.

Además la impetuosa correntada la arrastraba, como si fuera un débil objeto cualquiera, hacia la salida de la alcantarilla del desagüe, donde afluían las aguas servidas para mezclarse agitadamente en el gran canal principal.

Si había escapado Perla de las garras del perverso cuán cobarde ex secretario, no se encontraba seguramente en ventajosa situación; porque no conocía en absoluto aquellos lugares y jamás se hubiera imaginado que existían semejantes galerías subterráneas.

Le parecía imposible que hasta esas colosales obras hidráulicas, fueran aprovechadas por los malhechores para que les sirvieran a modo de madrigueras.

Y verdaderamente así sucedía, pues por las galerías subterráneas, extendidas en todo sentido, se comunicaban la gran mayoría de las casas del barrio chino. Debido a esta facilidad de comunicación, pudo encontrarse Carslake, en pocos segundos, casi consecutivamente en la tienda que regenteaba Ah Singh, en las afueras del barrio oriental, en el taller de planchado, como en las inmediaciones del puente colgante.

Ricardo Carslake fué siempre en Chinatown el amo y señor. Sus resoluciones eran obedecidas sin pestañear y jamás, hasta la demostración del poder místico que para los súbditos del Celeste Imperio ejercía la Alta Sacerdotisa del Dios Violeta del Daroon, uno solo de éstos pudo o supo contradecirle en nada. ¿Se explicaba él mismo, el motivo que originara la humillante veneración que había presenciado por parte de los chinos? ¿Se explicaba el terror de Ah Singh y de toda esa gente amarilla al descifrar los extraños jeroglíficos grabados en el tan codiciado anillo del Dios Violeta del Daroon?

¿Sabría Carslake el significado de esos misteriosos grabados y por ello hallábase empeñadísimo en obtener, aun a costa de su propia vida, la posesión de la joya fatal? ¿O era simplemente un aventurero?

Seguramente la leyenda misteriosa de la sortija que robara el infiel sacerdote Amfí, y que infundiera horroroso terror a los pobladores asiáticos de Chinatown, aclaraba un secreto muy grave, cuya divulgación o conocimiento no convenía en modo alguno a la secta del Dios Violeta.

Los prosélitos de esta Orden estaban en todas partes y luchaban sin descanso para alcanzar un señalado triunfo en la empresa que realizaban, y las órdenes impartidas por la Alta Sacerdotisa no admitían réplicas. Todo lo llevaban a cabo con una firmeza inquebrantable y matemática precisión.

El mismo Nicolás Knox, arrepentido de haber jurado fidelidad al Dios Violeta, sin ánimo para coronar brillantemente la misión que se le encomendara, sentía profundos temores por su suerte. ¡Bien se lo había comunicado a la señorita Perla Standish, de que su tarea era cuestión de vida o muerte!

Las complicaciones que fué adquiriendo el asunto hizo que tomara cartas en el mismo la rica heredera de míster Standish, la niña más rica del mundo; que interviniera luego, sin que nadie sospechara de él, el ex secretario de su padre, el pillastre Ricardo Carslake, y más tarde el valeroso repórter Tomás Carleton. Pero a pesar de las hazañas llevadas a cabo por Perla y por Knox, el verdadero diamante violeta no aparecía, y el engarce pasaba de mano en mano...

¿Tendría, pues, Ricardo Carslake la verdadera piedra vendida por Amfí?

Y si estaba en su poder, ¿cómo pudo obtenerla sin que su propietario, el banquero don Samuel Standish, no se diera cuenta del robo de que había sido víctima? Convencida estaba Perla, de que su padre, aficionado como lo era a coleccionar joyas raras, no podía haberse desprendido de ese diamante, puesto que lo había conseguido, al decir de Knox, movido por verdadero interés, pagándolo a buen precio. Ella nunca supo nada sobre esa adquisición, ni jamás vió entre sus alhajas un diamante de color violeta.

El disgusto del señor Standish con su secretario, que originó la cesantía del empleado, ¿no tendría relación con todo lo que iba aconteciendo con relieves tan misteriosos?

Abandonemos las conjeturas y sigamos enterándonos de lo que sucedía en Chinatown.

Carleton y Carslake, seguían revolviéndose en el suelo, con creciente desesperación.

Las ropas de ambos contendientes se hallaban embarradas, haciendo difícil la pelea por el peso que el fango adherido a ellas importaba para los rendidos músculos. Sin embargo, redoblaron sus esfuerzos y ninguno parecía ceder.

El revólver era el objeto codiciado por los dos hombres; mas a pesar de hallarse ahora a pocos centímetros de las entrelazadas manos adversarias, ninguna conseguía tomarlo. Carslake rugía como una fiera.

(Continuará.)